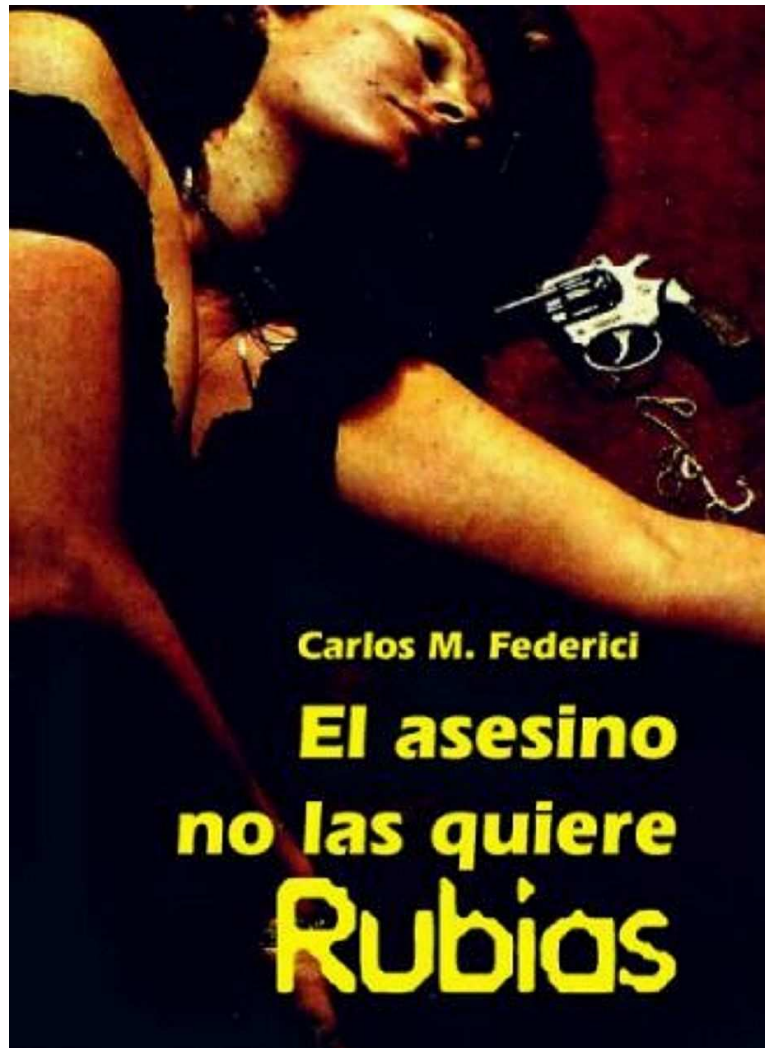


Carlos M. Federici



El asesino no las quiere rubias

(Una novela "blanca" de Detectives Privados)



D GALERIA
E MISTERIO **O**

24

*El asesino no
las quiere rubias*

SEGUNDA PARTE

carlos maría federici

La República

1. PIEZAS DE UN PUZZLE

HAY UN estremecimiento repentino en la nuca de la víctima en potencia. Como si una entidad incorpórea proyectase un tentáculo más sutil que el hilo de una araña, uniendo, a través del aire, la punta enhiesta del cuchillo con los sensibles vértices de los cabellos más bajos. Como si un suspiro helado recorriese la espalda del elegido, desde la cintura hasta la cerviz...

El subconsciente se anticipa al testimonio de los sentidos. Sin necesidad del más leve rumor premonitorio, el condenado adivina su fatal destino..., tan atterradoramente próximo ya.

Se vuelve entonces, en impulso irrefrenable; su mirada incrédula se estrella contra los ojos de acero del asesino. Separa los labios para dejar escapar el clamor de su angustia y de su miedo..., y en ese mismo instante el filo inclemente completa su parábola de muerte..., una vez más.

¡Sangrientos crímenes de una serie macabra, originados en algún designio que ha de arraigar más allá de cualquier razonamiento cuerdo! ¿Qué cronista sabrá hallar los términos precisos para relatar una historia así? ¿Qué mentalidad podría identificarse con esa madeja de retorcidos sentimientos?

(Quizás me corresponda hacerlo a mí. ¿Y por qué no?...)

EL COMISARIO (R.) Dorteros suspiró. Con leve meneo de cabeza se recostó en la silla, tras depositar el pliego mecanografiado sobre el escritorio. Allí estaba, desparramado, todo el material relativo al caso en cuestión..., más o menos, se dijo, como las piezas de un puzzle.

—¡Flor de compromiso me eché encima! —masculló—. ¡Y para colmo habla de una “serie de crímenes”..., en plural, como si estuviese enterado de que habrá más de uno!

Afuera, expiraba la tarde. Las sombras del ocaso empezaron a infiltrarse en el despacho, difuminando colores y formas. Dorteros oprimió el botón de la portátil. Una gama de tonos más intensos y duros estalló en el ambiente.

Los rectángulos de las ventanas se convirtieron en espejos negros, constelados de reflejos; las imágenes apenas se perfilaban en ellos con sus brillantes ribetes. A fin de corregir la dicotomía, el ex criminalista corrió las cortinas. La intimidad resultante le hizo sentirse más a gusto. Invitaba a la concentración, y desde luego que concentrarse era lo que él estaba necesitando.

A QUELLA oficinista le recordaba, curiosamente, la de su propio padre, allá por 1931, o quizás 1933... Algunas veces, el viejo le permitía que se quedara a acompañarlo, cuando trabajaba fuera del horario regular; y hasta se le daba autorización para entretenerse con los enormes sellos de goma articulados y la vetusta Underwood, de estruendoso tecleo. Incluso, evocó, podía manipular los divertidos sacapuntas a manivela. ¡Pero jamás acercarse a las plumas ni al tintero, porque no había ni que pensar en una mancha sobre la carpeta immaculada o el pulido roble del escritorio!... El primer Dorteros había sido bastante estricto en cuanto a orden y aseo: todo en su sitio y en forma, para que se le pudiese utilizar en cualquier momento. Entre paréntesis, era ésta una práctica que el antiguo investigador llevaba en sus genes, y de la que se había servido con buen éxito en su propia labor criminalista.

—Pero, a lo que parece, la tercera generación nos rompe el molde... —meditó, con una sonrisa.

El estado del archivero, en un rincón, proclamaba el caos, con sus cajones mal cerrados, de los que asomaban cordilleras de expedientes, insertados a viva fuerza en sitios erróneos. Del perchero, al fondo y a la izquierda, pendían una maltratada campera de cuero y una horrenda corbata; en un nivel más bajo, el bohemio gallardete de un *blue-jean* muy usado decoraba el respaldo de una silla. También había notas pegadas con cinta adhesiva en las paredes, y la papelera, según comprobó Dorteros, no se había vaciado en días.

—¡Este Juan Carlos!...

Aunque, por cierto, se dijo Dorteros, precisamente en esos momentos Juan Carlos debía ser la viva imagen de la formalidad, ataviado con sus mejores y más conservadoras galas... ¡Todo para impresionar a Virginia, la agraciada psicóloga que lo tenía embobado!

VIRGINIA Linares. De vuelta en su asiento, el ex policía cerró los ojos, con la nuca reposando sobre sus manos enlazadas. Le gustaba el ejercicio intelectual de representarse a los involucrados en cada caso que investigaba, e imaginar a su capricho el carácter, las reacciones, las ocultas tendencias de cada uno de ellos..., e inclusive sus más

guardados secretos. Desde luego que lo hacía basándose en una lógica rigurosa, cimentada en su experiencia de varias décadas. Por eso no vacilaba en confiar en su método.

Recordó el aspecto de la tal Virginia Linares, a quien le habían presentado en oportunidad. Con sus cabellos cortitos y sus grandes ojos claros, aparentaba menos de treinta, y se esforzaba en conducirse como si fuese más joven todavía. ¡Seguro que lo haría por no desentonar con su clientela habitual de inimputables en agraz y chiquilinas bulímicas!

A Juan Carlos le había caído bien desde el comienzo, obviamente. A él mismo no dejaba de agradecerle, concedió, porque pese a mostrarse de vez en cuando demasiado “cerebral”, tenía una sonrisa de lo más cautivadora. Sin embargo —y se trataba de una sutilísima impresión, que el ex criminalista no podía, en rigor, fundamentar—, por alguna causa indefinible, la joven le intrigaba un poco también. Llegó a ocurrírsele que ella escondía alguna turbulencia bajo la tersa superficie. Nadie es tan sencillo de caracterizar como aparenta al principio, sentenció mentalmente, y esta chica no era ni más ni menos que un ejemplo de la máxima en cuestión.

Ya en su salsa, Dorteros se inclinó sobre el escritorio y desplegó una serie de fotografías que Juan Carlos, vaya uno a saber cómo, se las había ingeniado para procurarse. Saltaba a la vista entre todas, enseguida, la de Esmeralda Capurro: una toma de estudio, muy profesional, que realzaba mediante un contraluz el esplendor dorado de su cabellera.

Dorteros podía imaginarse el efecto que una mujer como ésa tendría que provocar, por fuerza, en el mundillo de la oficina pública donde los Hados la colocaran: un trocito de estrella, caído entre el polvo de los legajos... Damas de ese tipo suelen convertirse en el centro de un remolino, cuyas ondas más de una vez llegan a rozar orillas de tragedia.

U NA VIEJA imagen afloró repentinamente, con perfiles cortantes: Esther, la rompecorazones de Punta Azul..., casi veinte años atrás. Tan exquisita, tan voluptuosa, tan vulnerable. Tan muerta.

La palma de Dorteros se aplastó sobre el retrato de Esmeralda.

—¡Viejo chocho! —se autofustigó, risueñamente.

Mucho tiempo hacía de todo aquello. En algún rincón de la memoria persistían los grandes titulares en primera plana, el acoso periodístico, los encomios de la superioridad... También el sagaz pesquisante, robusto y elegantón, se esfumaba en el recuerdo. En su lugar, herencia inevitable, este veterano nostálgico, cuya rodilla izquierda le daba la lata en días húmedos. También necesitaba anteojos, aunque un vestigio de trasnochada coquetería le hacía obstinarse en no usarlos.

Esmeralda Capurro. Veintiún años, soltera, Oficial Especializada en el Sector Archivos del Ministerio de Obras Públicas (para su crasa subsistencia); modelo fotográfica bastante requerida, fuera del horario burocrático. Sus dotes eran visibles. Sin llegar a ser un dechado de perfecciones físicas —como aquella Esther de indeleble memoria—, poseía ese “no sé qué” que polariza la atención masculina. La cámara, por su parte, la adoraba, según podía constatarse en la imagen que Dorteros tenía delante. Daba gusto contemplarla, se dijo.

Igual que Esther... Igual que ella, también, perturbaba el ambiente circundante, catalizadora inconsciente de pasiones, temores y añoranzas. Y acaso de... violencia.

—De acuerdo a esa lógica —musitó el ex comisario—, debió ser Esmeralda Capurro la víctima del asesino. ¡Pertenece a la misma clase que Esther!

La vida, sin embargo, se obstina en ignorar los sistemas lógicos.

Fue a Lucy García a quien se encontró muerta. Lucy García, una muchacha insignificante, deslucida y sin gracia, aunque llena de sangre tan roja como la de la otra. Sangre que manara de la profunda cuchillada de su cuello, hasta formar un pequeño lago luctuoso sobre la madera del escritorio en que yacía, entre dos pilas de expedientes sin revisar.

LA NOCHE invitaba a soñar. Una temperatura de veintidós grados, apenas la brisa suficiente para alborotarle con gracia la melenita teñida..., y la agradable presencia de Juan Carlos, escoltándola.

—¿Caminamos un poco? —propuso Virginia.

—Claro, por qué no... Luego volvemos a buscar el auto, ¿te parece?

Se prendió de su brazo. El leve estremecimiento que captó en el varón la satisfizo íntimamente.

¡Si no fuera tan remiso en tomar la iniciativa!... Iba a correr por cuenta de ella, se dijo, encarrilar las cosas como correspondía.

—¿Te gustó la película, detective?

—Pasable... ¡Aunque me parece demasiado fantasiosa!

—No está entre las obras mayores de Hitchcock —observó ella—. ¡Pero usó con mucha eficacia el recurso del “falso racconto”, aun violando todos los convencionalismos de la época!

El sacudió una mano, sin aminorar el tranco de sus largas piernas. La muchacha se veía obligada a marchar al trotecito, pero ni soñaba en protestar por tan poca cosa.

—Lo que viola esa película, si me dejás que te diga, es el sentido común... —afirmó Juan Carlos—. ¡La realidad tiene muy poco que ver con esa “Desesperación”..., o como sea que se llame!

—¿Es más... prosaica la realidad? —adherida a él, lo siguió en el esquivo de un transeúnte que venía como buldozer en dirección contraria.

—Menos complicada, por cierto. ¡Ese tipo de casualidades, que tan bien les caen a los detectives de película, no se da en la vida real! ¡Ojalá tuviésemos tanta suerte!

VIRGINIA Linares lo observó de soslayo. Rasgos interesantes, sin duda. Nariz bien moldeada, corta; mandíbula un poco pronunciada; boca amplia y de sonrisa fácil... Y los anteojos le sentaban bien. Llevaba el cabello prolijamente recortado en nuca y patillas, aunque no conseguía dominarlo del todo con el peine, ya que era muy abundante. Sólo le faltaba una de esas pipas rectas, tan elegantes... Pero era un no-fumador empedernido.

—¿Y cómo investigan ustedes, en la realidad? —se interesó ella.

—Todo es a fuerza de paciencia y constancia. ¡Hay que revisar carradas de documentos, tragar polvo y más polvo de archivos judiciales, recabar antecedentes, interrogar testigos y saber convencerlos para que cooperen!...

Se detuvieron ante un semáforo. Al pasar un automóvil, zumbando, demasiado cerca del cordón de la vereda, Juan Carlos tiró instintivamente del brazo de Virginia, atrayéndola hacia sí, con plena cooperación de la chica.

—¿Y abundan los éxitos? —preguntó ella.

—Bueno... No sé si corresponde que opine sobre eso. ¡Todavía soy bastante novato!

—¿Es cierto que empezaste por pura casualidad?

—No lo diría con esas palabras —corrigió Juan Carlos—. Yo era socio de un tipo, en una pequeña empresa de importación... Ropa “casual” traída del Brasil, accesorios, qué sé yo, animalitos de peluche..., cosas por el estilo, ¿sabés?

—¿Y sacaban ganancia?

—Parecía un buen negocio, sí, en tanto no pretendiéramos demasiado. Pero de repente, al hombre le hicieron el cuento del tío..., o él me lo hizo a mí, jamás lo supe ni me interesa. Hubo una pérdida importante, y quebramos.

—¡Ay, qué lástima, Juan Carlos!

—Yo me empeñé en llevar el asunto a la Justicia. ¡No iba a dejar las cosas así!

—¡Claro! ¿Y tuviste suerte!

—Un poco: me correspondió indemnización, y finalmente transamos en que me quedaría con el activo de la otra parte. Y eso consistía, ni más ni menos, que en esta bendita agencia de investigaciones particulares... En un principio tuve la idea de vender, o liquidar, y convertir todo en dólares, pero después...

Virginia sonrió, apuntándole con el dedo.

—¡La herencia paterna pudo más!

—¿Lo decís porque el viejo fue comisario? ¡No, nada que ver!... Mirá: ya está la verde. ¡Crucemos!

Enfrente había una cafetería, de aspecto tranquilo y acogedor. Nada más natural que ocupar una de las mesitas, junto a la ventana. Virginia se alegró de aquella oportunidad de estudiar a placer la fisonomía de Juan Carlos Dorteros. Había mucho del padre en la forma de mirar, y la sonrisa era prácticamente la misma, si bien el hijo parecía más pródigo que su progenitor en el gesto.

—¿Un café? ¿Algo para picotear?

—Un cortadito, nada más —repuso ella—. Mucha hambre no tengo...

No era conveniente pasar por angurriente, se dijo. Ni tampoco demostrar afición a las bebidas espirituosas, de las que él no era partidario en absoluto... ¡Todo en pro de la armonía, aunque el costado feminista rechinase un poco!

Para cuando llegaron los pocillos humeantes, flanqueados por la insulsa guardia de corps de los altos vasos, ya la conversación había derivado hacia el mayor de los Dorteros.

—Así que no saliste a él, ¿eh?

—No..., no me parece. Acá donde me ves, yo soy mucho más pragmático que el viejo. ¡El padece un romanticismo trasnochado!

—¡Quién lo diría!

—Y empeora a medida que se va internando en los meandros de la Tercera Edad... —Juan Carlos sonrió con afecto—. ¡Si me oye, me estrangula!... No, en serio: es un gran tipo, Virginia. En realidad..., lo admiro bastante, ¿sabés?

Ella apoyó el bonito mentón en el hueco de una mano.

—Sí, me impresionó muy bien, tu papá... ¿Es cierto que lo condecoraron?

—No fue lo que se dice una condecoración —aclaró el joven—; más bien un testimonio oficial.

—¿Por el famoso caso de Punta Azul, ¿no?

—Ajá... Algunos diarios lo titulaban “La Orilla Roja” (*). ¡Hizo época!

—Algo recuerdo de eso... ¿No mataron a varios modelos?

—**E**N REALIDAD fueron tres crímenes —le explicó él—. Una conocida modelo publicitaria, un joven de familia acomodada, y una chica muy bonita, que andaba en relaciones poco claras con cierto magnate... Parecería un caso de tantos; pero lo que lo hizo destacarse fue el diabólico plan que urdió el asesino... ¡Poco menos que el Crimen Perfecto, con mayúsculas!

—Poco menos... ¿Así que *hubo* una falla en el plan?

El asintió. Sin darse cuenta, se quitó los anteojos y empezó a sacudirlos de un lado a otro para vigorizar sus frases.

—¡Una falla prácticamente indetectable! —aseguró—. Si no hubiese sido por el veterano...

—¡Ya veo! —Virginia sonrió, sin visible ironía—. El “Sherlock Criollo”... ¿Y seguís afirmando que no te inspira para nada?

—¡Mujeres! —soltó Juan Carlos, con cómico enfado—. ¡Todo lo tienen que interpretar a su bendito gusto! Oíme: cuando decidí asumir la dirección de la agencia, el rubro principal eran los casos de adulterio...

—¿Sorprender a los pecadores “in fraganti”? —Ella meneó la cabeza en son de reproche—. ¡Tch, tch, tch! Fotos comprometedoras, tomadas desde sórdidos escondrijos... ¡No muy digno que digamos, señor detective!

—Ahí va: ¡ya estás tomándome otra vez el pelo! ¿Me quejaba de las mujeres? ¡Pues peor todavía si encima son psicólogas!

—¡Perdóneme, usía! —rió ella—. ¡No hubo intención de ofender!

—¡No, claro!... Escuchá: lo que hacía era seguir a los implicados, tomar nota de sus idas y venidas, sus hábitos, etcétera. ¡Hasta que se les sorprendía con la persona sospechada de infidelidad!... Pero nada de fotografiarlos en posturas comprometidas, ni ligeros de ropa. ¡Eso se ve sólo en el cine! Lo nuestro es pura rutina... ¡Dejate de soñar, nena!

—Así que... más bien te aburrís, ¿eh?

(*) Referencia a otra novela del autor, en la que aparecía por primera vez el comisario Dorteros.

—¡Me *aburría!* Gozaba del más sano tedio, hasta que apareció cierta psicóloga de ojos hechiceros, y me metió hasta las orejas y sin decir “agua va” en un caso de homicidio! ¡Que le corresponde investigar a la po-li-cí-a, por si no lo tenés claro!

Virginia se aprovechó de la instancia. *It's now or never...* Posó la mano sobre la de él, en actitud conciliadora y al mismo tiempo sugerente de posteriores derivaciones algo más carnales en la mutua relación.

—**N**O QUERÍA perturbarte la vida. —Ahora lo miraba directamente a los ojos, lo más “hechicera” posible—. Esa chica, Lucy García, fue mi *paciente*, como bien sabés... ¡Y ahora está en alguna morgue fría, con la garganta cortada de lado a lado! —Sus finos dedos aprisionaron el puño del joven—. Le debo algo: fue por eso que te pedí ayuda. ¿Tanto te molestó?

El ya estaba blando como crema. Sacudió la cabeza y dejó salir la mitad de una sonrisa.

—¡Con vos no se puede! —Alzó la mano libre para tironearle del flequillo—. ¡Psicóloga!...

Acaban de cruzar su Rubicón sentimental. Ese nuevo capítulo de su vinculación los embargaba con su latencia de promesas: ¡les quedaba tanto por explorarse mutuamente!... Así que el resto del universo se salió del foco de los ojos de ambos.

Fue por ese motivo que, a pesar de que los dos vieron a la persona que pasó junto a ellos, y ninguno dejó de reconocerla, se limitaron a un saludo casual, borrándola de inmediato de su pensamiento. Ni siquiera les pasó por la cabeza la posibilidad de que estuviese allí con el propósito deliberado de espiarlos...

¡No podían saber que se trataba de un asesino!

2. AL ACECHO

LA CUADRA presentaba un aspecto bastante desolado.

A causa de las restricciones energéticas que el gobierno se viera obligado a imponer — por cuanto se sufrían los efectos de una sequía persistente, sin miras de ninguna variante favorable a los intereses de la Central Hidroeléctrica—, la habitual batalla contra las tinieblas nocturnas se libraba con harta desventaja. La luna no estaba aún lo suficientemente alta como para que su faz asomara por entre las dentadas cimas negras de los bloques habitacionales. Una que otra ventana iluminada rompía aquel patrón de sombra sobre sombra; entre las arracimadas nubes eran muy contadas las estrellas que lograban filtrar sus pestaños, y abajo, en la calle, apenas tres focos mortecinos alardeaban de su magro wataje desde los ápices de las columnas.

La única nota cordial la ponía un rectángulo de cálido tono anaranjado, a la altura de un sexto piso del edificio pretenciosamente rotulado “Bel Air”. Podía distinguirse una silueta sobre esa especie de accidental telón; esa silueta se movía de vez en cuando, cual si protagonizara un inconsciente espectáculo de sombras chinescas. Pero tal espectáculo sólo habría podido apreciarlo un observador convenientemente situado en la ventana de algún departamento ubicado en los pisos altos del edificio frontero.

Desde el nivel de la acera, únicamente aquel resplandor naranja que se traslucía a través de las cortinas insinuaba alguna actividad humana dentro del departamento en cuestión. La sigilosa figura que atisbaba desde la acera opuesta, con el cuello estirado en esa dirección, se debatía en una enconada lucha interior entre su curiosidad y su cautela. No se atrevió, por el momento, a atravesar la calzada, recatándose, en cambio, bajo un portal en penumbras.

—¡Ese tal Dorteros puede llegar a ser *peligroso!* —masculló el emboscado—. Tengo que enterarme de cuánto sabe ya... ¡No es cosa de arriesgarme con él!

—¡A QUE USABA bigote! Y no hace mucho que se lo afeitó, ¿cierto?

—Acertaste..., *¡psicóloga!* —rió Juan Carlos.

—Lo pronunciaste como si hubieses dicho “bruja” —observó Virginia.

—¿Qué? —El joven parpadeó tras las gafas.

—Lo de “psicóloga”. ¡Se diría que alentás cierto prejuicio contra mi gremio!

El levantó una mano, de buen humor. Era un poquito desmañado, advirtió la chica, divertida: en un tris estuvo de volcar uno de los pocillos...

—¡Haya paz! —pidió el detective—. Me intrigó la forma en que adivinaste..., es todo.

—Sume el labio superior a cada rato. —Ella elevó un índice arrogante, al tiempo que reproducía el gesto mencionado—. Así, ¿te hacés una idea? ¡Típico de los que suprimen el bigote al que estaban acostumbrados!

—¡Bravo! ¡Un aplauso! —Juan Carlos chocó las manos una sola vez—. Uno, nada más, hasta que me digas cuál creés que fue la causa de que se lo haya afeitado, teniendo en cuenta lo que lo favorecía ese bigote.

—Canas. ¡Coquetería masculina, lisa y llana!

—Te pasás de observadora... Decime: ¿para qué cuernos querés un detective?

Fue como si una mariposa nocturna agitara las alas junto a la vela. El recuerdo de Lucy gravitó sobre ambos, ensombreciendo el clima festivo que había comenzado a generar su naciente afinidad sentimental.

—Por favor, no hagas bromas con eso.

Ahora fue él quien superpuso su mano a la de ella.

—Sé cuánto te duele lo de Lucy...

—No es sólo por la pena; es que...

—...¡pero no podés seguir culpándote de su muerte!

Después de decirlo, quiso morderse la lengua. El autocastigo habría sido inútil, sin embargo, porque la frase, transpuesta la frontera de los labios, ya no le pertenecía. Se quedó callado, y su silencio se soldó al de Virginia, dos afluentes gemelos que convergieron en la misma poza helada.

—Pero es que *tuve* la culpa —musitó al fin la joven.

—No... —le reprochó él con suavidad—. ¡Cómo podés pensarlo!

—Acudió a mí en demanda de ayuda —la voz de la psicóloga era tan baja como una especie de plegaria—, y te juro que quise ayudarla... *¡Y sólo conseguí hacerla matar!*

EL DORTEROS bidimensional que sonreía dentro de los límites del portarretratos ubicado en un ángulo del escritorio, estaba acompañado de una agraciada mujer y de un pequeño Juan Carlos, cuya infantil lozanía congelara el objetivo década y media atrás. Lucía, para la ocasión, elegante bigote renegrido. El de carne y hueso, solitariamente inclinado sobre el mismo mueble, se pasaba en esos momentos la yema del índice a una fracción de milímetro delante de su labio superior. Sólo así admitió su inconsciente que el bigote ya no existía. ¡Los condicionamientos no se pueden rasurar!

—Parece como si nada de esto tuviese mucho sentido —soliloquió entre dientes—. Y sin embargo tiene que existir una concatenación lógica: las piezas deben encajar. Si pudiera encontrar la clave...

Tenía ante sí otra foto. Esta era de grupo, y el ex comisario esbozó una semisonrisa al ver confirmado su juicio. Golpeó ligeramente con un dedo el brillante papel.

—Las fotos hablan... ¡Bien lo dijo Akeret! (*) —murmuró, satisfecho—. Uno cree estar exponiendo nada más que los rasgos fisonómicos a la cámara, pero los forros íntimos del pensamiento se traslucen... ¡Sólo hace falta saber mirar! Casi me animaría a dibujar los haces circulares que se centran en Esmeralda Capurro... ¡Preciosa de verdad, la chiquilina! A éstos no les falta más que babearse.

El personal del Sector Archivo en pleno posaba alrededor de una improvisada mesa de festejos. Lucy García también aparecía en la foto; pero con su peinado sencillote y sus ojos pardos de cortas pestañas, quedaba reducida prácticamente a cero junto al esplendor de la otra.

Dorteros tableteó con la uña sobre la imagen de un individuo de magra complexión, que afectaba un júbilo incongruente con su mirar desconsolado. Todo su ser se proyectaba hacia Esmeralda..., era evidente para cualquier observador medianamente agudo; pero no se había atrevido a colocarse junto a ella para el retrato. A pesar del forzado estiramiento de la boca, notó el antiguo policía, los extremos internos de las cejas ascendían, amargos, dibujando un profundo surco en la frente del sujeto.

Jorge Raskowsky. Subjefe. Cuarenta y cuatro años, con veleidades literarias, según se decía por ahí. Introspectivo, de hábitos solitarios, de acuerdo a Juan Carlos (que había tenido ocasión de tratar a esa gente en persona, privilegio vedado por el momento a su padre); impresionaba como poco sociable y de tendencias depresivas.

—*¡El más firme candidato a haber escrito esos trozos de antología!* —comentó para sí el ex comisario—. Claro que no es terminante: en rigor, cualquiera pudo tener acceso a esa máquina de escribir, aprovechando algún momento a solas en la oficina...

Gracias a la influencia de Dorteros en la División Homicidios, las fotocopias de los enigmáticos textos mecanografiados habían llegado a constituirse, junto al material gráfico, en otros tantos elementos aportados a la investigación privada emprendida por Juan Carlos a ruego de Virginia Linares. Parecía casi indudable la autoría de Raskowsky... Apenas una explosión de fantasía especulativa, que dramatizaba, tecleos mediante, los íntimos anhelos

(*) Psicólogo norteamericano que se especializó en el estudio de las fotografías y su potencial revelador. frustrados por una congénita mediocridad espiritual.

No obstante, debió reconocer Dorteros, había entre ellos un escrito particularmente comprometedor. Eso de hablar de “*sangrientos crímenes de una serie macabra*”... Pero, desde luego, no podía descartarse la posibilidad de que una anónima mano aviesa lo hubiera añadido al resto, con el único objeto de implicar a Raskowsky.

—No será tan difícil determinarlo... Aun la escritura mecánica posee sus rasgos distintivos. La firmeza en la pulsación..., los errores de digitación, según cierta modalidad específica de cada uno..., los pequeños detalles, como omitir o no el espacio después de la coma, etcétera. ¡Si en verdad hubo más de un dactilógrafo, eventualmente se descubrirá!

Los dedos del investigador retirado ejecutaron un redoble sordo sobre la fotografía.

—Sigamos con la gente, por el momento —murmuró.

A un costado del grupo posaba un cincuentón largo, de rubicundo semblante y ropas ordinarias. Codo a codo con el supremo jerarca de la oficina —un hombretón jovial, con anteojos de cristales oscuros, a quien Dorteros conocía un poco, por ser figura Prom.nente de su mismo partido político—, el individuo se pavoneaba ante la lente, ufano por flanquear al distinguido doctor Quintana Soria.

Hilario Puentes. Sereno, con seis años en la Administración Pública. Justamente, él había sido quien encontró el cadáver de Lucy García.

Con movimientos precisos, Dorteros hurgó entre los papeles. Ya había dado una leída rápida a la declaración del funcionario, pero ahora le parecía que era el momento de compenetrarse a fondo con los detalles. ¡La dichosa clave del enigma tenía que estar en algún sitio! Sólo era cuestión, se dijo, de aplicar los dos recursos clásicos: paciencia y método.

LAS PATAS del gatazo negro no producían, al caminar, más rumor que el de una pluma rozando un cristal. Su cuerpo, elástico y sinuoso, se confundía con las sombras reinantes, en tanto sorteaba los accidentes del pavimento y eludía los espacios iluminados. Sabía adónde iba, y era un experto en evitar encuentros riesgosos. La noche urbana era su hábitat natural.

De súbito, el animal se congeló. Un par de diminutos círculos inquisitivos horadó la oscuridad, mientras un carámbano de alarma le recorría la espina dorsal. El pelo del lomo se le empinó, y sus rígidos bigotes oscilaron como antenas en alerta.

¡Amenaza! Una siniestra presencia..., tan sigilosa como él mismo, se aproximaba. Dilatáronse las ventanillas de su nariz, al captar el tufo inconfundible de la *maldad*.

En dos ágiles saltos, puso distancia entre él y el asesino.

Ahora quedaban otras dos ascuas ardientes en la noche..., bastante por encima del nivel en donde relucieran los ojos del gato. Eran como duros y minúsculos espejos, sobre los cuales se reflejaba, en repetida versión minimizada, la ventana luminosa del sexto piso del edificio “Bel Air”.

JUAN Carlos descansó la barbilla en la punta de los índices que se proyectaban de sus manos enlazadas. Con ambos codos apoyados sobre la mesa, observó a la muchacha.

Buen trabajo le había costado distraerla de su obsesivo sentimiento de culpa... Ya hacía un rato, sin embargo, que se había cambiado el tema de la conversación, y en apariencia Virginia Linares había superado el trance.

¿Pero hasta qué punto era sincera con él?, se preguntó. Al fin y al cabo, no hacía mucho que se trataban, y sólo sabía de ella lo que ella había decidido confiarle... ¿Era lógico que se sintiese casi obsesivamente obligada hacia Lucy García? ¿Qué pudo ser para ella la chica asesinada, aparte de una paciente más?...

—¡Eh! ¡Todavía estoy aquí, detective!

—¿Mmm? —El se sobresaltó; de inmediato forzó una sonrisita—. ¡Huy, disculpame! Andaba un poco ido, según parece...

—¿Pensabas en tu papá? ¡Igual que yo!

—¿Tú te estabas acordando de él?

—No sé..., pensaba si por ésas había podido descubrir algo...

—¿De la muerte de tu paciente? Bueno, no es porque sea mi viejo, pero se le considera un verdadero...

—Sí, sí; ya sé que ha tenido muchos éxitos, y todo, pero...

—¡Vamos! ¿No te parece que hay que darle un poquito de tiempo?

Sonaron unas risas, a su izquierda. El grupo que ocupaba una de las mesas vecinas estaba de celebración, al parecer. Siguieron conversando en voz más baja, con las cabezas un poco más cerca una de otra.

—No hace mucho que empezó a colaborar conmigo —arguyó el hijo—; estoy seguro de que no va a tardar en darnos una sorpresa. ¡Lo conozco bien!

—¡Es que todo esto es tan confuso! A veces pienso...

—No te preocupes tanto. ¡Vas a ver cómo lo consigue!

Ella no pudo reprimir una sonrisa, pese a su inquietud.

—¡Si se lo pide su hijo y heredero...!

—Y además porque le *gusta* de alma. ¿O vos creés que está conforme con ser un “ex”?

—Sí, es relativamente joven... ¿Qué le dio por retirarse?

—¡La eterna historia! —repuso Juan Carlos—. ¿No te dije que es un romántico de alma? ¡Si no se hacen las cosas como él cree que se deben hacer, opinen lo que opinen los de arriba, él les da el portazo! Nunca aprendió a ser realista, qué querés...

Sorpresivamente, la chica estiró una mano y se apoderó de la mandíbula de él. Los ojos masculinos se dilataron, obligados a enfrentar la mirada de Virginia.

—Tú lo *admirás* por ser tan íntegro como es. ¡Confesalo!

—¡Mhmm! —la presión de los dedos de ella le impedía modular con propiedad.

Después que la joven lo dejó en libertad, él sacudió la cabeza, resopló, se quitó los lentes y refunfuñó:

—¡Psicóloga!...

Es posible que me esté ocultando algo, pensó, no sin cierto matiz de alarma. ¡Pero, por mi parte, no sabría cómo evitar que me lea al trasluz el pensamiento! ¡Cuidado, Juanca!

—Aparte de toda consideración de índole personal —añadió—, me atrevo a asegurarte que es el tipo indicado. ¡Si alguien puede llegar al fondo de este asunto, ése es Dorteros padre!

Una vez más se posaron los dedos femeninos en la cara del joven; pero ahora eran turbadoramente cálidos y suaves.

—No espero menos de Dorteros hijo —susurró Virginia.

LOS PERFILES se atrajeron. Una de las luces del local, al fondo, brillaba como estrella desenfocada en el reducido espacio que separaba la firme nariz recta de la respingona.

—Juan Carlos...

—¿Mmm...?

—¡Contame algo más de aquellos crímenes de Punta Azul!

El reprimió un suspiro, echándose hacia atrás. ¿Cuándo iba a empezar a entender a las mujeres?

—Como te dije —comenzó—, fue un caso bien complejo aquél... Se creó una enorme intriga en torno de ese misterio, sobre todo porque algunos supusieron que el segundo de los asesinados no era realmente la víctima sentenciada.

Virginia Linares alzó las cejas.

—¿Cómo? ¿Que no era... la víctima?

—El cadáver apareció vestido con ropa ajena. Precisamente, la de un individuo que andaba por Punta Azul de chaleco y corbata... Como si estuviera en pleno centro de la capital, ¿te das cuenta?

—¿De chaleco y corbata en Punta Azul? ¡Sería un semáforo ambulante!

—Lo mismo que si llevase nombre y apellido en una pancarta. De manera que cuando encontraron a ese otro infeliz, con un tiro en la espalda, y usando el traje de medida de...

Se interrumpió, estupefacto. Virginia Linares había sepultado la cara entre las manos y sollozaba. Sollozaba muy fuerte, al punto que algunos de los circunstantes se volvieron a mirarlos. Ante la perplejidad de él, una exclamación de angustia hendió los rosados labios:

—¡Oh, Dios mío! ¿Qué hice?

El joven criminalista se quedó paralizado. No se le ocurría la menor idea en referencia a su inmediato movimiento, su próxima frase. Aquella extraña actitud de la mujer...

Sin aviso, una sombra se proyectó en medio de la pareja, dibujando sinuosidades grises sobre pocillos y platos.

—Yo diría que es un poco... tarde para lamentarse, ¿no?

LA LUZ estalló contra los cristales de las gafas de Juan Carlos, al levantar éste vivamente el rostro para mirar al intruso. No se fijó en Virginia en tanto lo hacía, pero sus oídos registraron una gruesa interjección. Le costó admitir que brotara de esa educada boca femenina..., pero no pudo detenerse a considerarlo. El recién llegado se había echado a reír con estrépito.

No tenía una risa agradable, por cierto, pensó Juan Carlos; y sus facciones, interpuestas entre los ojos del detective y una lámpara del techo, se estiraban en rasgos marcadamente aquilinos, nada simpáticos tampoco. El cabello, negro como el carbón, y brillante de fijador, no se detenía junto a las orejas, sino que chorreaba mejillas abajo para condensarse en una barba muy profusa, aunque bien recortada.

—¡No quise interrumpir! —La voz rezumaba ácido sarcasmo—. ¿Por ventura será usted uno de sus... clientes? ¡Porque jamás soñaría siquiera en interferir con una de las célebres terapias conductistas de Virginia Linares!

Y entonces sí que el pasmo se adueñó por completo de Juan Carlos Dorteros, novel detective. Donde hacía pocos instantes hubo una grácil muchachita, un poco enigmática a veces, arrogante o latosa otras, pero invariablemente encantadora, apareció de súbito una especie de Hécate de ojos relampagueantes, narices dilatadas y labios retorcidos hasta descubrir los dientes.

—¡¡Andate de acá, desgraciado!! —rugió Virginia—. ¡¡Fueraaaa!!

3. ABISMOS DEL INCONSCIENTE

LA DEPOSICIÓN de Hilario Puentes, el sereno de la oficina de Archivos del Ministerio de Obras Públicas (cuya fotocopia obtuviera Dorteros mediante el mismo poco ortodoxo recurso que le agenciara las de los misteriosos textos dactilografiados), estaba redactada en esos términos concisos e invariablemente áridos que son norma en la División Homicidios.

Dorteros prefería añadir a la lectura escueta su método personal de indagación: se reclinaba en su asiento, cerrados los ojos y concentrada la mente, y procuraba representarse las acciones como si las contemplara en un filme. En este caso en particular, conocía al primer actor,

Puentes, al menos por fotografía; también había visto las tomas del cadáver de Lucy *in situ*, en copias extraídas de los sacrosantos negativos oficiales. No le habría de resultar demasiado arduo, por ende (y dado su caudal de experiencia en tales lides), el formarse una visión ideal de los sucesos consignados en el documento.

Algo como esto:

Puentes consultó su reloj, confrontándolo maquinalmente con el de la pared. Algo pasadas las doce... Se había entretenido demasiado con el programa tanguero que disparaba el diminuto parlante del radio a transistores. ¡Era hora de la segunda ronda!

Con hondo suspiro, bajó los pies de la mesa y se incorporó del asiento que le sirviera de reclinatorio. Tras inscribir la anotación reglamentaria en el cuaderno (era norma hacerlo al final de cada ronda, pero él consideraba que ahorrraba un tiempo precioso procediendo a la inversa), se dispuso a efectuar su recorrida, por fortuna no demasiado extensa.

EL SECTOR Archivo ocupaba un reducido local, anexo al edificio del Ministerio, pero independiente de éste; tal circunstancia, de la que Hilario Puentes se congratulaba, le suponía un esfuerzo harto más desahogado que el de sus colegas del block principal.

Llevándose a “Pirincho” Canaro como melódica compañía, atravesó el corto pasillo que unía su cubículo con el despacho del Director. Por pura fórmula probó la puerta y pudo constatar, como esperaba, que se hallaba apropiadamente cerrada. Hizo una pausa para encenderse un cigarrillo (¡desde luego que el “Prohibido Fumar” no rezaba con él!) y abrió la puerta de la oficina motejada “grande”, donde laboraba el personal subalterno.

Encendió y apagó la luz casi en un parpadeo, tras comprobar que no habían dejado ninguna ventana abierta. En teoría, Puentes debía entrar para dar una revisada general, pero ya hacía mucho que había calificado de excesiva aquella precaución.

—¿A qué iba a meterse un caco acá? ¡Si no hay nada que valga la pena!

Al fondo, otra entrada comunicaba con el archivo propiamente dicho, donde los vetustos expedientes hibernaban bajo estratos polvosos. Ya la funcionaria encargada, Isis del Solar, le había entregado la llave a las diecinueve y treinta en punto, de manera que no había ninguna razón para molestarse en inspeccionar allí.

De improviso, Hilario se pegó una palmada en la frente.

—¡La Esmeralda ésa! Ahora que me acuerdo, se iba a quedar en el despachito del fondo... ¿Estará ahí todavía? ¡Dios mío! ¡Qué vocación pa'l laburo!

E RA MÁS que posible que la chica ya se hubiera retirado, sin verla Puentes, por coincidir quizás la salida de ella con una de sus reiteradas visitas al W.C. (¡Es la humedad que hay acá, qué quieren!); sin embargo, como diría más tarde en su declaración a la autoridad, “obedeciendo a un impulso repentino” decidió ir a verificar si en realidad ella se había ido.

Ya desde cierta distancia notó el resplandor de la luz interior a través del vidrio esmerilado de la puerta. Meneando la cabeza, se aproximó para golpear.

—¡Señorita Esmeralda! —llamó—. ¿Le falta mucho?

No pensó en irrumpir. Ya una vez, su ingreso intempestivo le había valido un buen rapapolvos de parte del doctor Quintana... El despachito poseía otra entrada, que daba a la calleja transversal: era la que solía utilizar el señor Director cuando venía en plan *extracurricular*. Un par de meses atrás se trató de la tal Isis... ¿Qué tal si ahora era Esmeralda la agraciada?

Puentes se encogió de hombros. ¡Privilegios del rango! ¿Quién era él para opinar en cuanto a cuestiones de moralidad?

Pero no había obtenido respuesta, a todo esto... El sereno apagó la pequeña radio —de la que había venido escapándose un quejumbroso “*¡Quítate el rouge de los labios...!*”, cantado por Mauré— y ladeó la cabeza, con el ceño fruncido. Luego masculló una palabrota.

—¡Esa babieca es capaz de haberse tomado los vientos por la otra puerta, y sin apagar las luces! —y giró el pestillo.

U N FULGOR inesperado lo hizo parpadear. Alzó la mano para protegerse los ojos... y la dejó así, en alto, mientras el cigarrillo le resbalaba de los labios redondeados por el estupor, y su extremo encendido moría aplastado contra el piso, entre una silenciosa pirotecnia en miniatura.

—¿Pero qué cara...?

La luz de la volcada lámpara de mesa arrancaba brillos dorados de la abundosa cabellera desparramada sobre el escritorio, y se rompía en encandilantes destellos sobre las gemas que adornaban los rígidos dedos... Era el estilo de Esmeralda Capurro: *bijouterie* espectacular, vestido breve y ceñido; medias negras caladas y tacones largos y agudos como estiletos.

Puentes se acercó con precaución. ¿Un... desmayo?

—¡Eh! —barbotó—. ¡Señorita Esmeralda!

Sus dedos, estirados hacia la pálida curva de un hombro descubierto, saltaron hacia atrás como si hubiesen rozado un contacto eléctrico.

—¡Está... helada! —musitó, trémulo.

La verdad se abrió paso hasta su entendimiento como el tallo de una planta trepadora: lenta, fatal. Al sereno le castañeteaban los dientes, pero se las compuso para extraer cuanto coraje pudo de su oxidado ánimo y se inclinó, pese a su repugnancia, para ver mejor.

—¡La flauta!...

El tajo del cuello era horrible de mirar, aunque la sangre, ya en proceso de secarse, no lucía del todo roja. Pero no fue la herida el único motivo de conmoción.

—Esa... cara. ¡No es la Esmeralda!

En realidad, según declaró, no tenía idea de quién pudiera ser.

¡Jamás la había visto antes!

...**D**ORTEROS se estiró, como si despertase de un sueño. Se había dejado llevar, reconoció. Por supuesto que el informe oficial era bastante más prosaico en sus términos... En esencia, no obstante, él no habría vacilado en apostar a favor de la veracidad de sus presunciones, formuladas sobre la base de la supuesta idiosincrasia del tal Puentes. El ex comisario se ufanaba de buen catalogador de caracteres, aun en aquellos casos en que disponía apenas de la información indispensable: características faciales y anatómicas, edad, ocupación... Por otra parte, en esta ocasión contaba, además, con el aporte de su hijo, que se había encargado de transmitirle sus impresiones acerca de los implicados, Hilario Puentes entre ellos.

En la transcripción policial, el texto finalizaba:

“...el suscrito aclaró de inmediato que su confusión fue tan sólo momentánea, y motivada, aparte de su comprensible estado de alteración nerviosa, por su imperfecto conocimiento de algunos funcionarios de la repartición, dadas las disparidades de horarios laborales.

”Una vez superada la conturbación lógica en tales circunstancias, reconoció en la occisa a la funcionaria LUCY GARCÍA FLORES, auxiliar de 2a. Había padecido alguna dificultad en identificarla, según expresó, por llevar la víctima un maquillaje muy exagerado, nada habitual en ella, así como un atrevido escote, como jamás se le viera usar, y, por encima de todo, una escandalosa peluca rubia que ocultaba su cabello natural. Confirmada la filiación de la víctima de autos, cursó la notificación correspondiente a las autoridades. Cuya declaración se asienta de acuerdo a la normativa legal vigente, etcétera, etcétera...”

DORTEROS evocó la fotografía del cadáver. A lo largo de su carrera había visto cientos de imágenes similares; nunca había llegado, sin embargo, a superar la consternación que lo invadía cada vez que las víctimas eran del sexo femenino. Aquellos ojos celestes, agrandados por quién sabe qué extremos de angustia o de terror... ¿o acaso por causa de una incredulidad absorta ante el manotazo injusto y brutal del destino?

La cuchillada era limpia, como si quienquiera que empuñara el arma hubiese dispuesto de un pulso experto; pero se había inferido con tal violencia, que incluso cortó el collar que la víctima llevaba al cuello, deslizándose aquél escote abajo y permaneciendo oculto entre las ropas hasta que se desvistió el cuerpo para la autopsia... Agitándose en la silla, el veterano pesquisante frunció los labios.

—Aquel sonado caso de las degolladas de San Fernando... ¿Fue en el setenta y siete o en el setenta y ocho? ¡Pero no! —Sacudió la cabeza, autorreprendiéndose—. ¡Vamos a no exagerar la deformación profesional, eh!... No hay nada que señale la obra de un psicópata serial en este crimen. Por lo menos, no del tipo de psicópatas que... ¿¿Ehh??

La puerta del despacho, a sus espaldas, se había abierto con violencia. En un solo movimiento sobresaltado, se volvió y se puso de pie, para enfrentar al intruso.

Con expresión demudada y tono alterado:

—¡Dios mío! —barbotó—. ¿Qué diablos te pasó a vos?

EL REGRESO, en el auto de Juan Carlos, estuvo pautado de silencios, con amplio espacio entre los dos y un peso extraño agobiándoles los espíritus.

Para Juan Carlos, sencillamente habían sido demasiadas emociones en una sola noche. ¡Cuando pensaba que creyó *conocerla!*... Existían facetas en ella que no habría anticipado jamás, al mirarla a los ojos, límpidos y azules. ¿Podría suceder que esa alma se retorciera en oscuros meandros, velados a la ajena perspicacia por la pulida textura externa?

No se atrevió a demandarle explicaciones. Ya las daría ella espontáneamente, cuando lo juzgase oportuno...; y, de todos modos, él no estaba del todo seguro de querer oírlas. En realidad, comenzaba a plantearse en forma seria la posibilidad de reconsiderar los alcances de su mutua relación.

—Juan Carlos...

Fue muy poco más que un suspiro, enmascarado por el rumor del automóvil, pero lo hizo saltar igual que un pellizco. Además, advirtió no sin cierto absurdo matiz de complacencia, era la primera vez que ella lo había llamado por su nombre sin añadir alguna cuchufleta.

—¿Mmm...?

La observó de soslayo. El perfil formaba un afiligranado diseño oscuro sobre la ventanilla, contra el fondo fluido de la calle que atravesaban. Le hizo acordar, por un instante, de esas siluetas de papel negro, que anónimos artistas callejeros recortaban con tijeritas, según las líneas del rostro que procuraban reproducir... Ahora que pensaba, no había vuelto a ver a ninguno de éstos desde que dejara atrás la infancia. ¡Le parecía algo tan lejano!

Virginia Linares, en cambio, era el presente, recordó: aquí y ahora. ¡Y urgía la solución de sus misterios!

—Quisiera que no hubieses tenido que... presenciar eso —murmuró ella—. ¡Y mucho menos que sucediera...!

—No te preocupes —repuso el hombre, con sequedad—. Ya pasó.

—¡Qué habrás pensado de mí! Pero es que no sabés...

El, silencioso, doblaba con precaución las falanges doloridas sobre el aro del volante. ¿Que no sabía qué?, se dijo. ¿Qué historia tan tremenda podría justificar lo que había visto con sus propios ojos?

El odio al desnudo en su mirada. El ansia *homicida*.

¿En Virginia Linares..., la psicóloga? ¡No terminaba de aceptarlo!

Y A CALMADOS los ánimos, Dorteros e hijo paladeaban sendos pocillos de humeante café. El más joven se había sentado “a contrasilla”, una pierna a cada lado del respaldo y la barbilla alojada en el cruce de las muñecas.

Su padre permanecía reclinado en el asiento del escritorio. De repente apuntó con el índice a Juan Carlos.

—¿Sabías que sentarse de ese modo —sonrió— indica un temor inconsciente hacia las mujeres?...

—¡Por lo que más quieras, viejo! ¡Nada de psicología! ¡Ya tuve más de la que puedo digerir!

El ex comisario rió entre dientes.

—¡Buen susto me pegaste al entrar!

—¡No te imaginás cuánto lo siento! —gruñó el junior.

—¡Traías una cara!... Pensé que te habían asaltado.

—¿De veras?

—¡Si te hubieras visto!... Te juro que me alarmaste. Pero, en fin, lo que corresponde ahora es mirar las cosas fríamente y reflexionar. A ver, para empezar: ¿quién diablos era el individuo ése?

JUAN Carlos resopló (suspirar no es de hombres); se despojó de los lentes y se abstraigo en su limpieza. Mediante tal recurso, no dejó de advertir el padre, eludía mirarlo mientras hablaba. Muy comprensible, dadas las circunstancias.

—Según me contó Virginia después, en el auto—dijo el joven—, se llama, o se hace llamar, Luciano Di Reggia. Es algo así como un colega de ella, aunque sus puntos de vista son diametralmente opuestos, a lo que parece...

—¿Psicoanalista?

—Ajá. —Juan Carlos parpadeó—. ¿Vos lo conocés?

—No, pero siendo ella conductista (como no se cansa de proclamar), es obvio que él ha de ser partidario de la escuela freudiana, si se antagonizan tanto como dijiste.

—Bueno, sí; es más o menos lo que ella me explicó, pero...

—¡...Pero eso no justifica su explosión!

—No, por supuesto. Creo que hay algo más *personal* entre los dos. Un rencor que...

Dorteros alzó un dedo.

—Tiene que ver con... Lucy García, ¿no es así?

—¡Diez puntos, viejo! Los dos...

—...Se la disputaron como paciente, ¿cierto?

Fue demasiado. Juan Carlos se levantó con un gruñido.

—¿Lo cuento yo, o te las arreglás vos solo para terminarlo? —protestó.

—Era para facilitarte las... ¡Está bien, está bien! ¡Pero mirá qué carácter tenías!... Seguí nomás con el cuento, que te prometo solemnemente no volver a interrumpirte.

—¡Es que no es tan simple como lo estás planteando! Resulta que el sujeto ése, Di Reggia, sería un gusano repugnante (según Virginia), culpable de mil y una violaciones a la ética profesional, tales como aprovecharse de la dependencia creada en determinadas pacientes, para obligarlas a todo tipo de servilismo, incluidas las... ¡Ya sabés! ¡Lo más bajo que hay! ¡Te das cuenta?

—¿Y no se le acusó nunca? —indagó Dorteros.

Su hijo sacudió la cabeza, saliente el labio inferior.

—Parece que se trata de un bicho astuto como el Diablo... Además tiene muchos contactos en lo los lugares clave. Y, por otro lado: ¿qué probabilidad tendrían las acusaciones de mujeres *supuestamente histéricas*? ¡Las pacientes llevarían todas las de perder, aun cuando dijesen la verdad!

DORTEROS se levantó y empezó a dar vueltas por la pequeña habitación, señal en él de cavilación profunda. Dorteros hijo, esclavo del endiablado espíritu de contradicción que ya era sindrómico en su mutua convivencia, volvió a ocupar la silla de madera, en forma ortodoxa esta vez.

—Entiendo que ella le profese antipatía —dijo el antiguo criminalista—, máxime si respeta la dignidad de su labor. Pero sin duda existen métodos menos... extremistas que el escándalo en público para combatir a un colega corrupto. ¡El celo profesional no excusa la agresión física!

—¡Ya te dije que debe haber una cuestión de índole más personal!

—¿Pero podrá ser tan grave como para...? ¡Según vos mismo, parecía dispuesta a hacerle tiras la cara con las uñas!

—Sí... Eso sí. ¡De verdad que me impresionó! Nunca la había visto ponerse así.

—¿Y podrá tener algo que ver... con Lucy? —inquirió Dorteros.

—Bueno —repuso su hijo—, según Virginia, Di Reggia no hizo más que empeorar las tendencias depresivas de Lucy, al someterla a una terapia de mucho riesgo para ella, a base de obligarla a hurgar en su pasado y...

El ex policía alzó un hombro, sin detener sus paseos.

—Así es como funciona el psicoanálisis. ¡No lo inventó Di Reggia!

—¡Pero es que la chica no adelantaba, sino que se hundía cada vez más en su trastorno!... Virginia, a propósito, la conoció por casualidad, hará unos seis o siete meses, a través de un programa radial en el que ella atendía consultas telefónicas de la audiencia...

—¿Y Lucy la llamó? Mmm... ¿Estás enterado de cuál era su... problema?

—De acuerdo a lo que me contó Virginia —contestó Juan Carlos, midiendo las palabras—, todo radicaba en un exceso de timidez y falta de autoestima... Era una muchachita menuda, de ojos oscuros y tristes, que se desvivía por llamar la atención del sexo opuesto, aunque no tenía la menor idea de cómo se conseguía eso. ¡Y cada día se replegaba más en sí misma!

—Un caso de tantos, a lo que veo... ¿Tu amiga no llegó a ubicar el origen del trastorno?

JUAN Carlos se quitó de golpe las gafas, enarbolándolas como un banderín.

—¡Es que los conductistas no indagan esas cosas! Virginia, por cierto, me lo enfatizó mucho. Ellos prescriben conductas “positivas”, y “reforzamiento” de las mismas... ¡Así se logran recuperaciones satisfactorias en lapsos relativamente cortos, según ella! Precisamente, fue ese método el que le aplicó a Lucy.

—Ya veo —dijo Dorteros—. ¡Mientras tanto, los psicoanalistas alargan las terapias durante meses y meses!

—Y en tanto fingen explorar el inconsciente, interpretar los sueños y todo ese blablablá, despluman a los pacientes. ¡Creo que por esa causa, Virginia no los puede ver ni pintados!

—¿Se lo enrostró a Di Reggia cuando pelearon?

Balanceando los anteojos, cuyas patillas sostenía entre el pulgar y el índice, Juan Carlos replicó:

—¡No! En realidad, fue él quien la acusó a *ella*. ¡Le achacó la responsabilidad de la muerte de Lucy García!

—¿Y era infundada la acusación?

—¡Vamos, viejo! ¡Ahora va a resultar que ella...! —y se detuvo en seco.

—¿Decías...?

—Ella misma se culpaba por eso —musitó el joven, con la vista baja—. ¡Estaba sollozando cuando llegó el tipo! Y entonces él le lanzó un sarcasmo, justamente sobre el tema, lo cual debe de haberla puesto fuera de sí... ¡De otro modo no consigo explicarme su cambio!

—Sin embargo —manifestó el padre—, no me parece difícil de entender. ¡Estaba volviéndose contra el otro precisamente porque le hacía notar su culpa! Es una reacción de lo más típica..., pero ya se sabe que uno de los temas en el que los psicólogos suelen fallar es el autoanálisis. De cualquier forma —Dorteros meneó la cabeza—, si la reacción de Virginia fue tal y como me la contaste, y siempre y cuando no hayas añadido drama de tu cosecha...

—¡Ya quisiera yo! Todavía me quedé corto.

—Bien. —Dorteros levantó una mano—. Suponiendo que las cosas ocurrieran así, ¡todavía no hallo motivos válidos para un estallido de histeria como ése! ¿Estás bien seguro de que no hay nada más?

—Creo que sí... Virginia se quejaba de que Di Reggia, valiéndose de quién sabe qué recurso maquiavélico, había vuelto a arrebatárle a la paciente..., ¡y a sabiendas de que la perjudicaba!

DORTEROS dejó de caminar.

—¡Ah! Eso es interesante. ¿El mismo lo confesó?

—Con todo cinismo le dio a entender a Virginia que no le preocupaba tanto la recuperación de Lucy, como el salir ganando en aquella pugna de orgullos. Por otro lado, la chica le *atraía* en cierto modo, según dijo; y con ese problema de incomunicación que padecía ella, bueno..., sólo era cuestión de tiempo para que... ¡Vos me entendés!

—¡Toda una joyita, el tal! Comprendo que despierte antipatías... ¡Pero de ahí a llenarle la cara de arañazos, como decís que quiso hacer ella!...

—Es que falta el colofón. ¡Por algo te pedí que no me interrumpieses! Parece que Di Reggia finalmente *descubrió* algo del pasado de Lucy... No sé si sería un trauma de la infancia, o alguna psicopatía... Como fuese, afirmó que contaba con pruebas suficientes para demostrar que la *mala praxis* de Virginia ¡había sido en definitiva la causa de la trágica muerte de Lucy!

Dorteros se dejó caer en la silla acojinada, enfrentando a su heredero.

—Una acusación grave. ¿Y en tu opinión... bluffeaba?

—Bueno... —Juan Carlos decidió reiterar el pulido escrupuloso de sus cristales ópticos—. Según Virginia..., nada es cierto. En resumidas cuentas, todo se reduce a la vieja polémica sobre los métodos terapéuticos.

”Los psicoanalistas, irónicamente, comparan a las terapias conductistas con esa mano superficial de pintura que se da a las paredes manchadas de humedad, a fin de vender la casa sin muchas demoras... El edificio parece como nuevo, pero la humedad sigue carcomiendo por debajo, hasta que se caen los muros a pedazos. ¡Por ahí discurría la argumentación del tipo!

—Todo eso, según Virginia, ¿eh?

—Sí... ¡Según ella!

—¿Y qué opinás vos del asunto?

—¿Yo? ¡Yo no soy psicólogo!

—Pero conocés un poco a Virginia Linares. ¿Te parece que está diciendo la verdad?

Juan Carlos, a su pesar, volvió a tener delante la expresión alterada de ella, la mirada asesina, los dientes descubiertos... Guardó el pañuelo en el bolsillo trasero del pantalón y se caló las gafas para encarar a su progenitor.

—Es que ahora ya no sé si la conozco —confesó a regañadientes—. ¡No me animo a opinar tampoco en eso!

Dorteros levantó las cejas; luego se encogió de hombros.

—Voy a tener que hablarle yo, entonces, para formarme mi propio juicio. ¿Cuándo se ven de nuevo?

—Ni idea —repuso Juan Carlos. Y, tras una pausa, rencoroso—: ¡Maldito gusano! —escupió—. ¡Ojalá reventase!

EN ESE mismo instante (aunque ninguno de los dos lo sabía), una mano enguantada oprimía el timbre del departamento de Luciano Di Reggia, psicoanalista de la escuela freudiana clásica.

Este no se había acostado aún, nervioso por el incidente de la cafetería. El timbrazo lo sorprendió con una botella de ron de Jamaica a medio vaciar. Sosteniendo un trozo de hielo contra el ojo derecho, acudió a abrir.

El lo ignoraba, pero no le quedaban más de doce minutos de vida.

4. LA DAMA DEL OSITO

COMO Juan Carlos ya lo había podido verificar en numerosas instancias de su vida, el antídoto más eficaz contra la confusión mental y la ansiedad combinadas era ni más ni menos que el trabajo duro.

Así, dejando de lado los intrincados laberintos de Virginia Linares, sus peculiares reacciones y aun el grave riesgo de un vínculo eventual, decidió abocarse de lleno a la resolución del caso que tenía entre manos. Dada la indisoluble implicación de Virginia en el asunto, no le iba a resultar posible el mantenerla apartada del plano de sus actividades; pero se prometió a sí mismo que confinaría sus relaciones a coordenadas estrictamente profesionales.

Le quedaban pendientes algunas entrevistas. Aquello no carecía por cierto de aristas delicadas, ya que un detective privado no dispone del peso de la autoridad “legal” para imponerse a testigos recalcitrantes; sin embargo, él había venido arreglándoselas bastante bien a fuerza de pertinacia, paciencia y esa manera suya de ser, tan “entradora”. Hasta el momento, no podía quejarse de los resultados obtenidos, sobre todo en lo referente al bello sexo.

Ya poseía las declaraciones “no oficiales” de Isis del Solar, la encargada del archivo, y también la de Gualberto Farrazzini, el Secretario, un sujeto maduro, enjuto y un tanto amanerado al hablar, que le consumió una *cassette* entera a base de chismes irrelevantes. Fiel a su línea de conducta, el joven detective no dejó de entrevistar a ninguno, por ajeno que pudiera parecer, a primera vista, a aquel misterioso asesinato en la oficina.

La charla con Puentes, el sereno, había resultado algo más jugosa. Lo abordó en un bar cercano al Ministerio, media hora antes de que comenzara su turno laboral. Tras las dos primeras copas, el hielo se resquebrajó sin excesiva violencia.

—PUES SÍ, mi amigo —le dijo Puentes, con un meneo de cabeza—. Una verdadera injusticia lo de la chica ésa... ¡Salud!

—Salud. ¿La conocía bien?

—¡Si viera que no! Poco o nada la traté, porque ella trabajaba temprano, pobrecita... Pero las pocas veces que le hablé me dio buena impresión, ¿vio? Muy seriecita, ella, a trabajar y punto. No como otras que yo sé, que... —y sacudió expresivamente la mano libre del vaso.

Juan Carlos se lo llenó de nuevo.

—¿Qué opinaban los hombres de la oficina?

—¿Me pregunta si alguno le arrastraba el ala?... ¡No era de ésas!

—Así que..., ¡nada de “vampiresa”!

—Bueno... No es que quiera hablar mal de ella, Dios libre y guarde. Pero parecía, ¿cómo le diré?..., ¡tan poquita cosa! Sin ofender, claro, pobre...

—Nada que ver con Esmeralda Capurro, ¿eh?

Cruzaron sendas sonrisas cómplices.

—¡Esa juega en las ligas mayores! No..., nada que ver.

—A mí también me impactó la rubia. —Inesperadamente, Juan Carlos cambió el tono y miró al otro a la cara—. ¿Le dio la impresión de que Lucy García trataba de imitar a Esmeralda..., que intentaba, de algún modo, llegar a ser como ella?

Puentes empinó el vaso, para no dejar gota.

—¿Cómo dice? —inquirió luego, con gesto perplejo.

—Ese maquillaje tan exagerado que usaba cuando la mataron..., la peluca rubia... ¿No son indicios claros de que emulaba a la *femme fatale* de la oficina?

EL GUARDIÁN nocturno posó el vaso sobre la mesa. Frunció un poco la frente al indagar:

—¿Cómo está enterado de todo eso? Creí que iban a guardar cierta reser...

—Mi padre tiene contactos en División Homicidios. Consiguió copias de las fotografías oficiales.

—¡Ah, ya veo! ¿Y su papá es...?

—Fue comisario. Dorteros de apellido, no sé si...

—No..., no me suena. Así que usted vio las fotos... ¡Qué injusticia, m’ hijo!

—Sí, es una tragedia... ¿Por qué tuvo que quedarse Lucy tan tarde en la oficina? ¡Usted dice que trabajaba temprano!

—Bueno... —El hombre vaciló—. No me parece correcto...

—¡Vamos! Le prometo que va quedar entre usted y yo. ¡Estrictamente confidencial!

—¡Pero que conste que es una presunción, nomás!

—Entiendo. ¿Sospecha algo anormal?

Puentes se agitó en la silla. Inquieto, manoseó el cuello alto de su suéter y habló desviando un poco la mirada del rostro de Juan Carlos.

—Como anormal, no... Lo que creo es que bien pudo citarla alguien..., pero no por trabajo, ¿me comprende? ¡No se emperifolla de esa manera..., con anillos, collar y todo eso, una muchacha que sólo viene a pasar notas a máquina!

—¿El doctor Quintana? —insinuó significativamente el investigador. Ante la manifiesta alarma del otro, añadió de prisa—: No se preocupe: ¡no sería usted el que me abriera los ojos sobre un asunto que comenta todo el mundo! Además, cuando hay de por medio un homicidio, determinados miramientos se dejan de lado... Y, de cualquier modo, todo va a terminar por salir a luz en la encuesta judicial —improvisó, en un raptó de inspiración.

—¿Le parece? En fin, siempre y cuando usted no me mencione...

—¡Discreción absoluta, ya le dije!

—Entonces sí, le confieso que sería muy probable. ¡El doctor acostumbraba llevar ahí sus... asuntitos! Aunque yo no tenía por qué estar enterado, claro está... El entraba por la puerta trasera, con su propia llave; y por ahí mismo se iban los dos, cuando les convenía. ¡Hubo tantas, mire!...

—¿Funcionarias de la oficina? —Juan Carlos escanció más vino.

—Era lo más común... ¡Salud!

—¡Salud! ¿Y le gustaban... llamativas?

—Tenía sus preferencias. Isis del Solar, la del archivo, por ejemplo. ¡De la cintura para abajo, es...!

JUAN Carlos cruzó los brazos sobre la mesita y se inclinó hacia el sereno. Su pregunta partió, firme y directa, en busca de una réplica impremeditada:

—¿Quintana estuvo esa noche en la oficina?

—¡Si viera que no sé!

—Pero bien pudo estar, ¿no? Sin que usted se enterase, digo.

—Y... Como poder, pudo, sí.

—Ya veo. ¿Y qué opina del arma?

—¿Eh?

—El cuchillo..., uno que tenían en la oficina, me imagino que para cortar las tortas en las fiestas. Se encontró junto al cadáver, ¿no es cierto?

Hilario Puentes movió la cabeza de arriba para abajo tres o cuatro veces, en señal de admiración.

—¡Vaya que se me empapó bien de los detalles!...

—En realidad —insistió Juan Carlos—, los dedos de la chica rodeaban el mango, como si...

—¡Eso! —Puentes sacudió el índice ante la nariz del otro—. Yo llegué a pensar que ella misma se había... ¿Cómo es que ahora la policía dice...?

—Lucy García era zurda —explicó el joven, y la luz destelló en sus lentes—. ¡No habría agarrado el cuchillo con la *derecha*! Por otro lado, no es fácil que uno mismo se pueda inferir tajos como éstos, tan seguros... Antes del golpe fatal, el suicida se inflige varios cortes vacilantes, que se llaman “tentativos”: es la regla... comprobada.

—¡Mire usted!...

—Y, por último, una mano frágil como la de Lucy (aun admitiendo que fuese ambidextra), no habría profundizado así la herida... —El novel detective, ufano en su fuero íntimo por haber memorizado tan bien el informe paterno, meneó la cabeza—. ¡Hay que descartar la idea de un suicidio..., definitivamente!

—¡Pero mire lo que son las cosas!... —Puentes entornó los ojos, en los que latían brillos suspicaces—. ¿Y el doctor vendría a ser... un sospechoso?

—Eso lo decide la policía. —Juan Carlos se levantó de la mesa—. Lo único que yo hago es investigar los hechos concretos. ¡Hasta pronto!

No llegó a alejarse. El tirón de la mano de Puentes, aferrada a su manga, lo obligó a detenerse.

—¡Oiga, mocito! ¿Piensa que va a haber... más muertes?

JUAN Carlos reprimió un mohín de disgusto. Los vahos del alcohol empezaban a traslucirse en la expresión del sereno. Se libró de su garra con la mayor delicadeza de que fue capaz.

—No soy adivino —repuso—. ¡Espero que no ocurran más desgracias!... Supongo que eso es lo que todos deseamos, ¿o no?

Y con ello había clausurado la entrevista. El tratar con tipos como aquél lo ponía bastante nervioso (lo cual era disculpable, dado su escaso fogueo en el *métier*); pero, después de todo, Puentes le había sido de cierta utilidad, al confirmarle su presunción en lo referente al doctor Quintana.

A propósito: Quintana era otro candidato al interrogatorio. Pero eso se lo dejaría a Dorteros padre. No había muchas probabilidades de que el abogado se prestase a la inquisitoria de un “investigador privado”, por simpático que éste fuera. Dorteros El Viejo podría hacer valer el conocimiento personal que ya tenía con Quintana...

EN ESTA mañana, otro era el objetivo del joven detective.

¡Y nada desagradable, por cierto!

—*No te quiero más*—canturreó—, *ni te puedo ver...*

¡La famosa Esmeralda Capurro había otorgado su consentimiento! No..., ¡si cuando él quería sabía ser persuasivo! Además, según le habían dicho varias veces, tenía una voz tan sugestiva por teléfono... De un ágil brinco, bajó del automóvil, que debió estacionar a la vuelta de la casa de ella.

—...*Me dedico a la garufa, ahora tengo otro querer...*

Lindo barrio, se dijo. Y este “Torre Bermudas” era un edificio de cierta categoría... ¡Ventajas de una bella figura!

¿A qué negarlo? Estaba un poco nerviosillo cuando apretó el timbre. Una centelleante secuencia de utópicas derivaciones hacia terrenos divorciados de la criminalística viboreó en lo profundo de su psiquis... Sin embargo, acabó por imponérsele su sentido del deber. ¡Estaba allí en plan *profesional!*

—¿Sí...?—con esa única sílaba, a través del intercomunicador, ella consiguió acelerarle el pulso.

—¡Jum!—carraspeó el hombre—. ¿La señorita Esmeralda Capurro?... ¡Habla Dorteros! ¿Se acuerda? Quedamos en...

—¡Ah, sí! Pase, Juan Carlos.

¡*Bzzz!*

Empujó la puerta, midió silenciosamente con sus pasos tres metros de mullida “moquette” y se introdujo en el ascensor. Andaba como flotando..., lo cual incluso Dorteros padre habría sabido disculpar, habida cuenta de la fama de la hembra en cuestión. Aprovechó el espejo del elevador para ajustarse la corbata, prenda que sólo usaba en ocasiones especiales.

Ya frente a la puerta de ella, en el piso 15, empezó a preocuparse por encontrar la forma más apropiada de entrar en materia. Los manuales que había leído no le servían de mucho en este tema...

Llamó. Aquella sensación extraña en la boca del estómago, la garganta reseca... ¡Quién lo habría dicho!

En la abertura que surgió ante su vista se reveló parte de un lindo rostro, una cinta color de rosa intentando disciplinar el delicioso alboroto matinal de la cabellera, la V profunda de un escote guarnecido de sedas semitransparentes...

¡*Upa-la-lá!*, se dijo Juan Carlos.

—Pase... —Ella le franqueó la entrada, sonriente—. ¡Y perdone que lo reciba así, Juan Carlos!... Anoche me acosté un poquito tarde.

—No, no..., ¡faltaba más! Espero no ser inoportuno.

El joven habría jurado que se leía algo más en aquellos ojazos verdemar, cuando por entre los labios aún despintados siseó la respuesta:

—¡Molestia ninguna! ¡Siéntese! —y, aunque banal, lo electrizó.

La salita estaba coquetonamente arreglada, notó el detective; aunque desde luego no se tenía por buen juez en la materia. Había un osito de felpa, blanco y negro, sobre el sofá en el que tomó asiento; sólo por conversar, hizo un comentario risueño al respecto:

—La mascota ideal, ¿eh? No cría pulgas, no maúlla de noche...

Ella soltó una breve risa, orlada por un rosado invasor en las mejillas.

—¡Me encantan estos ositos!

—Son lindos, de verdad... Japonés, ¿no?

—Los colecciono de todas partes. En el dormitorio tengo uno enorme..., ¡con una carita amorosa! Duermo todas las noches con él...

—¡Me gustaría conocerlo! —sonrió el joven.

—A lo mejor, más adelante... Pero no lo han traído los ositos, ¿verdad?

PLAN profesional. Asumiéndose, Juan Carlos se cruzó de brazos y descansó el tobillo derecho sobre la rodilla izquierda.

—Cierto. Es un poco... ingrato mi cometido, Esmeralda.

—La pobrecita de Lucy, ¿verdad? —susurró ella.

—Ajá. ¿La conocía bien?

—Bueno... Como compañera de trabajo, nos...

—¿Pero no eran amigas?... No, gracias, lo dejé —y adelantó una mano abierta para rechazar el *king-size* que ella le estaba ofreciendo. Habría dado las muelas por llevar consigo algún encendedor, pero ambos Dorderos cumplían devotamente la consigna de prescindir de cualquier artilugio que los tentase a recaer en una debilidad que con tanto esfuerzo habían logrado erradicar—. ¿No intercambiaban... confidencias? —insistió.

Los verdes ojos parpadearon. ¡Aquellas pestañas realmente abanicaban!, se admiró Juan Carlos.

—¿Confidencias? —La llama de un bonito encendedor inflamó el cigarrillo.

—Sobre amistades..., romances... Ya sabe: cosas así.

—Noo... ¡Lucy no era muy comunicativa!

—¿Así que nunca se enteró de si tenía algún enamorado?

—Jamás me contó nada... —y exhaló humo con un *¡fff!* que le erizó los pelillos de la nuca a su interlocutor.

—Quizás a través de otro conducto... ¿Rumores?

Juan Carlos consideró seriamente la posibilidad de formular, adrede, otras preguntas que exigieran respuestas enfáticamente negativas de parte de ella. ¡Había que ver con qué gracia se mecía esa mata de pelo dorado cuando Esmeralda sacudía la cabeza!

—Nada, entonces, a lo que veo... —concluyó—. En lo personal, ¿usted no tiene idea de quién pudo haberla...?

—¿Pero cómo? —Dos círculos blancos rodearon a los iris esmeraldinos—. ¿No dicen que fue un sui...?

El le cortó la frase con un gesto negativo. Luego sus ojos se cruzaron en la fina columnilla de humo que ascendía, casi vertical, desde la punta en ascua del cigarrillo que aprisionaban dos finos dedos pálidos.

—Anda atrasada de noticias, Esmeralda. ¡Ya se descartó definitivamente esa posibilidad! ¿Cómo es que no está enterada?

—BUENO, yo... ¡La verdad es que hace más de una semana que no voy a la oficina!
Tengo licencia, ¿sabe?

—¡Espero que no sea por motivos de salud!

—Bueno, un poquito mal estuve, sí... Esa desgracia me afectó..., me afectó mucho; y sufro del hígado y tengo...

—¡Cuanto lamento que no se encuentre bien! —Hizo ademán de incorporarse—. Si le parece mejor que pospongamos...

Una de las manos, exquisitamente adornada con barniz de uñas nacarado, se prendió de su manga. Juan Carlos empezaba a experimentar, en parte, el poder de seducción que fluía de ella... Era quizá un poco plana por encima de la cintura (una cintura, fuerza es consignarlo, bien de avispa); pero lo que se traslucía por entre los tules del peinador que la envolvía, causaba vértigo. Y ese cutis marfileño...

—No, ¡quédese, Juan Carlos! Sé que es muy importante para usted que hablemos.

—Gracias. Le prometo que abreviaré tanto como sea posible.

—Muy bien. ¿Qué quiere saber?

—Aquella infausta noche usted iba a quedarse trabajando tarde... ¿Cómo fue que apareció Lucy García en su lugar?

—¿No sé nada de Lucy! Yo me fui una hora más tarde de mi horario regular, y mientras estuve en la oficina no vi venir a nadie más...

—¿Cerró las puertas al retirarse?

Ella elevó la vista hacia el techo, exhalando una bocanada de humo.

—No recuerdo... ¡soy bastante olvidadiza en cosas como ésas! Lo lamento...

—¿Recuerda si vio al sereno cuando salía?

—No, no lo vi. Estaría haciendo la ronda, o quizás en el baño...

Juan Carlos adelantó el torso hacia la mujer.

—¿Está enterada del aspecto que tenía la pobre Lucy cuando...?

Ella ahuecó las mejillas para aspirar humo. ¡Preciosa!

—Sí... —musitó—. La peluca rubia, el maquillaje... ¡Qué cosa más rara!

—¿Cree posible que estuviese tratando de emularla a usted?

—¿CÓMO dice, perdón?

—Que tal vez quería parecersele. ¡Toda chica aspira a ser popular, ya sabe!

—¿Pero cómo supone que...! —Levantó la cara hacia él—. ¿Está diciendo que Lucy trataba de *personificarme*? ¡Jamás en la vida habría pensado que...!

—No digo al extremo de hacerse pasar por usted; nada de eso. Pero sí quizás imitarla. Como usted goza de la admiración general —sonrió brevemente—, y no podría ser de otra manera...

—¿Pero qué amable, Juan Carlos!

—... sería entonces muy natural que Lucy, deseosa de impresionar a... alguien en particular, y sabiendo ella (¡claro está que todo esto es hipotético!), sabiendo ella que esa tal persona sentía una fuerte atracción por usted, pues... —extendió ambas manos abiertas a los lados, con los pulgares hacia afuera.

Esmeralda Capurro aplastó la colilla ennegrecida contra un cenicero de cristal en forma de concha marina. Silenciosa, pareció meditar en las últimas palabras de él.

¡Zambomba!, pensó Juan Carlos. *Quizás me excedí... ¿Y si se le da por tirarme ese cenicero por la cabeza?*

PERO lo que sucedió fue bastante menos dramático. Ella se puso de pie (no sin proporcionar al visitante una fugaz sinopsis de sus veladas delicias) y dio varios pasos por la salita. El salto de cama debía ser de tela autoadhesiva, se dijo él. Y esos tacones afilados, de quince centímetros...

—¡Me dejó mal lo que dijo, Juan Carlos!

—Sólo fue en el terreno de las conjeturas, Esmeralda, créame. ¡Lejos de mí...!

—¡Pero lo que dio a entender...!

—¡No, no, de ningún modo! No debe tomarlo como...

—¡Me acusa de ser responsable de que la hayan...! ¡Oh! ¡Ay!

Y lloriqueó melodiosamente. Juan Carlos se habría pateado a sí mismo; pero por el momento no encontraba siquiera dónde meterse.

¡Otra vez lo mismo!, refunfuñó, para sus adentros. *¡Me van a convencer de que no sé tratarlas!*

La despedida fue con carámbanos. Ella ni siquiera le tendió la mano: se limitó a sostener la puerta abierta mientras él se escurría fuera, sin más que una inclinación de cabeza casi imperceptible y un pequeño murmullo en respuesta al saludo del hombre. ¡Y la entrevista había prometido tanto!...

Estaba muy preocupado al descender los cuatro escalones de granito pulido hasta la acera. No podía evitar imaginarse las actitudes más dispares de parte de Esmeralda, tras la partida de él.

¿Colérica? ¿Asustada? ¿Compungida?

¡Si los ositos de peluche hablasen!... Frente a los fijos y redondos ojuelos de vidrio, una Esmeralda restallante como chispa eléctrica, sin rastros de lágrimas, marcaba vivamente varios dígitos en un teléfono inalámbrico. Luego esperó con impacientes chupadas al cigarrillo.

Dio un saltito al oír descolgarse el tubo, al otro extremo.

—¿Sos tú? —dijo ante el fono—. Sí, sí, ya vino... ¿Cómo? ¡Hará un par de minutos!... Oí: ¡me hizo una Inquisición! Es como si estuviera enterado de que... ¿Qué decís? —Se volvió a mirar al osito—. ¿Y qué importa si...? ¿¿Cómo?? ¿¿Cómo dijiste??... ¡No tenés por qué hablarme de ese modo! ¿Entendiste? ¡No te voy a tolerar que...! —y se quedó escuchando el zumbido de la comunicación interrumpida.

EN OTRO barrio de la ciudad, una vigorosa diestra masculina, en cuyo anular relucía un anillo con el sello de cierta fraternidad estudiantil norteamericana, reponía con violencia el tubo de un teléfono en su horquilla. Era uno de esos aparatos elegantes, deliberadamente anticuados; armonizaba a la perfección con el estilo clásico del gran escritorio labrado sobre el que descansaba.

La misma mano, tras corta pausa sobre el receptor telefónico, se hundió en un bolsillo, extrajo un pañuelo y ascendió para enjugar una frente cubierta de sudor.

Al resplandor de una lámpara con pantalla verde, la sombra de un hombre atormentado se proyectaba sobre el retrato al óleo de un adusto personaje cuya mirada rezumaba reproche.

—*¡Dios mío!* —Un acento enronquecido ascendió hacia el artesonado del cielorraso—. *¡Debe haberlo visto!... ¡Van a averiguarlo todo!...*

5. ENCUENTROS Y DESENCUENTROS

DORTEROS padre también tenía una mañana activa. Había hecho una lista de prioridades (¡ya no estaba en edad de confiarle todo a la memoria, como Juan Carlos!), y con ella en el bolsillo penetró en el edificio de la Jefatura de Policía, aquel viejo local donde transcurriera tan vasto sector de su existencia. Aún se sabía apreciado allí, y no dudaba en obtener la cooperación necesaria para sus propósitos.

Era más o menos a esa hora que Dorteros hijo, detenido frente a un semáforo, a poca distancia del edificio que acababa de dejar, fruncía el ceño ante el espejo retrovisor de su vehículo.

—¡Juraría que...!

Sí. ¡Imposible confundir al individuo aquél! Inmóvil en una de las esquinas fronteras, con la cabeza erguida, no había duda de que vigilaba la ventana de Esmeralda Capurro...

Juan Carlos acomodó el espejo, a fin de obtener el mejor ángulo visual posible. Así lo distinguía bien; el otro, en cambio, no parecía haber reparado en él. Se quedó quieto, observando al observador. ¿Qué propósitos alentaría el peculiar sujeto?

EN UN libro acerca del teatro musical de Broadway, que Juan Carlos tenía en su biblioteca, figuraba una descripción física del malogrado letrista del Tin Pan Alley de los años veinte, Lorenz Hart. De poco más de un metro cincuenta de estatura, las diversas partes de su magra anatomía, en una forma difícil de explicar, no parecían estar *proporcionadamente* ensambladas... La semblanza le caía como un guante a Jorge Raskowsky, subjefe de la sección Archivo, con aficiones declaradas de escritor y fama de “bicho raro”. Justamente, el joven Dorteros tenía programada una visita al tal Raskowsky para esa misma tarde. Aún no había podido entrevistarle, dado que el hombre estaba temporalmente suspendido de sus labores, debido a una sanción disciplinaria que se le impusiera.

¿Adelantaría el *tête-à-tête*, visto lo propicio de las circunstancias?... Se decidió por la afirmativa; pero, tras el paso de un ómnibus, que interpuso su reflejo entre los ojos del detective y la imagen de Raskowsky, éste sencillamente se hizo humo.

Fue inútil que Juan Carlos intentara su búsqueda. Inclusive atravesó el cruce, ignorando el amarillo del semáforo, y luego procedió a dar varias vueltas lentas por las inmediaciones; pero no consiguió localizarlo... Cabía en lo posible que Raskowsky hubiera abordado un taxi, o penetrado en alguna casa de las inmediaciones. ¿Quién podría decirlo con certeza?

El detective suspiró. Luego de volver la cara hacia uno y otro lado, se echó para atrás el abundoso cabello claro y chasqueó la lengua con disgusto.

—Me habría ahorrado un viaje... ¡Pero, por Cristo, que esta misma tarde me le planto delante de la puerta y no despego el dedo del timbre hasta que me abra! ¡Me palpita que ése sabe mucho de todo esto..., y se lo voy a sacar aunque tenga que someterlo a un “tercer grado”!

LA VOZ que respondió al repiqueteo de sus nudillos era afable, advirtió el ex comisario. Y además era conocida.

—¡San Ivo bendito! ¿Será posible que...? —y empujó la puerta rotulada:

DIVISION HOMICIDIOS - COMANDANTE

—¡Pero!... ¡Vos por acá!

—¿Cómo, mi viejo? ¿Ahora estás a cargo de esto?

El hombre que se sentaba tras el escritorio se levantó para tender la mano a Dorteros. Su actitud no podía ser más cordial; sin embargo, al visitante, fino observador, no se le escapó el porcentaje de reserva que incluía. El ex comisario, por su parte, estaba sorprendido y con la guardia baja ante el fortuito encuentro.

En visitas previas lo había recibido invariablemente un tal Giménez, funcionario de mediocres aptitudes, pero, en cambio, complaciente en extremo en lo que a Dorteros se refería, ya que lo respetaba por su renombre cuasilegendario. Con este Callaza, pensó, la cosa iba a ser algo distinta: ambos se conocían demasiado bien como para acudir a subterfugios de cualquier especie.

—¡Pero qué gusto de verte, veterano!

—Lo mismo digo. ¡Así que te pusieron acá, che!

—Desde hace un par de días, nada más... ¡Pero no te quedes parado, hombre! ¡Sentate!

Dorteros lo hizo. Frente a frente, los dos viejos amigos se observaban mutuamente, aunque con disimulo. Callaza (*) estaba bastante enflaquecido, comprobó con pena su camarada de otros tiempos. Aquella calva suya no lucía ya con el candor de ayer y, ¡ay!,

(*) El comisario Callaza, personaje de “Mi trabajo es el crimen”, segunda novela de esta trilogía.

sus feos y entrañables incisivos amarillos, que fueran su emblema, habían sido sustituidos por asépticas prótesis; la manoseada y pestilente pipa, otra de sus *trade-marks*, había desaparecido por prescripción médica.

Dorteros estaba enterado de que, un par de años atrás, cierto malviviente le había descerrajado un balazo casi a quemarropa, interesándole el pulmón derecho. Callaza había salvado la vida a duras penas, no sin repetidas intervenciones quirúrgicas; y desde entonces ya nunca volvió a ser el mismo... Pero, vaya uno a saber por qué tozudez moral, jamás solicitó el retiro.

—¿HACE cuánto que no nos veíamos? —preguntó Callaza.

—¿Eh? —Su amigo se sobresaltó; luego, reponiéndose, fingió contar con los dedos—. A ver... Cinco... No, seis años y pico. ¡Mirá vos cómo vuela el tiempo! ¿Y cómo la vas llevando, eh?

—¿Cómo? ¡Como puedo! —alzó los hombros—. ¡No hay otra, che!

—Supe lo de tu...

—¡Bah! Ya es asunto viejo.

—¡No sabés cuánto lo lamento! Quería pasar a verte antes, pero...

Callaza sacudió una mano salpicada de manchitas pardas.

—No hay drama. ¡Todo quedó archivado!

No todo, pensó Dorteros. El espíritu sale herido también, en tales casos; y para cicatrices como ésas no existe bálsamo eficaz. ¡Pobre buen amigo!...

—¿Venías por algún asunto en particular?

—Bueno, te diré...

Por un fugaz instante, la antigua sonrisa irónica de Callaza aleteó en su boca; luego las comisuras volvieron a descender.

—Ya estoy enterado de tus visitas anteriores —advirtió.

—¿GIMÉNEZ te informó? Sucede que...

—Sé que tendrás buenas razones. ¿De qué se trata ahora?

A pesar de su mayor estatura y corpulencia, Dorteros se sentía en desventaja. En su lugar, reconoció para sí, pondría al pedigüeño de patitas en la calle. Pero Callaza siempre había tenido fama de tolerante.

—Es por el caso de la chica degollada —dijo.

—¡Eso ya lo sabía! ¿Pero por qué te interesa?

—Te soy sincero: lo hago por el botija, ¿sabés?

—¿Juan Carlos? ¿Qué edad tiene ya?

—Veintiocho. Pasa que él...

—¡No me vas a salir con que tu hijo y la víctima...!

—¡No, no es eso! Está investigando el caso, y pasa que me pidió...

Callaza, con una risita, apoyó la mano en su calva.

—¡A-já! De tal palo... ¿Ingresó al “club” el muchacho?

—No. El es..., ¡ejem!, detective... particular.

—¿Quéé? ¿Como los de las películas? ¡Mirá, si me estás cargando...!

—No te voy a decir que a mí me hizo mucha gracia tampoco, al principio —admitió Dorteros—. ¡Pero si vieras cómo se ha tomado en serio la profesión!...

—Así que no juega al “Maik Hammer” criollo, ¿eh?

—No, no, oíme: él está metido en esto sólo porque se lo pidió una amiga de la muerta. Para complacerla, ¿viste?

Callaza lo miró con gesto agrio.

—¡Novia de él, me imagino! Y vos le das una manito, ¿eh? ¡Para que no quede mal, será!

—Colaboro lo mejor que puedo, pero...

—¡Claro! —bufó Callaza—. ¡Porque nosotros, los de la policía oficial, somos una manga de ineptos! ¿Qué, te cuesta decirlo con todas las letras?

Dorteros debió echar mano a sus reservas de tacto, así como a su capacidad de persuasión, para verter aceite en las aguas revueltas. Sin duda que su amigo estaba hecho un vejestorio chinchudo, se dijo; pero había que tolerárselo. Un solterón empedernido como él, de hábitos solitarios, y para colmo, habiendo sufrido la tremenda experiencia de su herida a manos de un delincuente... Como, no obstante, Dorteros lo sabía honesto y consciente, no le sorprendió demasiado que, al fin, Callaza terminara por reconocer la verdadera naturaleza de los hechos.

—Lo cierto es —confesó el policía—, que me mandaron a poner orden en este berenjenal... ¡Giménez marchó a dirigir el tránsito, con uniforme! ¿Podés concebir que ni siquiera habían hecho una autopsia en forma?

DORTEROS saltó como el zorro sobre la perdiz.

—¡Ah! ¿Tenés el informe? ¡Eso sí que me resultaría útil!

El otro esbozó un ademán de impotencia, no desprovisto de humor.

—¡Lo que gustes! Total, no creo que pueda hacer más daño...

—¡Mil gracias, viejo! ¿Y no habrá por ahí una lista de las pertenencias de la occisa? ¡Porque tengo entendido que vivía sola, en una pensión de estudiantes, sin familiares ni...!

Callaza le apuntó con un índice como una daga.

—¡Cuidadito, ex colega!

—¿Eh?

—¡Nada de pesquisas “extraoficiales”! ¡Cualquier cosa que llegues a descubrir, me la comunicás *ipso facto*! ¿Comprendido?

—No investigaría yo mismo —mintió Dorteros—. ¡Juan Carlos se encarga de todo!

—¡Y exactamente la misma regla rige para el mozo! ¿Hablé con claridad?

—¡Meridiana! Se hará como decís.

—Mejor así. —Callaza tiró de un cajón, de cuyas entrañas extrajo un formulario. Trazó un par de rúbricas y luego se lo extendió al ex comisario—. ¡Presentales esto! Te van a dar lo que te haga falta.

—¡No sabés cómo te lo agradezco, amigazo!

H ABÍA una chispa nueva en los ojos grisáceos del otro, notó Dorteros, complacido. Era obvio que la situación lo divertía en el fondo. Seguro que gran parte de su severidad era fingida... ¡Quizás hasta le aliviara recibir alguna colaboración oficiosa en aquel caso tan complejo!

—¡Todo sea por el joven Juan Carlos! —sonrió Callaza.

En ese instante, sonó el teléfono de su escritorio.

—Sí, Callaza —respondió, tras pegarse el auricular a la oreja—. ¿Cómo? Sí, está conmigo...

¿¿Qué?? ¿Pero... está seguro de eso? —Dorteros, atónito, lo vio volverse hacia él, con gesto demudado. Se le había puesto roja la calva; las sumidas mejillas, casi cenicientas—. ¡Voy a ponerlo al tanto enseguida! —y colgó de un golpe.

Dorteros lo miró. Un extraño temor, como hiedra ponzoñosa, empezó a treparle espinazo arriba. Se estremeció. La voz le temblaba ligeramente al inquirir:

—¿Pasa... algo malo?

C ALLAZA extendió un brazo para alcanzar la manga del saco de su amigo, a la altura del codo. Los huesudos dedos se cerraron como una trampa, hasta doler.

—¿Vos no sabés... nada? —preguntó a su vez.

—¿De qué? —Dorteros sorbió aire con violencia—. ¡No te entiendo!

Sentía que los ojuelos del viejo policía lo escudriñaban, estudiando su expresión, tratando de leer a través de piel y huesos... Volvió a estremecerse.

—¿Qué es lo que pasa, che..., por amor de Dios?

—Sí —decidió el otro—. ¡Es evidente que no tenés ni idea!

—¡Maldito si...! ¿Pero vas a hablar claro?

—No me explico por qué capricho del destino estás acá conmigo, precisamente ahora... ¡Aunque quizás sea lo mejor! ¿Sabés lo que me acaban de informar por teléfono?

—¡Si no lo largás de una buena vez!...

—Hay orden de arresto contra tu hijo Juan Carlos.

Dorteros saltó de la silla.

—¿Orden de...? ¡Es imposible, no lo creo!

—Por sospecha de homicidio. *¡Mataron a un tal Luciano Di Reggia..., y hay varios testimonios que afirman que tu hijo y él se pelearon a puñetazos ayer de noche!...*

6. DORTEROS JUNIOR POR SU CUENTA

AJENO a las nubes de tormenta que se arremolinaban sobre su cabeza, el más joven de los Dorteros rebañaba con un trozo de crujiente “catalán” el remanente de un par de huevos fritos, para acometer, acto seguido, al pequeño flan que remataba su almuerzo relámpago.

—¡Mozo! —llamó—. ¡La cuenta, por favor!

Pasaban de las dos. Tendría que apurarse un poco para tomar el ómnibus que lo dejaría en las inmediaciones del barrio de Jorge Raskowsky. ¡Justo ahora se le había ocurrido “empacarse” a su temperamental “cachilo”! En otras circunstancias habría viajado en taxi; pero éste era un trabajo de bajo presupuesto, ya que Virginia Linares lo solventaba casi todo a base de puro encanto.

Quince minutos antes había recibido el llamado de su colaborador, informándole que el sujeto en cuestión acababa de ingresar a su domicilio. Este ayudante se estaba revelando como

uno de los más competentes entre los que contratara en los últimos meses, se congratuló Juan Carlos. Quizás hasta considerase favorecerlo con alguna bonificación, ni bien aumentase el capital de la empresa...

Llegó a destino a las dos y veintidós minutos. Se cruzó en la esquina con su asalariado y le hizo una seña casi imperceptible con la mano derecha, sin mirarlo directamente. Al no escuchar de parte del otro el silbido de alerta, supo que todo marchaba bien. ¡Sin duda iba a encontrar a Raskowsky aún en su casa!

Cambió los anteojos normales por otros de cristales oscuros antes de entrar. Se trataba de una antigua vivienda, en deliberado estado de abandono por parte de los propietarios, confiados, seguramente, en que los perniciosos efectos del paso del tiempo, sumados a una desatención metódica, ahuyentaran a los inquilinos. ¡Resultaría fructífero demoler todo aquello y construir un nuevo edificio, que produjese alquileres más sustanciosos!

Al final de un pasillo descubierto, de muros descascarados, el detective encontró la pieza de Raskowsky: número 4.

NO SUENA. GOLPEE, leyó en un rótulo escrito en desparejas letras de molde, junto al timbre. Así lo hizo, quizás con excesivo entusiasmo.

S E OYERON ruidos en el interior. Luego, una voz desconfiada preguntó:

—¿Sí..., quién?

—¿El señor Jorge Raskowsky?

—Sí... —Una estrecha faja de la cara cerúlea y mal afeitada del inquilino ofrecióse a la vista del visitante—. ¿Qué..., qué deseaba, eh?

—Es sobre Lucy García. ¿Me permite pasar?

—¿De la policía? ¡Pero ya les dije todo lo que...!

—Soy abogado. —Juan Carlos empujó un poco con la mano abierta—. ¡Le prometo que no lo voy a demorar!

—¡No tengo nada que agregar a lo que ya declaré! —e intentó cerrar la puerta.

Juan Carlos había hecho una eficaz cuña de su zapato.

—¿Quiere que le traiga una orden del Juez? —amenazó.

La mirada de Raskowsky se clavó en la faz del intruso. Vio su expresión fría y determinada (no en vano Juan Carlos la ensayaba ante su espejo todas las mañanas), y optó por dejar libre el paso.

—Gracias —dijo el detective.

Había esperado algo por el estilo; pero le deprimió verlo con sus propios ojos. Las manchas de humedad, el polvo acumulado sobre el escaso mobiliario, las ropas de la cama en desorden, como si Raskowsky, que tenía puesto un pijama rasgado en una rodilla, hubiese estado ocupándola... Todo en aquel cuartucho pregonaba el *fracaso*.

—Hay una sola silla buena —avisó el arrendatario—. Usela usted.

—Gracias... ¿No fue a la oficina? —lanzó en tono casual el investigador.

—Estoy suspendido... Diez días.

—¡Pero, mire usted! ¿Algún problema con la Dirección?

UN RELAMPAGO de rencor estremeció las venillas de los ojos turbios.
—¡Fue una injusticia! Por una falsa queja...

—¿Queja?

—¡Esa *histórica* de Esmeralda Capurro! ¡No tenía por qué!

—Ah, sí: típico de ellas. ¡Se lo toman todo a la tremenda!

—¡Nadie le viene bien a la Princesa! —masculló Raskowsky.

—¿Princesa?

—Le puse yo así: Princesa Grace. Por el cutis, ¿sabe?

Había añoranza mal disimulada, diluida en aquella voz, pensó Juan Carlos. Y el episodio de la mañana... Recordó uno de los chismes del locuaz secretario, Farrazzini: “*El loco Rasko anda medio obseso con la Esme... ¡La ve hasta en la sopa! ¡Hasta le escribe versitos, y se los regala, junto con chokolatines! A veces me da pena el pobre..., ¡qué quiere que le diga!*”

LAS PUPILAS de Juan Carlos estaban muy activas detrás de los cristales oscuros. No dejó de notar las fotos adheridas a las paredes: eran todas de Esmeralda Capurro, con una sola excepción.

Optó por el ataque directo:

—¡Bonita galería tiene ahí! —y señaló con el pulgar.

El otro se puso como escolar sorprendido con un *Playboy* en el baño... La faz como tomate, comprimida bajo el cabello que el fijador (endurecido por varios días de capas superpuestas) pegaba al cráneo, estirándolo a partir de la gruesa raya que corría a dos centímetros por encima de la oreja derecha, era grotesca de mirar. Se levantó de la cama donde había estado sentado, y habló, entre amplios ademanes que eran aletazos defensivos:

—¡Ellas me las dieron! ¿Le hago mal a alguien con...?

—La de allí es Lucy García, ¿cierto?

—Sí..., ¡pobrecita! De ella guardo un buen recuerdo, doctor... ¡Le gustaban mis poesías!

—¿Ya está enterado de que llevaba una peluca rubia cuando...?

—¡Ah, sí, sí! —Raskowsky desvió la vista—. Bueno, es lo que dicen...

—¿Se la habría puesto para parecerse a... la Princesa?

El otro levantó los ojos, vivamente.

—¿Y por qué iba a hacer eso?

—Tal vez por capricho —sugirió el detective—. ¡O quizás para complacer a alguien!

—¿Cómo..., complacer? ¿A quién? ¡No sé de lo que habla!

El desmedrado cuerpo se movía a remozones, igual que en una película fuera de cuadro. Ese mezquino envase contenía mucha pasión reprimida, observó Juan Carlos para sí. ¿Podría aquella pasión haber llegado a desencadenarse de un golpe..., con resultados trágicos?

S E ECHÓ para atrás en la silla; el piso de madera carcomida rechinó.

—Corren ciertos rumores de que el doctor Quintana... —insinuó.

—¡Es un morbosos! ¡Ese hombre es un morbosos!

—Lo único que oí fue que le gustan las chiquilinas. ¡No me parece tan grave!

Raskowsky adelantó la cabeza. Se le saltaban los ojos, al gritar:

—¡Es un *voyeur*! ¡Le encantan los videos porno! Y con las mujeres... es un... desviado. ¡Puras aberraciones!

—¿De veras? —Juan Carlos alzó las cejas—. ¡No lo habría creído de él! Tiene un aire tan distinguido... ¡Miembro honorario del “Lambda-Psi-Kappa” de Princeton, según sé!

—¡Ja! —El brazo derecho de Raskowsky, bastante más corto que el izquierdo, azotó el aire, en ademán de horrible desprecio—. ¡Esa es la fachada! ¡Las apariencias! ¡Pero a mí nunca me pudo engañar! Y él lo sabe muy bien... ¡Por eso la tiene conmigo!

—¿Abusó de su autoridad contra usted?

—¿Y por qué piensa que me encajó estos diez días sin sueldo? ¡Porque no me le callé, no! ¡Le dije en la cara todo lo que es! ¡Y un tipo como ése..., hablarme de “moralidad para con las funcionarias del despacho”!... —Se atragantó con las dos sílabas finales, trémula la hundida barbilla.

—Así, pues, que lo de Esmeralda no fue más que un pretexto, ¿eh?

—¡La histérica ésa también es responsable! ¡No le hice nada que no le haya hecho medio Ministerio! Y ahora sale haciéndose la modosita... ¡Con todo lo que lleva corrido! —Sin previo aviso, se lanzó a la pared, arrancó las fotografías y empezó a hacerlas trizas—. ¡Rubia tenías que ser! ¡Vanidosa! ¡Trepadora! ¡Pretenciosa!

JUAN CARLOS fingió una calma que empezaba a abandonarle:

—¿La chica usa sus encantos para saltarse el escalafón?

—¡Y no! ¡Con tal de subir rápido, es capaz de cualquier cosa, ésa!...

Su magro tórax se expandía y se contraía febrilmente; la respiración silbaba al salirle de la boca. De pie, rodeado por fragmentos de cartulina dispersos —un par de ojos brillantes; un sedoso mechón rubio; el torneado cuello blanco y medio hombro; una oreja adornada con un largo zarcillo; más los blancos, blancos, blancos de los dorsos—, Raskowsky era una triste encarnación de la desgracia humana... Juan Carlos sintió que lo invadía una especie de vergüenza innominada: tal vez había ido demasiado lejos.

PERO enseguida se acordó de Lucy, tan joven todavía, con pleno derecho a disfrutar de muchos años más de vida; Lucy, con la garganta abierta y el aliento cortado por obra de una pasión desenfundada, o bien por frío cálculo... Apretó las mandíbulas y relegó la conmiseración a los sótanos del alma. ¡La muerte violenta es mucho peor que el sufrimiento moral, incluso uno de la especie del que aquejaba a Raskowsky! Porque el sufrimiento se acaba alguna vez, en tanto que la muerte es irreversible.

Repiquetearon varios golpes a través de la pared. El joven respingó.

—¡Cállese, vieja bruja! —vociferaba Raskowsky, dirigiéndose a una desconchadura.

Una voz, amortiguada por el espesor de los ladrillos y la argamasa divisorios, replicó:

—¡A veg si dejan de escandalizag, ahí!

—¡Estoy en mi pieza, y grito cuando me da la gana!

—Por favor, cálmese —intervino Juan Carlos—. Yo ya me voy.

—¡Maldita bruja! ¡No tiene derecho! ¡Esta pieza es mía, yo vivo aquí! —y aporreó con furia la pared, hasta que saltaron trozos de revoque.

—¡No, por favor, no siga! —Juan Carlos lo retuvo por un brazo—. No vale la pena exaltarse... Tiene razón usted; pero ahora déjela, ¿eh?

—¡Yo... vivo acá... y grito... todo... lo que quiero!

—Sí, sí; pero, por favor, ya basta.

El joven se llevó consigo una aplastante sensación de disgusto. Estaba arrepentido de haber venido a interrogar a Raskowsky... En lo alto seguía brillando el sol, notó al salir (¡ni miras de que amainase la sequía!); pero, de algún modo, las cosas parecían más lóbregas.

Juan Carlos sentía como si un surtido de nubarrones estuviera incubándose en su interior. Sin saber por qué, le vino a la mente una imagen de Virginia Linares... Al pensar en la

relación de ambos, abruptamente interrumpida, se sintió más desdichado aún. ¡Aquel bendito día, que tan bien comenzara, había acabado por arruinársele! ¡Y el auto, en el taller, sabía Dios hasta cuándo!

Ensayó la autobroma terapéutica:

—¡Bah! “¡Esto no pasa de una crisis de identidad!””, como diría Virginia...

¡Psicólogos!, pensó, malhumorado. ¡Cuántas veces no andarán peor ellos que sus pacientes!...

U NO DE tales psicólogos, incidentalmente, se habría frotado las manos (excitadas las glándulas del profesionalismo), de poder presenciar lo que ocurría en la pieza N° 4, tras haberse marchado Juan Carlos.

Raskowsky se había sentado en el suelo, en pose vagamente reminiscente de la de los santones hindúes, y se dedicaba a la ímproba tarea de volver a reunir uno a uno los trozos de las fotografías rasgadas. Su concentración rayaba en el onanismo.

—Un rompecabezas... —gruñía, en tono apenas audible—. Igual que la vida. ¿No es para reírse? ¡La vida es un rompecabezas sin solución, y uno, dale que dale..., dale que dale, quiere armarlo a toda costa! ¡Da risa, mismo!

Siguió así durante largo rato, demostrando más paciencia de la que se habría supuesto en él. No se escuchaba otro rumor que los leves sonidos que él mismo causaba, a fuerza de manosear los fragmentos de papel sensible, el monótono ronroneo de su soliloquio, y sus aspiraciones y espiraciones, roncadas y afanosas. No tenía reloj en la pieza; la vecina, por su parte, ya se había calmado. Entre tanto, el sol describía el eterno arco que los humanos nos empeñamos en adjudicarle, y sus rayos, en progresiva oblicuidad, iban retirándose poco a poco del sombrío cuartucho.

De pronto, y justo cuando un fino haz dorado chocó contra el espejo de la cómoda, rompiéndose, a modo de despedida, en un doméstico remedo de nova, algún dique cedió en la mente de Jorge Raskowsky.

E L EXTRAÑO sujeto se irguió de un salto y, con un grito inarticulado, arrojó hacia el cielorraso los trocitos que tanto afán le costara juntar.

Entonces su voz brotó, impetuosa, gemebunda, en grotesco alabeo de canción. Ninguna humedad, sin embargo, surcaba las sumidas mejillas, porque tenía los párpados igual de secos e insensibles que el cartón. Parafraseaba a Homero Manzi, sobre una vaga aproximación al ritmo de Demare, con escalofriante intensidad:

—“*¡La Esme es prostituta
como ninguna!...
¡Hay que pegarle un tiro
en el corazón!
¡A las rubias...
habrí-á que matarlas a todas!
A las rubias...
se las debe borrar del recuerdo...*”

Estaba completamente a solas, excepto por la imagen que le devolvía la manchada luna del espejo. De haber tenido audiencia, parte de ésta habría optado sin duda por la risa. Algunos otros, en cambio, más profundos, se sentirían aquejados por una indefinible angustia, al reconocer en aquella suerte de cristal deformante el reflejo de sus propias frustraciones escondidas... ¿Cuánto de lo que hacía Raskowsky era volitivo, y cuánto involuntario? ¿Orquestaba una sangrienta autoflagelación mental, mofándose de sí mismo?

Acaso la vida (como él intuyera) sea en verdad un rompecabezas insoluble.

PARA cuando Juan Carlos hubo seleccionado la llave de su oficina entre las de su llavero, la depresión parecía bastante superada. Incluso fruncía los labios en un silbeteo jocundo, en tanto jugueteaba con la idea de marcar en el teléfono el número de cierta seductora psicóloga... Repentinamente se extinguió el silbido, y los labios se congelaron en un pequeño círculo mudo.

A todo lo largo de la altura de la puerta, una cinta vertical de luz enviaba su silencioso timbre de alarma.

Tranquilo..., se dijo Juan Carlos. Puede ser el viejo.

Adelantó una mano cautelosa... y se paralizó al recordar que Dorteros *senior* no tenía duplicado de la llave. ¿La mujer de la limpieza?... ¡Difícil a aquella hora de la tarde!

Con suma lentitud empezó a aplicar presión contra la puerta.

Despacio... Calma. ¡Pero abriendo bien los ojos, Juanca!

—Adelante, detective.

AQUELLA voz sardónica lo hizo respingar. En un impulso incontenible, penetró como toro que embiste, decidido a saber a qué atenerse...

Dos suelas del número 48, por lo menos, exhibieron su intimidad ante los ojos parpadeantes de Juan Carlos. Se veía un orificio circular en la suela de la derecha, señal inequívoca de que su dueño debía de ser un gran caminador.

En esos momentos, empero, el susodicho estaba cómodamente instalado en el mismísimo trono de Juan Carlos, añadiendo a su desparpajo la suprema irreverencia de profanar el escritorio con los pies... El vándalo se dedicaba a la tarea de limpiarse las uñas con un monumental cortaplumas; al entrar el joven, la bruñida hoja osciló en el aire, a modo de saludo juguetón.

—¡Bueno, bueno! ¡Qué gusto de verlo, detective! ¿Se da cuenta de que me tuvo más de tres horas esperándolo?

—¿Qui-quién es usted? —logró balbucir al fin Juan Carlos—. ¿Cómo hizo para entrar?

CON UNA sonrisa tendida a todo lo ancho de la cara rojiza, el individuo plegó el cortaplumas y se lo metió en un bolsillo. Luego retiró los pies de su elevado sitio para posarlos en el suelo. Al avanzar al encuentro de Juan Carlos, se le abrió un poco el saco, y el detective se estremeció ante la vista del mango de un treinta y ocho, a la altura del sobaco izquierdo.

—El administrador me dejó pasar —manifestó el hombre, con un brillo divertido en los ojuelos pardos—, en cuanto saqué la placa. Y en lo que respecta a mi identidad... —y descubrió otra vez la dentadura, en la que relucía una incrustación dorada—, puede leerla usted también, en la misma placa que le digo. ¿Ve?

El joven Dorteros era algo más alto que el intruso, pero la palma que éste le acercó al rostro habría podido cubrirse holgadamente. Había un destello dorado en esa palma: Juan Carlos guiñó los ojos, fugazmente deslumbrado.

—¿Policía? ¿Y qué diablos...?

—Teniente Mendoza —informó el otro. Se guardó la identificación en uno de los bolsillos interiores del saco, con lo que dejó otra vez a la vista la cacha del revólver—. ¿No le... suena el apellido? —preguntó.

Atónito, Juan Carlos sacudió la cabeza. ¿Estaría enloqueciendo?

La caraza del policía se aproximó a la suya. En tono casi acariciador, el robusto sujeto formuló otra interrogante:

—¿Y *Nelly* Mendoza..., tampoco le dice nada?

EL JOVEN investigador se obligó a cavilar. De repente brilló una luz en su cerebro atribulado. Aquella ficha...

Mendoza de Sanjulián, Nelly. Infidelidad. Pruebas suficientes para un juicio de divorcio sin derecho a indemnización. Caso cerrado y bien remunerado.

El grueso índice de Mendoza enganchó por delante el cuello de la camisa de Juan Carlos, atrayendo hacia sí al detective.

—Dejaste en la calle a mi hermanita..., pesquisa barato —susurró, siempre sonriente—. ¡No te imaginás cuánto voy a disfrutar esto!

La propia desesperación ante lo absurdo de todo aquello hizo que el joven, de un sacudón, se desprendiera. Rojo de cara, vociferó:

—¿Pero qué dice? ¿Está loco usted?

—Nada de eso... —ronroneó Mendoza—. Nada de eso, ¡Filip Marlou de bolsillo!

—¡Sé cuáles son mis derechos, le aviso! ¡Si llega a tocarme...!

Se esfumó la sonrisa. De un empujón en el pecho, Mendoza lo envió contra la pared. Inmediatamente se pegó a él, oprimiéndolo sin piedad entre su masa anatómica y el empapelado color de rosa.

—Tus derechos se los recitás al comisario, cucaracha. ¡Estás arrestado!

Fue igual que un “uppercut” de Hollyfield... Atontado, Juan Carlos ni siquiera halló energías para protestar.

¡Ahora sí que el día se estropeó de veras!, pensó.

Y al encontrarse viajando en el coche patrullero, previamente cacheado de armas sin ninguna ceremonia por su captor, con un robusto uniformado del Cuerpo de Policía Nacional a cada lado, como implacable prensa, se le escapó una desolada invocación mental:

¡Papi! ¡Viejo Dorteros! ¿Dónde te metiste ahora, cuando te preciso en serio?

7. MALAS INTENCIONES

A FUERZA de empujones sabiamente calculados por Mendoza, el joven Dorteros ascendió las escaleras de la Jefatura, entre tropiezos de diversa entidad.

En uno de éstos estuvo a punto de perder los anteojos, que le quedaron colgando de una oreja; por fortuna logró pescarlos al vuelo, antes de que lo irremediable se consumara. Aprovechó entonces para sustituirlos por los oscuros: esa entrada forzosa, a plena luz del día, era por demás humillante... Mendoza, a quien no le pasó desapercibida la maniobra, dejó escapar una risotada sarcástica, con lo que el mondadientes que se le balanceaba a un costado de la boca vaciló peligrosamente.

—¡Fichame a éste, Rodríguez! —ordenó al sargento de guardia.

Juan Carlos, en tanto procuraba arreglarse las ropas, aún bajo los efectos del último apremio de Mendoza, protestó con calor:

—¡No pueden ficharme! ¡No soy ningún acusado!

—¡Ah! ¡Pero tenés una cara de sospechoso!... ¡Tomale las huellas, Rodríguez!

Juan Carlos escondió las manos detrás de la espalda.

—¡Es inconstitucional! —clamó.

—Si te gusta más de este otro modo... —Mendoza se encogió de hombros. Una de sus manoplas desprendió el juego de esposas que llevaba al cinto—. ¡Traé acá esas manitas blancas, Filip Marlou!

No habría resultado fácil impedir que el otro llevase a cabo sus propósitos, razonó Juan Carlos. Mejor someterse por el momento. ¡Ya se las cobraría todas juntas algún día!

—Está bien. —Le tendió las muñecas—. ¡Pero esto se va a ventilar a nivel judicial! ¡Unnh! —y se mordió los labios a causa del pellizco del broche, que desde luego pasó por accidental.

—Ahora, si te portás juicioso —se burló su opresor—, a lo mejor salís de todo esto con la ropita limpia... ¡Rodríguez! —voceó—. ¡Entintá bien esa maldita almohadilla, que no quiero impresiones confusas!

A PRETANDO bien la boca para reprimir la primera sarta de palabrotas que habría disparado desde que dejara la Universidad, Juan Carlos se armó de paciencia. ¿Y después?, se preguntó. ¿La foto con los numeritos, para el prontuario?

—¡Uupa..., mil perdones! —Mendoza disolvió sus palabras en un tono de afectada disculpa.

—*¡Hijo de...!* —Juan Carlos clavó los dientes en el labio inferior casi hasta sangrar.

Otro “accidente”: un movimiento pretendidamente torpe del brutal teniente envió la almohadilla recién entintada contra la camisa de Juan Carlos. *¡Y era la única blanca que tenía!*, se lamentó el joven para sus adentros, mientras el aturdido sargento Rodríguez se agachaba para recuperar su implemento de trabajo.

Mendoza se cruzó de brazos, inclinada la cabeza hacia un lado.

—¡Tch, tch, tch! Habrá que mandarla al lavadero... ¡Una pena, m’hijo!

—*¡Mendoza!*

Fue un trallazo sonoro. El macizo policía se volvió como movido por resortes. ¡No recordaba haberle oído un tono tan imperativo a Callaza desde que lo conociera!

—¿Sí, comisario?

—¿Quién le dijo que procediese así? —El jerarca señaló a Juan Carlos, que estudiaba el manchón de su camisa con aire acongojado.

—Es... el procedimiento de rutina, señor. Yo solamente...

—¡Basta! ¡Repórtese a su superior inmediato! Incurrió en abuso de funciones..., ¡y me consta que no es la primera vez! ¡Hay sanciones muy severas para esa falta, Mendoza!

E L INCULPADO entornó los ojos. Al encarar a su comisario, no se preocupó por disimular la pobre opinión que le merecía la graduación escalafonaria.

—¿No le parece que está llevando la cosa un poco lejos?

Callaza enrojeció. Su amigo Dorteros, a su lado, no atinaba a intervenir. El sargento de guardia, con ojos como pelotas de ping-pong agujereadas, se había quedado inmóvil, siempre sujetando con fuerza la mano derecha de Dorteros hijo, apenas a medio centímetro por encima de la almohadilla embadurnada. La izquierda ya había sufrido la pringosa indignidad.

Todo el mundo se hacía lenguas de la proverbial mansedumbre de Callaza, sobre todo en los últimos tiempos, luego de su herida. Sin embargo —y esto sólo obraba en conocimiento de unos pocos—, sus raros accesos de ira podían hacer temblar al más pintado.

No alzó la voz ni se alteró visiblemente. Se limitó a acercarse a Mendoza y aferrarlo por un hombro. Sus delgados dedos apretaban con más fuerza de la imaginable. La protesta del teniente se ahogó en su garganta, al toparse sus ojos con la mirada de Callaza.

—**N**O OÍ BIEN lo que decía, teniente. ¿Quiere repetírmelo?

—Yo... —Mendoza tosió, desviando la vista—. No, nada, señor.

—Bien. Cumpla con sus órdenes, entonces.

La tensión se aflojó. Una docena de pesados pasos condujo al teniente Mendoza a la habitación contigua, cuya puerta golpeó a sus espaldas. El sargento Rodríguez cerró con un chasquido la boca, que mantuviera abierta durante todo el desarrollo del incidente, y soltó la mano de Juan Carlos. Luego se vio imposibilitado de esbozar siquiera otro movimiento.

Dorteros ya estaba junto a su muchacho. Le ofreció una estopa embebida en “thinner”, que el joven usó convenientemente.

—Gracias, viejo.

Los ojos de Dorteros chispearon.

—¿En qué juerga te sorprendieron a vos?

—¿Juerga? —rugió el hijo—. ¡Preguntáselo a tus amigos de azul!

Callaza terció, calmoso:

—A mi despacho, los dos. ¡Sargento!

—¿Diga, mi comisario?

—Vaya a conseguir la llave de las esposas.

Ya dentro de su habitáculo, Callaza invitó a sus huéspedes a sentarse. ¡Lástima de camisa!, se dijo, al mirar de cerca el estropicio. Habría que poner en vereda al tal Mendoza.

—¿Hubo algo personal en esto? —demandó.

—Bueno, ¡la verdad...! —el acento airado de Juan Carlos se interrumpió de súbito, al sorprender una seña de su progenitor—. Este... No, Callaza. No pienso hacer acusaciones; quédese tranquilo.

—Mejor así... ¿Y cómo te ha ido, muchacho?

—Bastante bien, de no ser por... —Sonrió con cierto embarazo—. ¿Desde cuándo no nos veíamos?

—Tendrías como diecinueve, me parece.

—¡Mire que ha pasado tiempo, eh!...

Lo banal de la charla resultaba incongruente; pero Juan Carlos creyó comprender que su padre le indicaba ese camino. ¡Ya sabría él por qué!

—Tenemos bastante que hablar —dijo Callaza en tono grave, al cabo de una pausa—. ¿Ya se te informó del motivo de tu arresto?

—¡Ni idea! Bueno —se apresuró a añadir—, posiblemente esperaban que fuese usted mismo el que...

—Dejémoslo así —contemporizó el comisario—. Oírme bien: estás señalado como sospechoso de homicidio. ¿Entendés lo que te estoy diciendo?

Hubo un tintineo de las esposas, al pararse de golpe Juan Carlos.

—¡¡Quéé!!

—Tomátelo con calma, por favor —aconsejó su padre. Se volvió a Callaza—: ¿No le iban a sacar eso de las muñecas?

En tanto Callaza, asomado a la puerta del despacho, requería a gritos a Rodríguez, Dorteros notó que su hijo había caído de nuevo en su silla, enterrando la cara entre las manos aún engrilladas. Creyó oírlo sollozar, lo cual no dejó de conmovirlo, de manera que fue a ponerle la mano en el hombro para consolarlo.

Entonces el joven levantó la vista hacia él, y pudo advertirse que en realidad estaba riéndose quedamente.

—Esta mañana —murmuró, en medio de un espasmo histérico— pareció que el día prometía... *¡Pero se las arregló para convertirse en el peor de mi vida, viejo!*

LO PRIMERO que distinguió al abrir los ojos fue la difusa franja blancuzca causada por la luz exterior, al colarse por entre la hoja de la puerta y el marco.

En la pieza estaba muy oscuro. ¡Debía pasar de las ocho!... Se movió con precaución bajo la raída frazada, hasta ponerse de cara al techo. Le dolía todo el cuerpo. Con seguridad se habría dormido en mala posición, y así había quedado por casi tres horas. Solía caer en sopores como ése después de cada ataque de rabia: ya se conocía.

—Pero que me conozca no significa que me quiera, claro...

Sumido en las tinieblas, Raskowsky rumiaba una vez más acerca de la inutilidad de su existencia. Era cada vez más obvio, pensó, que su madre no lo había echado al mundo por ninguna razón que no fuese la de deshacerse de aquel molesto bulto en la barriga... ¡Y lo hizo con tan poco entusiasmo! Sacó una caricatura de hombre: encorvado, casi enano, magro de carnes y medio retrasado mental..., o al menos ésa era la opinión generalizada.

—Tendría que levantarme para ir a la panadería...

¿Pero a santo de qué? ¡Mejor se quedaba donde estaba, corrido hasta el otro día! ¿Qué ganaba con levantarse ahora? En realidad no le entusiasmaba gran cosa la perspectiva de masticar alguna bazofia infame, nada más que por la costumbre de hacerlo día a día... La sensación de tibieza que le brindaban las mantas era agradable: como habitar en una cuevita propia, a salvo de todo tipo de inclemencias.

—¡Si pudiera escribir algo, por lo menos!

Pero no tenía con qué: ni pensar en una máquina, aunque fuese de segunda mano; y en cuanto a escritura “artesanal”..., ¡le daban vergüenza los garabatos que le salían!

—¡Estoy cada día más aléxico! ¡Un chiquilín de escuela hace mejor letra!

A Lucy, sin embargo, siempre le habían gustado sus versos... Como aquel que decía, más o menos:

*Sólo otro drama existe
cual el nuestro, mujer:
el del payaso triste
loco por la écuÿère...*

ERA DEDICADO a Esmeralda, por supuesto. Pero ella estaba demasiado apurada por correr a reunirse con el galancito de turno, y ni se había parado a echarle una ojeada... Lucy García, en cambio, ¡pobre chica!, feúcha y calladita como era, se lo elogió muchísimo. Tanto, que acabó por regalárselo a ella.

—¡Lucy era amiga mía! ¿Por qué tuvo que...?

Charlaban a veces, y la muchacha siempre lo había tratado con cariño, sin reírsele en la cara de sus manías (él no negaba que las tuviese, no; pero ¿qué derecho tenían los demás a inmiscuirse en su vida privada?); incluso le había hecho tantas confidencias... ¡Chica rara, ésa! En ocasiones hablaba con las limpiadoras (Raskowsky sabía que la habían querido mucho, porque se interesaba por sus problemas, sus familias, sus romances... Ellas debieron ser quienes más lloraron su muerte, se dijo), y también con el sereno. A veces, todos ellos juntos, cuando no había nadie más en la oficina, tomaban té y conversaban ¡de tantas cosas! Entonces Raskowsky la veía parlotear como cotorrita y reír con ganas; le brillaban los ojos, y casi se ponía linda...

Con otros compañeros de trabajo era distinto. No porque antagonizase a nadie: ella simplemente no hacía amistades. Como si la gente la asustara... Sin embargo, no se sentía a disgusto con él, y leía todos sus escritos, como si...

Súbitamente, el cuerpo de Raskowsky se puso rígido bajo las sábanas.

—¡Mis escritos! —susurró roncamente—. ¡Quedaron en la oficina!

Lo sobrecogió la angustia, y el miedo le provocó temblores espasmódicos. Entonces sonaron varios golpes en la puerta.

A QUELLO lo hizo saltar sobre la cama.
—¿Qué pasa? —barbotó—. ¿Qué quieren?

—¡Lo buscan de su oficina! —le gritaron a través de la puerta.

—Pero... ¡si estoy suspendido! —arguyó, con labios trémulos.

—¡A mí que me cuenta! ¡Haga lo que quiega!

Silencio. Raskowsky aguzó el oído. ¿Sería una gracia de la maldita vieja de al lado?... Pero oyó que alguien más lo llamaba.

—¡Ya voy! —contestó entonces, en falsete—. ¡Un momento!

La ansiedad le retorció las facciones. ¡No podían hacerle esto! ¡Y a esas horas de la noche! Todavía le quedaban dos días de suspensión... Empezó a vestirse, sobre el pijama puesto, tras haber encendido la luz del techo.

Sujetándose los pantalones con la mano, para no perder tiempo en enhebrar el cinturón, acudió a abrir.

—Buenas noches.

—Bue... buenas noches... ¿Qué dese...? ¡Ah! —Raskowsky pestañeó, medio cegado por la luz del foco exterior, a la que se superponía en parte una oscura silueta—. ¡Era usted! Disculpe, en un primer momento no lo...

—¿Me permite...?

—Sí, sí, sí. Adelante... ¡No se fije en lo revuelto que está esto!... —y cerró tras ambos.

—Perdone que lo moleste, pero se trata de algo urgente.

—¿Viene por lo de mi sanción? —inquirió Raskowsky, temeroso.

—No, es un asunto personal. ¡Quiero hablarle de Lucy!

Los ojos de Raskowsky se agrandaron.

—¿Supieron algo nuevo?

—No, por desgracia... ¿Me puedo sentar?

—¡Sí, sí, claro! Esa silla está bien...; yo me siento acá, en la cama.

Los viejos resortes gimieron bajo el peso de Raskowsky. Este se sentía curiosamente excitado, como al filo de alguna revelación sensacional. Estiró el cuello, igual que una gallina en procura de ración.

—Sé que usted y Lucy eran muy amigos —dijo el visitante.

—Sí, sí, sí. —Raskowsky balanceó varias veces la cabeza, arriba y abajo—. Sí, nos llevábamos bien, pobre... ¿Pero por qué le...?

—¿Ella le tenía confianza? ¿Le contaba... sus cosas íntimas?

Raskowsky se envaró. Un soplo gélido le rozó la base de la espalda. ¿Por qué se había puesto *espeso* el aire, de repente?...

REBECA Horowitz palideció de rabia. ¡Mucho le había aguantado al tal Raskowsky; pero esto de ahora colmaba la medida! Bastante paciencia tuvo siempre con sus locuras: eso de hablar solo o canturrear de madrugada, cuando la gente bien quiere dormir, era una cosa... ¡Pero no le iba a tolerar alaridos de esa clase!

Casi se parte los nudillos artríticos contra la pared.

—¡Eh! ¡Eh! ¡Basta de escándalos ahí! ¡Esta casa es decente!

A modo de respuesta, un aullido que le puso los pelos de punta.

—¡Se está buglando, eh! ¡Pego ahoga me va a oig!

Arrebujándose en el chal (¡tampoco era cosa de arriesgarse con los primeros fríos!), se lanzó fuera de su cuarto, a cantarle cuatro frescas en su propia cara al insolente... Sufrió una desagradable sorpresa: alguien, que salía como alma condenada, estuvo a punto de derribarla. ¡Jehová bendito! ¿Dónde estaba el respeto a las canas en estos tiempos locos?

—¡Eh! ¡Qué bgutalidad!

—¡Salga del paso! —y la fugaz visión de un elegante abrigo negro y un par de gafas oscuras cruzó como una exhalación delante de los ojos miopes de Rebeca Horowitz.

—¡Habgáse visto! ¡Ogdinaguio como...!

Se acomodó el chal, con el donaire de una Romanoff, y reasumió su propósito inicial. ¡No era propio de su carácter dejar así las cosas, no!

Llamó a la puerta de Raskowsky. Sólo dos golpes: no tuvo dónde dar el tercero.

—Pego... ¡se abguió sola! —murmuró, estupefacta.

Lo que la esperaba adentro iba a perseguirla hasta su lecho mortuorio, quince años más tarde... Según relataba después, el corazón dejó de latirle, sufrió un vahído y se quedó sin voz para gritar.

—¡Dios de Abgaham! —comentaba—. ¡No sé cómo no me infagté ahí mismo!

Bajo la mortecina luz de una bombilla, que oscilaba al extremo de un cable, el desmedrado cuerpo de Jorge Raskowsky, tendido en la cama, agitaba espasmódicamente sus miembros,

mientras los ojos se le saltaban de las órbitas y un quejumbroso gañido hacía burbujear la mezcla de saliva y sangre que fluía de su boca retorcida...

¡Y en el centro del tórax, una diminuta marejada carmesí anegaba la chaqueta del pijama y ascendía en torno al negro mango del cuchillo que lo clavaba al colchón!

8. UN EQUIPO DE DOS

A SOLAS con su hijo, en un despachito desocupado de la Jefatura, el ex comisario Dorteros se recostó en su silla y miró a Juan Carlos con expresión de marcada

complacencia. Enganchó los tacos en el travesaño, con los brazos cruzados sobre el pecho y las manos aprisionadas entre los bíceps y el torso: la viva imagen de un felino presto a lanzarse sobre la presa.

El vástago le conocía aquella pose. Denotaba que Dorteros tenía la certeza de poseer un providencial as en la manga... Debió sentirse feliz por esa circunstancia, ya que con toda seguridad presagiaba algún vuelco favorable a sus intereses; sin embargo, sólo podía pensar en lo irritante que le resultaba la semisonrisa que pugnaba por curvarle los labios al papá.

—¡No le veo el chiste a la cosa! —refunfuñó.

—¡Vamos! ¡Ya podés felicitarte por el incidente con el Mendoza ése!

—¿Felici...? —chilló el vástago—. ¡Era mi única camisa de vestir!

—Con cerrarte bien el saco... —dijo Dorteros—. ¡Consolate pensando que fue por una buena causa!

—¡Si no hablás más claro!...

—E SCUCHÁ —Dorteros adelantó una mano conciliadora—: la bravuconería de Mendoza, que se excedió contigo por venganza personal, puso a Callaza de parte tuya. ¿Te hacés una idea de la suerte que tuviste?

—¿El pelado, de mi parte, decís? ¿Y entonces qué estoy haciendo acá adentro todavía?

—¡Calmate! ¿Sabés que estuve como tres horas rogándole que te permitiese aclarar tu situación con él? Te llamamos varias veces a tu oficina, pero ¡nada!... A medida que pasaba el tiempo, el amigo Callaza iba perdiendo la paciencia. Y por lógica se le agotaba también la tolerancia que alguna vez estuvo dispuesto a demostrar, por tratarse de vos y de mí...

”Ya estaba decidido a no otorgarte privilegios de ninguna especie, cuando sorprendimos al brutazo de Mendoza abusando de vos... ¡Eso dio vuelta la tortilla una vez más! ¿Comprendés ahora?

—En fin... ¡Si vos lo decís!

—¡Creéme que fue por eso que no te metió en el calabozo! Yo le prometí que íbamos a aclarárselo todo en un plazo de 48 horas... ¡Aunque no me concedió más que 24, ya es una ventaja! ¿No te parece?

—¿Veinticuatro horas para resolver el crimen? ¿Y estamos perdiendo el tiempo acá sentados? ¡Y yo sin auto, para colmo de los males!

Se levantó de un brinco, pero hasta ahí llegó. La mano de su padre lo detuvo, gentil aunque firme.

—¡Eh! —protestó—. ¿Qué diablos te pasa?

—Volvé a sentarte. ¡A mí también me debés explicaciones!

JUAN Carlos se dejó caer en el taburete que ocupara, sin ocultar un pliegue fastidiado de la boca.

—¿Qué..., es la hora del sermón paterno?

—No fuiste sincero conmigo —le enrostró Dorteros—. Tuviste una pelea en serio con el tal Di Reggia... ¡No una simple discusión, como me habías dado a entender!

—Está bien —admitió el hijo—. Le acomodé un par de bifés... ¡Pero fue porque él le pegó a Virginia!

—¿Vos le pusiste el ojo negro?

—¡Seguramente! Vos sabés que hago un poco de guantes en el gimnasio. Creo que tengo buena pegada, o al menos eso se comenta... Claro que no me gusta la violencia fuera del ring..., ¡pero el tipo se lo buscó, viejo! Aunque, sí —añadió en voz queda—, me parece que no estuvo muy bien eso de gritarle “¡Te mato!” cuando le bajé los dientes...

—De acuerdo, entonces: lo golpeaste. ¡Pero ningún hijo mío lo habría arañado!

—¿Eh? —Juan Carlos se rascó la cabeza—. ¡Eso debió ser cosa de Virginia! Todo estuvo medio confuso, ¿sabés, viejo?

—¿Pelearon en la calle?

—Sí... ¡Apuesto a que nos vio algún conocido mío! De algún lado le llegó el chisme a los azules. Suerte que Virginia se quedó adentro cuando la pelea: a ella, por lo menos, no la acusa nadie...

Dorteros suspiró, meneando la cabeza.

—Me habría gustado que hubieses tenido más confianza en mí.

—¡Vamos, viejo! Fue por no preocuparte...

Y todo quedó ahí. Juan Carlos era consciente de que continuaba sin confiarse a fondo, que existía una suerte de muro entre ambos, a partir de la época en que ocurriera el divorcio... Desde aquellos años siempre había guardado cierta reserva hacia su padre, a quien inconscientemente acusaba de haberlos abandonado, a él y a la madre, por una vampiresa pintada. Sentía que el otro buscaba el acercamiento, la explicación mutua; pero no pudo resolverse, ni aun en aquella instancia crucial, a salvar el abismo.

DE PRONTO le dio una palmada en el brazo y sorteó la escabrosa zona conflictiva de su relación asumiendo otra actitud.

—¿Le metemos al asunto de una buena vez, sabueso decrepito? —sonrió.

Dorteros se mostró más bien aliviado. Era mejor dejar el difícil trance para otra ocasión más conveniente. De todos modos, se dijo, ya sabía lo que tenía que saber en relación a aquel nuevo crimen, y al modo en que Juan Carlos estaba implicado. ¡Bastaba por el momento!

—Empecemos por recapitularlo todo —propuso, una vez acomodados a cada lado de la mesa sobre la que se apilaba todo el material de referencia que, por orden de Callaza, se les suministrara—. Primero y básico, cómo te involucraste en lo de Lucy García. ¡Y quiero un relato lo más exacto y detallado posible!

—Bien. —Juan Carlos frotó rápidamente las gafas con una diminuta franela, les echó aliento y luego miró a su padre a través de las diáfanas lentes—. Para empezar, conocí a Virginia Linares de la manera más casual.

”Una novecita de ésas, de temperatura agradable, casi veraniega, en que a uno le vienen ganas de divertirse un poco, iba en coche por la avenida Central con un amigo mío. Vimos un par de chicas bastante a tiro y..., bueno, piropo va, risita viene... ¡Ya sabés cómo sigue la cosa, estando ellas bien dispuestas, claro!

—Recuerdo algo del proceso —sonrió su padre—. No creo que haya variado gran cosa en unas pocas décadas, aunque el léxico actual sea menos refinado... ¿Y luego?

—Luego, para abreviar, hice una buena amistad con la del pelito corto, Virginia. Nos vimos un par de veces más (todo muy castito, viejo...; ya sabés cómo soy cuando me gustan medio en serio), y me fui enterando bastante de sus cosas, y ella de las mías. Aunque yo adorné un poco lo de mi trabajo, para impresionarla, ¿viste?

—Sí, sí —apremió Dorteros—. ¿Y?

—Poco a poco fui conociéndola mejor... O al menos eso fue lo que pensé, aunque después de la escenita ésa que te conté... En fin, el hecho era que me seguía gustando la piba; y por ese entonces, claro que ni imaginaba que existiera un Di Reggia ni... Se reía a menudo, y con esos hoyitos, y el brillo de los ojos, bueno, me alegraba el día, por decirlo de alguna manera. Sin embargo, en un tema se podía poner espesa, y era en lo relativo a su profesión. A tal punto que...

Dorteros levantó un dedo.

—¿En qué sentido “se ponía espesa”?

—**¿I** NTERESA eso? —Juan Carlos alzó un hombro—. Si querés que te lo diga, era supermachacona en cuanto a la controversia del “conductismo versus el psicoanálisis”... Ya parecía una obsesión. ¡Y pobre del que osara discutirle el punto!

—¿Vos lo intentaste? —sonrió el ex comisario.

—Una vez. Ya sabés, porque te lo dije en varias oportunidades, que yo siempre he sostenido que en todos los órdenes de la vida el camino más indicado suele ser el “justo medio”. ¡No la voy con los extremismos ni con los prejuicios! Pero apenas se me escapó eso de “prejuicios”..., ¡para qué! Se me “entrompó” la niña por varios días; de manera que de ahí en adelante mi política consistió en cambiar el rumbo de la conversación cada vez que nos acercábamos peligrosamente a la psicología o al psicoanálisis... ¿Qué? ¿Ahora te estoy aburriendo? ¿No me pediste detalles?

—En lo concerniente al crimen, nada más... Ahorráme el aspecto sentimental, ¿eh?

—Bueno, bueno... —Juan Carlos describió un arco malhumorado con la mano—. Al grano, pues. La compañera de Virginia, aquella primera noche, era ni más ni menos que Lucy García.

—¡Mirá vos!...

—Parece que esas salidas nocturnas formaban parte del tratamiento, según Virginia me explicó más tarde. La animaba a que se mezclase con gente, a relacionarse...

—Una conducta positiva, que le dicen.

—¡Exacto! De manera que la muchacha fuera adquiriendo confianza en sí misma y... ¿Pero de qué cuernos te reís ahora?

DORTEROS hizo un ademán conciliador.

—¡No te me enojés, Juanca!... Pero, a lo que parece, después de todo no fue el atractivo viril de ustedes lo que les vino a conseguir las chicas...

—¡Está bien, tenés razón! —gruñó Juan Carlos—. Virginia me confesó, tiempo después, que ella nos habló aquella noche para que Lucy se hiciese una idea de cómo proceder en casos así... ¡Pero lo cierto es que la simpatía que luego surgió entre ella y yo fue bien real..., me jugaría las...! ¡Está bien, está bien! ¡Dejar de lado lo sentimental, ya sé! ¡Mis disculpas por el lapsus!

—Vamos a lo que importa: ¿por qué se culpaba Virginia de la muerte de Lucy? ¿Por qué la acusó también Di Reggia de *responsabilidad* en el hecho? ¡No estaría de más que aclarásemos el punto!

JUAN Carlos se levantó de su silla y dio unos pasos en torno al escritorio. Se encontraba de espaldas a su padre, al contestarle:

—Puedo suponerlo..., creo que con cierto fundamento. Según supe por Virginia, Lucy se le quejaba continuamente de padecer un fuerte complejo de inferioridad. Se sentía fea y sin atractivos; no sabía conversar con los hombres, etcétera, etcétera. ¡Y ella soñaba con llegar a ser todo lo contrario: llamativa, audaz, seductora!...

—Como Esmeralda Capurro, ¿eh?

—Virginia no me lo dijo específicamente; pero no es difícil deducirlo. Lucy se franqueaba con ella como con nadie más, así que sin duda debió de mencionarle a la “Princesa Grace”. Y dada la especialidad de Virginia en terapias conductistas...

—Sí —aprobó Dorteros—. Seguramente debió animarla a imitar a la otra, ya que tanto la admiraba... ¡Incluso en el detalle de la peluca rubia!

—Es lo que pensé —dijo Juan Carlos—. Pero hay algo curioso precisamente en esto de la peluca. No sé si en definitiva podrá tener alguna importancia, pero me llamó la atención. Y, por otro lado, fue lo único que Virginia decidió revelarme, así que tal vez a ella le pareció...

—A ver, a ver... —interrumpió su padre.

—Dijo que en algún momento le había aconsejado teñirse el pelo, si era cierto que suspiraba por ser rubia. Y, cosa extraña, aquella idea parecía que le *repugnara* profundamente a Lucy, como si hubiese algo en el hecho de teñirse el pelo que le resultara insoportable... Pero no demostraba ser, según Virginia, una repugnancia intelectual, consciente...

—Y por supuesto ella, como buena conductista —completó Dorteros—, no sondea el inconsciente. ¡Lástima!

—S IN EMBARGO —prosiguió su hijo—, sospecho que, de acuerdo a sus cánones, habrá sugerido algo práctico para solucionar el problema. ¡Juraría que fue ella la que le consiguió la peluca a Lucy!

—Sí, lo veo muy posible. ¡De ahí su sentimiento de culpa!

—¡Y hay algo más! Como te dije, viejo, Virginia animaba a Lucy a llevar adelante cualquier relación que se le presentase, como sucedió con nosotros... Pensaba que de esa forma Lucy acabaría por sobreponerse a su bloqueo. También la conducía a lugares donde menudeasen las oportunidades, de forma que... Paulatinamente debe haber dejado de acompañarla, a fin de que no desarrollase excesiva dependencia... Bueno, ¡por lo menos parece lógico que haya sucedido así!

—Parece, sí. ¿Sabés si conoció a alguna persona en particular en cualquiera de esas salidas?

—Virginia me dijo que no llegó a confirmarlo. Pero tuvo fuertes sospechas, a la luz de la actitud de Lucy, de que en efecto la muchacha había entablado una relación de características muy especiales. Pero, a causa de algún motivo que Virginia no consiguió desentrañar, Lucy se resistía a comentárselo.

—¡Interesante! ¿Y tu amiga no pudo hacerse siquiera una idea de...?

—¿La identidad del hombre? —Juan Carlos sacudió la cabeza, con las comisuras de la boca vueltas hacia abajo—. ¡Ni la más mínima! Sobre ese particular, Lucy era bien hermética; ¡y ya sabés que el conductismo desaconseja forzar la confidencia en casos como éste!

Dorteros chasqueó la lengua, decepcionado. Se quedaron sin hablar durante un rato, hasta que el tictac del reloj de pared se hizo audible y los concientizó sobre la implacabilidad del fluir del tiempo.

¡Quedaba todavía mucho por hacer..., y expiraban los plazos!

A QUÍ está el informe completo de la autopsia, comisario. Callaza levantó la vista del legajo que repasaba. Un agente, bastante joven (y asaz atontado también, pensó el comisario), le tendía la carpeta con gesto triunfal.

—¡Ya iba siendo hora!... —masculló el jerarca, con lo que pulverizó el buen ánimo del ordenanza—. ¿Sacaron copia?

—Sí, señor; como usted lo mandó.

—¿Y qué espera, entonces? ¡Llévesela inmediatamente a Dorteros!

Salió disparado el joven policía, mientras Callaza se dispuso a estudiar el original.

—Mmm... Herida cortante en mastoideo... Hmm... Antigua cicatriz de...

Llevaba recorrida poco más de la mitad del primer folio, cuando sus cejas se alzaron, la frente se le pobló de surcos ondulados y sus labios se fruncieron en callado silbido.

—¡Así que... embarazada! ¡Y recién ahora me lo vienen a informar!

L AS FOTOS, por sí solas, eran lo bastante impresionantes, se dijo Juan Carlos. ¡Afortunadamente el viejo no había insistido en que fuesen a la morgue para una visión en directo!...

—¿Pero todavía no te diste cuenta? —apremió Dorteros.

—¿Qué? ¿De qué me hablás?

El índice del ex comisario golpeó con impaciencia las fotografías.

—¡La peluca! ¿Notás que está como ladeada..., mal puesta?

—S-sí... Ahora que me fijo... ¡Mirá! ¡En esta otra se ve mejor!

—¿Y qué sacás en conclusión?

—Se la habrá puesto apurada, y... ¡No, esperá! —los ojos grises del joven detective relumbraron a través de los lentes—. Es más bien como si...

Dorteros asintió, con enfático cabeceo.

—¡El asesino intentó *arrancársela!* Fijate aquí y aquí —su meñique señaló unas marcas casi imperceptibles en frente y sienes del cadáver—. Fue donde hizo fuerza para... —Volvió la cartulina y apretó excitadamente el brazo de su hijo—. ¡Acá está escrito! “Señales de intentos de quitar la peluca; no se logró por estar muy bien sujeta mediante cintas y horquillas.”

Juan Carlos se quitó los anteojos, mordió una de las patillas, masculló una frase indescifrable y por fin soltó un resoplido.

—¿El asesino... trató de robar la peluca rubia? —profirió—. ¿Y por qué demonios se le habrá puesto eso en la cabeza?

—Exactamente —dijo su padre—. ¿Por qué? ¡La pregunta del millón de dólares, hijito!

Malhumorado, Juan Carlos se encogió de hombros.

—¡A lo mejor al criminal ése no le gustan las rubias! —bufó.

DABA toda la impresión de que se habían entrampado en otro callejón sin salida, se dijo el joven. ¡Y apenas empezaban! Aún faltaba analizar el asesinato del psicoanalista, relacionar ambos casos entre sí..., ¡y encontrar respuesta para todos los enigmas, antes de que fuese demasiado tarde!

Dejó por un momento de lado el problema de la peluca y se forzó a buscar algún otro detalle significativo en las fotos. Pero le costaba concentrarse. Ese cuello joven, lacerado así, brutal y fríamente... Esos ojos celestes, abiertos al supremo horror, como si ella...

De repente, sobresaltó a su padre con un grito estentóreo:

—¡Viejo! ¡Una foto de Lucy, pronto!... ¡No, de ésas no! —y rechazó con brusco ademán la que Dorteros, asombrado, le pasaba—. ¡Una de las que le tomaron cuando estaba viva! ¡Por ahí debe de haber!... ¡Pero qué imbécil fui al no verlo antes! ¡Qué ciego! ¡Y eso que la conocí en vida, cuando...!

Dorteros se apresuró a complacerlo. Con sólo tomar la foto en cuestión se le hizo claro el motivo del aparente trastorno de su hijo.

—¡Bueno, bueno! —comentó, entre dientes—. ¡Vaya una cosa más rara!

La Lucy García del retrato (una ampliación sacada de la toma de grupo de la oficina), discretamente peinada, sin pendientes en las orejas ni broches en el pelo, sonreía forzadamente, al tiempo que enfrentaba a la cámara con tímidos ojos...

—¡Pardos! —gritó Juan Carlos—. ¡Tenía ojos *pardos!*

—¡Veamos la lista de sus pertenencias! —propuso Dorteros, cediendo a una idea repentina.

EL AMIGO Callaza había cumplido con su promesa de documentarles a fondo: ahí estaba la lista, prolijamente transcripta. Padre e hijo juntaron las cabezas, afanándose por recorrerla en tiempo récord.

—Pulsera de fantasía... —leyó el ex comisario, en murmullo apenas inteligible—. Mmm... Prendas varias, a saber... Mrrmmnn, mrrmmm... ¡Ah! ¡Eureka! *¡Lentillas de contacto, color oscuro!*

Juan Carlos pestañeó. A duras penas modulaba las sílabas al exclamar:

—¡Disfrazaba el color natural de los iris! ¿Y para qué querría...?

—Anotémoslo como un hecho —aconsejó el más veterano—, junto a la peluca removida. Ya veremos después cómo se interpretan... ¡Debe de haber más revelaciones en este listado! ¡Quizás algunas cartas, o retratos de...!

—¡Un momento! ¡Esto sí que es una bomba! —y Juan Carlos indicó con dedo tembloroso el penúltimo ítem.

Dorteros se precipitó a leerlo..., para volverse de inmediato a contemplar a su vástago con una expresión de desconcierto que el joven disfrutó como correspondía. ¡Qué bien se sentía ganarle al zorro viejo por lo menos una vez..., aun cuando se jugase con ventaja!

Procedió a poner en conocimiento de su progenitor ciertos hechos que éste ignoraba, surgidos a partir de su visita a Esmeralda Capurro, en la mañana. Y luego le relató también su conversación con Hilario Puentes, y los valiosos informes que recabara del sereno.

—¿Estamos pensando en lo mismo? —preguntó Juan Carlos, al terminar de explayarse.

—Desde luego que sí —repuso Dorteros padre—. *¡Hay que llamar enseguida a esa Isis del Solar, la del archivo..., a ver si se confirma nuestro pálpito!*

9. SIGUE LA LABOR DE EQUIPO

—¿LAMO YO o llamás vos? —quiso saber Juan Carlos.
—A vos te corresponde —repuso su padre—. Ya se conocen, ¿no?

Sonriente, el joven descolgó el tubo del aparato ubicado sobre el escritorio. Había llegado a marcar la característica, cuando sonaron dos o tres golpes discretos a la puerta.

Juan Carlos, el tubo en una mano y el índice de la otra insertado en el número 8 del disco, alzó las cejas hacia el ex comisario, quien se encogió de hombros.

—¡Pase! —invitaron a dúo.

Entró el afanoso ordenanza que traía la copia de la autopsia.

—Les manda el comisario —anunció, tendiéndoles el delgado expediente—. Habría llegado antes, pero no sabía bien en qué despacho estaban, y el comisario no me...

—¡Está bien, está bien! —cortó Dorteros—. Déjelo por ahí, nomás.

—¡Suena!... —avisó Juan Carlos, con la palma puesta sobre el fono.

—Muy gentil, cabo —Dorteros indicó amablemente la salida—. Déle las gracias a Callaza de mi parte.

—¡Holáa! ¿La señorita Isis? —la voz de Juan Carlos se tornó sorprendentemente atractiva, ante lo cual su padre sonrió en silencio—. ¡Habla Juan Carlos! ¿Se acuerda de mí?... ¡Sí, exacto! ¡El detective, sí!... No, todavía no tengo novedades sobre la pobre Lucy... Sí..., ¡una

injusticia! ¡Claro que no se merecía...! ¿Cómo? ¡No, no! Es nada más que para hacerle una pregunta: ¿cómo está su osito japonés?

—¡¡...!!

EN LO QUE duró el paréntesis al otro lado de la línea, Juan Carlos miró a su padre con las cejas sumamente arqueadas. Dorteros, complacido, asintió varias veces con la cabeza. El chico sabía manejarse bien, pensó.

—¿Holá? ¿Holá? ¿Todavía está escuchando, Isis? No, nada de bromas. —Ahora el tono del joven investigador se endureció en los bordes, aunque sin apearse de la gentileza—. Oiga bien: sé que tiene un osito, sé que es japonés, y no ignoro quién se lo obsequió... Usted no tiene por qué decir nada. Yo le voy a dar un nombre: bastará con que me indique si estoy o no en lo cierto. ¡Pero medite sus palabras, por favor! Pronto va a haber una encuesta oficial, y no me gustaría verla en dificultades... ¡Ahora póngame atención! El nombre es...

UNA PEQUEÑA pausa, calibrada a la perfección, y Juan Carlos se lo dijo. La sonrisa que le estiró la boca fugazmente informó a Dorteros que sus presunciones no habían andado descaminadas.

—Hizo muy bien en ser sincera, Isis... ¡No, no se preocupe por eso! La agencia “MaGa” se caracteriza por su absoluta discreción. ¡En ningún caso saldrá a luz su nombre, pierda cuidado! Buenas noches, y gracias.

Colgó y fue a reunirse con su progenitor. Este ya hojeaba la carpeta que contenía el informe forense. De pronto alzó la vista y sonrió a Juan Carlos.

—¡Lotería!

—¿Mmm?

—Mirá esto: ¡Lucy García estaba embarazada!

—¡Fíuuu! ¿Y te parece que...?

—¡Más seguro que lluvia en vacaciones! —afirmó el antiguo policía.

—Habrá que hacerle una visita al obsequiante de ositos japoneses —observó su hijo—. De eso te encargarías vos, ¿verdad?

—Con gusto. ¡Pero antes hay que ocuparse de lo de Di Reggia! Tenemos que alejar las sospechas de tu persona; así quedamos libres para seguir investigando lo demás.

—¡Usted manda, jefe! —Juan Carlos hizo una burlona venia—. ¿Cómo dispone que empecemos?

—Callaza nos dio *carte blanche*, ¿no es cierto? ¡Pues iremos a visitar el teatro del crimen!... Y no te preocupes por la locomoción. ¡Yo pago el taxi, Juanca!

D EL CORRO de mirones se esparcía el pandemonio habitual. La escena resultaba singularmente animada, e incluso muchos habían llegado provistos de termo y mate. También se veía un caramelero, distribuyendo su mercancía con discreto pregón. El moreno policía que llegara en el coche patrullero ya estaba acostumbrado a esa rutina; pero le había tocado un colega todavía un poco verde.

—¿Los dispersamos, Silva? —propuso el novato, disgustado.

—Dejalos. ¡No vale la pena prestarles atención!

—¡Pero esto no es una función de circo!...

—Pasa siempre así... ¿Señora Orovís?

—Hogowitz, Guebeca —corrigió la vieja, con voz gemebunda—. ¡Ay, qué cosa más hoguible, señog agente! ¡Ggacias a Dios que viniegon!

—Calmesé, señora. ¿A qué hora encontró el cuerpo?

—¡Hagá unos veinte minutos! Iba a hacegme la leche (pogque yo de noche no como sólido, sabe), cuando oí unos gguitos tguemendos en la pieza de Gaskowsky, y entonces fui a veg si pasaba algo y... ¡Migue qué espantoso lo que encontgué! ¡Le jugo que no sé cómo no me caí guedonda al piso! ¡Me dio una impguesión tan ggande que...!

—Entiendo, señora. ¿Vio a alguien?

—¿Pegdón?...

—Si había algún extraño merodeando... Un sospechoso, o...

Los ojos de la vieja, de iris desvaídos, se agrandaron. Levantó un índice como rama de arbusto ante la ancha nariz del policía.

—¡Sí! ¡Sí! Ahoga que guecuedo... ¡Salió una pegsona que no es de esta casa! ¡Un bguto maleducado! ¡Casi me atgopella al salg!

El compañero de Silva, excitado, se permitió inmiscuirse. ¡A lo mejor daban con un buen dato, y el comisario los felicitaba!

—¿Cómo era el sujeto, señora? —farfulló, ignorando la mirada fulminante del otro.

—Bueno, joven, le digué... Oscugo como está acá, pog las gwestgicciones, y con estos ojos míos... Apenas si lo vi, pego...

—¡Trate de hacer memoria, por favor, que es muy importante!... ¿Cómo iba vestido, eh?

—Cguego... Sí, llevaba puesto un abguigo oscugo..., fino... ¡Ah! Y lentes neggos... —La anciana hizo un mohín de enfado—. ¿A quién se le ocugue pongegse lentes neggos de noche? ¡No habgá venido acá paga nada bueno!

E RA UN sitio de clase, se dijo Juan Carlos. ¡Cuándo no! Estos parásitos son los que viven mejor... Luego recordó que el “parásito” en cuestión estaba ya en la morgue judicial, con la cabeza casi separada del cuerpo por una cuchillada feroz, y se reprochó su falta de caridad cristiana. No correspondía juzgar, pensó; aun cuando la víctima hubiera sido en vida una rata inmunda.

Dorteros saludó con casual ademán al policía de guardia, un viejo conocido suyo, quien se apartó, deferente, para darles paso al departamento de Luciano Di Reggia.

—¿Movieron algo? —inquirió el ex comisario.

—Solamente se llevaron el cuerpo —replicó el agente—. Lo demás no se tocó. ¡Ah! Los de dactiloscopía ya estuvieron... ¡Parece que todo está limpio!

—¿Y el arma? —intervino Juan Carlos.

—Un cortapapel. Hindú, me parece... ¡Filoso como navaja!

—¿Propiedad del occiso?

—Así oí decir...

Dorteros se tocó la zona del bigote rasurado.

—Hmm... Pudo no ser premeditado, entonces. ¡Vamos, Juan Carlos!

Se abocaron a una revisión del lugar del hecho, poniendo de manifiesto que la acción de equipo estaba bien lubricada. Formaban un dúo sumamente eficiente, según pudo constatar el admirado policía.

Juan Carlos dejó escapar un corto silbido a la vista de los retratos de mujeres que decoraban los muros. Todas rubias, despampanantes..., y el cuchillo del asesino no había dejado de tajar a ninguna. ¡Llamativo! Pero había otras prioridades, admitió el joven.

—Mirá ese fichero del rincón —le hizo observar Dorteros—. ¡Faltan legajos!

Efectivamente, era notorio el hueco. Los dedos del veterano investigador, diestros y sensibles, pronto descubrieron algo más.

—A CÁ HAY un doble fondo... ¡Me extraña que los muchachos lo hayan pasado por alto!

—¿Podrás abrirlo, viejo?

—Veremos. —Dorteros sacó una carterita del bolsillo interior de su saco. Al abrirla, resplandores metálicos atrajeron la atención del agente de guardia, que seguía de cerca los procedimientos—. Si el equipo no me falla...

—¿Llave... maestra? —preguntó con ironía Juan Carlos.

—Superganzúa —sonrió su padre—. Recuerdo de un “chico malo”, hoy rehabilitado...

Se inclinaron sobre el mueble archivo. Dorteros trabajaba afanosamente, la punta de la lengua entre los dientes, las cejas levantadas; su hijo y discípulo dilecto se mantenía a la expectativa, a fin de colaborar en la empresa cuando se le requiriese.

Tenían las cabezas casi juntas, con poco espacio para moverse. De repente Dorteros levantó la vista y sorprendió a una tercera cabeza, la del uniformado, que pugnaba por colocarse en posición más adecuada, de modo de no perder detalle de aquella maniobra maestra.

Se encontraron los ojos de ambos; ante la inquisitiva mirada del ex comisario, el policía carraspeó, se puso rojo y enderezó con brusquedad el torso. Su vista fue a concentrarse en la línea de unión de la pared y el cielorraso. Juan Carlos levantó un costado de la boca, meneando la cabeza.

—¿Tendrás para mucho? —apremió.

Pero ya estaba listo... Un panel metálico se deslizó hacia un lado, para revelar un depósito oculto. Juan Carlos arrugó la frente; pero su mentor sonreía.

—Lo que pensaba —dijo Dorteros—. ¡Di Reggia, Q.E.P.D., añadía a sus otros encantos el de extorsionar a sus pacientes!

Se trataba de un archivo secreto. Juan Carlos soltó una exclamación ahogada. Nombres, filiaciones, manías..., todo estaba consignado. También una libreta, de tapas negras, con la lista detallada de las “extracciones”.

—Un psicoanalista tiene magníficas posibilidades —comentó Dorteros—. ¡La gente habla hasta por los codos cuando se recuesta en el diván!

Llevado por el ritmo frenético que planteaban las circunstancias, su hijo ya estaba examinando los legajos secretos, aun antes de que él terminara su párrafo. De súbito, el joven detective se irguió, con un sonido inarticulado. Su palidez alarmó a Dorteros.

—¿Qué pasa? —indagó éste—. ¿Qué hay ahí?

—FUJATE en esto. —La voz del joven tenía un eco extraño—. Otro color de pelo, distinto corte..., ¡pero los ojos y la boca son inconfundibles!

—Ajá —asintió el padre, tras breve examen de la pequeña fotografía pegada en el ángulo superior derecho del legajo que el otro le mostraba—. No cabe duda de que es ella.

—Así que había sido... paciente de Di Reggia. ¡Ahora empiezo a explicarme muchas cosas!

—No sólo una paciente de tantas —apuntó Dorteros—. ¡Está en el archivo *clasificado*!

Juan Carlos giró con lentitud la cabeza, hasta enfrentar directamente a su padre. Tenía tensas las mandíbulas, notó el ex policía, y había sombras nuevas en su mirada. Podía imaginarse lo que pasaba por su alma en esos momentos... La cara del agente mirón, por el contrario, estaba invadida de una estupefacción tan cómica que casi le obligó a sonreír. ¡La vida abunda en contrastes como éstos!

—Entonces... —musitó el atribulado Juan Carlos—, ¿la extorsionaba a ella también?

Dorteros asintió gravemente con el gesto.

—Ajá. ¡Lo malo es que los extorsionados muchas veces... *pierden la paciencia*!

—¿Suponés que...?

—Es temprano para suposiciones —manifestó Dorteros—. ¡Sería conveniente hablar con ella antes de arriesgar una opinión definitiva!

LA LLAMADA sacudió a Callaza como un golpe bajo.

—¡No! —se le escapó—. ¡Me quieren enloquecer del todo!

Había supuesto que el caso estaba concluido con la muerte de Di Reggia..., ¡y ahora se enteraba de que el asesino había vuelto a atacar!

—¡Voy para ahí enseguida! —exclamó en la bocina del teléfono. Al tiempo que colgaba, gritó a un subordinado—: ¡Localice a Dorteros urgentemente, y dígame que se reúna conmigo en la casa de Raskowsky! ¡El criminal lo dejó clavado en la cama de una puñalada!

POR FORTUNA la encontraron en su departamento.

Al oír el zumbido del pestillo automático, Juan Carlos empujó la puerta del edificio. Pero la mano de su padre lo retuvo entonces por el hueco del codo.

—¿Estás seguro de que querés subir vos solo?

—Sí. ¡Esto es entre ella y yo, viejo! Andá tranquilo; sabré arreglármelas.

—Bien. Mientras tanto, voy a aprovechar para explorar otro ángulo que se me acaba de ocurrir. A lo mejor...

Juan Carlos lo miró con pupilas rezumantes de esperanzas.

—¿Podrías adelantarme algo?

—No pasa de hipótesis. Una corazonada, solamente... Dedicate a lo tuyo, mejor. En una hora nos vemos para comparar notas. ¿Te parece bien?

—¡Suerte, viejo!

—Suerte para vos también —repuso Dorteros—. ¡Y ojalá esto de Virginia no sea más que una falsa alarma!

La psicóloga habitaba en el segundo piso. El breve viaje en ascensor no fue suficiente para permitir que Juan Carlos se preparase como correspondía a la prueba que le esperaba. Sentía un tremendo vacío en el estómago y una sensación anonadante de mareo... Pero apretó los dientes y llamó a la puerta del 206.

ELLA RESPIRABA con cierta agitación, advirtió el joven. No podía deberse a la sorpresa, ya que él le había anunciado previamente su visita, desde la entrada... La miró a los ojos y se sintió embargado por una irresistible compulsión de protegerla contra lo que fuese que la amenazara. ¿Cómo había *podido* alejarse así de ella? ¡Lucía encantadora en su vestido verde claro!

—Hola..., Juan Carlos —musitó Virginia Linares.

—¿Me permitís pasar?

—¡Claro! —Ella se apartó para que el hombre entrase, mientras se le iba dibujando una sonrisa en la boca. Esos hoyuelos podrían hacerle perder la ecuanimidad a más de un detective...

Aunque el departamento era como una cajita, estaba muy bien decorado. Se notaba el buen gusto de la muchacha: el ambiente resultaba grato y lleno de placidez. Nada profesional, sin embargo, observó él mientras se acomodaba en el sofá.

—¿No tenés acá el consultorio?

—No... Queda en el centro. Pero vamos al grano, ¿eh? ¡Dijiste que te traía un asunto muy serio! ¿Podrá ser algo de Lucy García?

Ni una palabra acerca del distanciamiento de los dos, pensó Juan Carlos. Posiblemente le estaba brindando a él una oportunidad de explicarse; y en verdad habría dado hasta lo que no tenía por hacerlo. ¡Pero por desgracia era otro el objetivo de su visita!

Avanzó el torso para aproximarse a Virginia, que estaba ubicada frente a él, en un sillón blanco. Le salió un poco estrangulada la voz cuando dijo:

—Es más bien algo de Virginia Linares.

—¿Y se relacionará también... con un tal Juan Carlos Dorteros? —sonrió ella.

El permaneció serio, escrutándola.

—No..., con un tal Luciano Di Reggia. ¿Sabés que lo mataron?

—¿Q UÉ? —Los ojos luminosos se expandieron—. ¿Cómo...?
—Me arrestaron a mí como sospechoso —informó el hombre, secamente—.

¡No, descuidá! —añadió—. ¡Ya estoy afuera!

—¡Dios mío, cómo siento que por mi culpa te...!

—No te preocupes. Puedo aclararlo todo, investigando esa muerte. ¡Pero tengo que hacerlo enseguida, si quiero evitar que me procesen!

—¿Y... qué planes tenés?

—Ya fuimos a la escena del crimen con el viejo. —Juan Carlos se abrió el saco y extrajo del bolsillo interior la primera hoja del legajo secreto, que llevaba allí, doblada—. ¡Y encontré esto en un cajón oculto!

Muchas veces el método directo había surtido efecto. En esta ocasión resultó excesivo, sin embargo. Tuvo que lanzarse hacia adelante para alcanzar a recibirla en los brazos.

—¡Virginia! ¡Virginia!... ¡Se desmayó! ¿Y ahora qué cuernos hago?

DORTEROS había regresado a la Jefatura. Ni bien entró, le dieron el recado de Callaza. Reprimió a duras penas un juramento.

—¿Hay coche? —preguntó, en tono apremiante.

Enseguida lo tuvo: las órdenes de Callaza habían sido terminantes. Bien sabía él aquilatar el valor que representaba la colaboración del experimentado pesquisa.

—¿Cómo demonios encaja esto? —masculló Dorteros, *sotto voce*, en tanto el automóvil devoraba el asfalto, amparado en el ulular de la sirena—. ¡Raskowsky era uno de mis sospechosos favoritos, con todos sus traumas, y esos enigmáticos escritos! ¡Y ahora resulta que se sumó a la lista de víctimas! ¡Que me ahorquen si lo entiendo!

Saltó fuera del auto mientras el motor aún roncaba. A empujones se abrió paso entre los curiosos hasta alcanzar la puerta de Raskowsky.

—¡Ah, acá estás! —lo saludó Callaza.

—Me dieron tu mensaje. —Se unió a su amigo, que impartía instrucciones a un fotógrafo—. ¿Qué fue lo que pasó?

—Ahí lo tenés. ¡Sacá nomás tus propias conclusiones!

Dorteros estudió el cadáver, acribillado a destellos de “flash”. Muchos había visto a lo largo de su carrera, de manera que sabía bien dónde mirar. En este caso, lo que más le llamó la atención fue el arma.

—¿Te fijaste en el cuchillo? ¡Lo clavó al colchón como a una mariposa de colección! — comentó Callaza, al que no se le escapó el interés de su ex colega—. ¡Esa hoja podría liquidar a un toro!

—Y suele usarse para eso mismo —confirmó Dorteros.

—¿Un cuchillo de matarife?

—Ajá. —El viejo investigador sacudió un dedo ante la cara del otro—. Y eso viene a reforzar una idea que me estaba formando antes de venir acá... Pero decime: ¿vieron a alguien? ¿Hay testigos?

—Bueno, una vecina dice que creyó ver a alguien que huía, pero...

—¿Sí? ¿Y cómo era el individuo?

—¡Parece que no pudo distinguirlo bien! Por la poca luz, y la mala vista que tiene... Es casi octogenaria, ¿sabés? Además, la impresión que se habrá llevado... En fin, lo único concreto que se le pudo sacar es que la impresionó como un tipo más bien elegantón.

—¿Ajá?

—Con sobretodo fino, oscuro, y de lentes negros... Fue la mejor descripción que conseguimos de ella. ¿Te sirve?

LA COMPUTADORA mental de Dorteros estaba funcionando. Se rascó la barbilla, frunció los labios... y le brillaron tenuemente los ojos.

—Me evoca una imagen. ¡Y es nada menos que la de alguien a quien tenía pensado visitar!

—¿Se relaciona con esa idea tuya que mencionabas?

—¿Idea? ¿Cuál?

—Dijiste que el cuchillo te...

—¡Ah, sí! Sí, sí; pero no, me parece que esto es algo completamente distinto. Sin embargo, pienso atenderlo ahora mismo. ¡El hombre vive cerca de aquí..., aunque en una calle mucho mejor que ésta, claro!

—¿Y tu otra idea? —insistió Callaza.

—Ya hablaremos de eso, luego, en Jefatura... ¿Te puedo hacer un pedido?

—¿A ver?

—Dejame ir solo a hacer esta visita. ¡No quiero asustar a nadie prematuramente! ¿Estás de acuerdo en eso?

Callaza lo observó con suspicacia. Su índice saltó como navaja de muelle.

—¡Tené presente el convenio, eh! Cualquier cosa que descubras...

—¡Sí, sí! ¡Te la comunico *ipso facto*! ¡Gracias, viejo amigo! ¿Me llevo el coche patrulla?
¡No sabés cómo te lo agradezco!

Callaza se quedó mirando la nube de polvo que levantó el auto, al partir como exhalación y estremeciendo el aire con el aullido de la sirena.

Con los brazos en jarra, resopló:

—¡La *desfachatez* del tipo! ¿Cuándo le dije que sí?

10. LA VERDAD DESNUDA

TRAS UN horrible lapso de irresolución aguda (por fortuna para Juan Carlos, sin testigos), en que el peso laxo de Virginia pendía de sus brazos, de algún modo el joven atinó a colocarla sobre el sofá. No había ningún osito de felpa que estorbaba, advirtió un absurdo sector de su cerebro: el delgado cuerpo de la muchacha podía acomodarse holgadamente, tendido de espaldas.

Se abalanzó sobre un coqueto barcito, en procura de cualquier clase de estimulante. Con dedos temblorosos por la excitación, destapó una botella de *scotch* y escanció buena cantidad en un vaso.

—¡No! ¿Qué estoy haciendo? ¡Es agua lo que hace falta!

Encontró un botellón a medio llenar. Con leve encogimiento de hombros, Juan Carlos se echó al colete el whisky y, ya más animado, acudió junto a la chica con el botellón. Remojó el pañuelo y lo aplicó a la frente de ella. Pronto fue recompensado, al ver separarse las curvas pestañas.

—Shh... Shh... —susurró con ternura—. No pasa nada, nena.

—¿Juan... Carlos? —apenas le salía un hilito de voz.

—Tranquila, tesoro. ¡Aquí estoy!

—Ese... legajo... Yo...

—Shh... Ya hablaremos luego. Calma, nenita.

Le complacía íntimamente tenerla así, se confesó a sí mismo. ¡Parecía tan frágil e indefensa! No quedaba nada en ella de la profesional eficiente y testaruda... Y, con franqueza, a él le gustaba más de este modo...

VIENDOLA más recobrada, le pasó un brazo por detrás de la espalda para ayudarla a sentarse. Al asentir Virginia a su “¿Te encontrás mejor?”, Juan Carlos volvió al

barcito y sirvió un dedo de bebida para ella.

—A ver... ¡Abra esa boquita preciosa! ¡A... sí! ¡Muy bien!

—Gracias —musitó la mujer, con leve conato de sonrisa—. Ya... pasó.

El debió vaciar su reservorio de voluntad para evitar ablandarse. Se le agotaba el tiempo, y estaba decidido a llegar al fondo del asunto antes de que fuese demasiado tarde para todos. Estiró una mano y oprimió con firmeza una de las muñecas femeninas.

—Lamento haberte perturbado así —dijo—, pero vos no hiciste menos conmigo. ¿Por qué me ocultabas que fuiste paciente de ese miserable? ¿Te chantajeó, verdad?... ¡No, no te molestes en negarlo, porque ya lo sabemos todo!

—¿*Todo*, Juan Carlos? —Los enormes ojos celestes estaban húmedos al mirarlo a la cara—. ¿Estás seguro?

EL HOMBRE palideció. Lo había venido intuyendo todo el tiempo: una oscura premonición ascendía desde los más profundos pliegues de su conciencia, buscando advertirle; pero él no había dejado de rechazarla una y otra vez... Ahora, sin embargo, estaba cara a cara con la verdad, se dijo. ¡No había retroceso posible!

—¿Qué es lo que... me estás queriendo decir? —balbució.

—No sólo se adueñó de mi voluntad —dijo Virginia en un murmullo, baja la vista—, sino también *de todo lo demás*.

—¡Maldito hijo de...!

—Fue hace mucho —explicó ella—. Yo estaba sola, era muy insegura... Y él..., parecía que tuviese todas las respuestas para todo —se alzó de hombros débilmente y dejó de hablar.

ERA DURA de tragar aquella píldora. Pero Juan Carlos consiguió dominarse, aunque llevaría las marcas de sus uñas en las palmas durante varias horas.

—El tenía... un dominio especial sobre las chicas... de mi tipo —dijo Virginia—. Y no se conformaba con... lo de costumbre. Después de hacernos suyas, se complacía en someternos a un servilismo atroz. Nos tenía prácticamente como esclavas y nos obligaba a satisfacerlo en todo. Desde servirle el chocolate en la cama, hasta... arreglarnos la cara y el pelo como él prefería. Y nunca se molestó en ocultarnos que había más de una en las mismas condiciones.

—¿Rubias todas, no es eso?

—Parecían obsesionarlo, sí. Rubias y de cabellos muy largos. A las que no éramos así nos obligaba a ponernos pelucas, y se entretenía peinándolas... —Se estremeció, cerrando los ojos—. ¡Fue horrible!

—¿Y cómo...?

—¿Cómo pude salir? Sencillamente se aburrió de mí. —Una comisura le tembló, en esbozo de amarga sonrisa—. Lo estuve persiguiendo durante un tiempo, pero al fin..., no sé cómo, logré superarlo. ¡Y desde ese momento lo odié como a una víbora!

—¿A SI QUE lo de la “controversia profesional” no sería más que...?
Ella sacudió la cabeza.

—¡No! Eso también sucedió. Una vez, mucho después, cuando yo ya me había hecho cierto nombre como profesional, participamos ambos en un programa de televisión. De esos que tienen paneles de invitados, preguntas, llamados de la audiencia... Ya sabés.

—Sí, me hago una idea... ¿Y él te puso en ridículo?

—No fue con sus argumentos... Me bastó nada más que con verlo ahí, consciente yo de todo lo que él sabía de mí, ¡dueño de ese pasado negro que yo habría querido enterrar!... ¡Me anuló por completo! Y lo más cruel fue cómo disfrutó con eso.

La mano de Juan Carlos, acuclillado junto a Virginia, le rozó los cabellos. Con extrema suavidad.

—Pobre chiquilina... ¡Ahora comprendo mejor muchas cosas tuyas!

—¿De verdad lo decís?

Por entonces ambas manos de él sujetaban con ternura el pálido rostro.

—Sé que no serías capaz de matar —le susurró—. Ni siquiera a un renacuajo como Di Reggia... ¡Tenés los ojos demasiado limpios!

FUE EL propio dueño de casa quien acudió a la puerta, ante la sorpresa del ex comisario.
—¡Amigo Dorteros! ¡Qué milagro verlo por aquí!

—¿Tendría unos minutos, doctor?

El hombre reprimió un gesto de contrariedad. Llevaba abrigo oscuro y, desde luego, los anteojos verdes que jamás se quitaba, a fin de disimular la carencia del ojo derecho, perdido en un accidente, según decía él.

—Estaba por salir... —declaró—. ¡Pero pase, por favor! Aunque le voy a suplicar que sea breve, porque tengo un compromiso importante.

La casa era antigua, pero bien restaurada. Sin tratarse de una imponente mansión, era amplia y estaba bellamente amueblada. De seguro que no hacía mucho que el abogado la ocupaba, se dijo Dorteros. Debió mudarse cuando su situación empezó a mejorar, a raíz de su segundo matrimonio.

—¿Está solo, doctor Quintana? —preguntó el ex criminalista, ya hundido en un sillón y con un vaso de whisky en la mano.

El Director de la Sección Archivo, sentado frente al visitante, se acomodó las gafas oscuras entre sonoros carraspeos. Sus ademanes contenían la dosis de distinción que convenía a la rancia categoría de la sala, sobriamente iluminada por artística lámpara de pie.

—Pues sí —respondió—. Mi señora está de viaje, y hoy es el día libre de la chica. —Alzó las manos a los lados—. Así que acá me ve..., ¡como si fuera un soltero! Pero dígame, amigo, ¿qué lo trae por estos lares, eh?

—Me alegro de encontrarlo solo —dijo Dorteros—, porque mi asunto es más bien delicado. ¿Sabía usted —agregó, sin transición— que Lucy García estaba embarazada?

EL EFECTO en el otro fue como descarga eléctrica, advirtió el antiguo pesquisante; pero se trataba de un sujeto endurecido, y no demoró en sobreponerse. Recuperado, parpadeó tras los lentes y adelantó un poco la cabeza hacia su interlocutor: la perfecta imagen del desconcierto.

—¿Lucy..., la pobre chica que...? ¡No comprendo! ¿Por qué me supone enterado de una intimidad como ésa?

—Porque, precisamente, usted y ella fueron íntimos. —Dorteros le apuntó con el dedo—. Y no se moleste en desmentirme: esos ositos de peluche japoneses que acostumbra regalar son bastante raros. ¡Sé de buena fuente que sólo se trajeron seis de ellos al país..., y desde luego que consta la identidad del comprador!

—¿D-de qué habla? —La torre comenzaba a vacilar—. ¿Qué ositos? ¿Se trata de alguna broma, Dorteros? ¡Es de pésimo gusto, y no le voy a permi...!

—Sé lo de Esmeralda Capurro —interrumpió Dorteros, sin perder un ápice de calma—, y también lo de Isis del Solar. ¡Ninguna de las dos es buena mentirosa! Y en cuanto a Lucy García, es obvio: al encontrarla usted por azar, fuera del horario administrativo, y luciendo una personalidad tan distinta a la que acostumbraba en la oficina, no parece más que natural que usted se sintiera poderosamente atraído hacia...

—¡BASTA! Basta, Dorteros. Es verdad que tuve... cierta relación privada con ella. ¡Pero eso fue todo! ¡No sé una palabra de su muerte! ¡En eso no tengo nada que ver!

—Pero estaba enterado de su embarazo, ¿no es cierto?

—Lo... sospechaba, sí. —El doctor Quintana se secó la frente con un fino pañuelo de seda—. Ella... no tenía la experiencia de otras chicas de su edad. Era como una niña... ¡Y por eso mismo me fascinaba! —dijo quedamente.

—¿Lo citó a usted en la oficina..., la noche del crimen? —inquirió Dorteros. Sus ojos pardos no perdían detalle de la expresión del otro.

—¡Sí! ¡Le confieso que me llamó! Pero no...

—Eso no se lo dijo a la policía —observó Dorteros.

—¡Porque no quería verme implicado! Es que yo... yo intuía que ella tenía planeado anunciarme su embarazo. ¡Creo que pensaba que yo me iba a divorciar de mi esposa..., no sé..., alguna fantasía por el estilo!

SIN ABANDONAR su asiento, Dorteros acercó su rostro al de Quintana. Este rebullía como si estuviesen asándolo a fuego lento.

—¿Acudió a esa cita, doctor?

—Sí. —Fue apenas un suspiro, pero Dorteros le entendió—. Para evitar que armase un escándalo, ¿sabe?... ¡Pensé que era mejor poner las cosas en claro definitivamente!

—¿Alguien lo vio entrar en la oficina?

—Tuve miedo de que Puentes..., el sereno, anduviese revisando. Pero por suerte estaba encerrado en su despachito; así que pude entrar por la puerta lateral sin que él se enterase... ¡Dios mío! ¡Jamás en la vida podré olvidarme de esa escena!

—La encontró muerta, ¿verdad?

—¡Sí! ¡Sí! —El hombretón sollozaba, sudoroso y patético—. ¡Dios del Cielo, qué espectáculo horrendo! ¡La sangre..., el cuchillo! ¡Oh, Dios!

DORTEROS se echó hacia atrás, contra el respaldo del sofá. Una de sus manos frotaba la barbilla; tenía arrugado el ceño y había un resplandor determinado en sus pupilas.

—¿Y no vio nada extraño..., no oyó nada?

—¡Ni supe dónde estaba parado, créame! ¡Sólo pensé en huir de ahí!

En el penumbroso ámbito del salón había casi una sonoridad de catedral, o al menos así se le antojaba al ex policía. De pronto le asaltó un soplo gélido, que provenía de su propio interior, y que por un instante fugaz detuvo la afluencia de sangre en los mismos portales de las venas. Pero sacudió mentalmente la cabeza, con un “¡Viejo maniático!” dicho garganta adentro, y continuó llevando adelante el interrogatorio.

—¿Sabe usted, doctor Quintana —pronunció, con deliberado énfasis dramático—, que se perpetró un nuevo asesinato en las últimas horas..., relacionado con este caso?

Q UINTANA levantó la cara bruscamente, a riesgo de perder las antiparras.
—¿Cómo dice? —barbotó—. ¿Otro crimen?

—Uno de sus funcionarios, doctor. ¡Jorge Raskowsky! Subjefe, ¿no es así? Hace menos de media hora que vi el cadáver...

—¡Raskows...! ¡Dios! ¿Qué es todo esto? —Quintana estaba muy pálido.

—Apuñalado —prosiguió Dorteros—. ¡Literalmente clavado a la cama! Terrible... ¡Y parece que hay un testigo ocular!

—¿Vieron..., vieron al criminal, entonces?

—Sobretudo gris oscuro y gafas negras... ¡Una descripción que le ajusta a usted como una camiseta, doctor Quintana!

E STE se paró de un brinco, arrojándose sobre Dorteros.
—¡Eso es absurdo! ¡Monstruoso! ¡Una locura!

—La puerta no estaba violentada —continuó impertérrito el ex comisario—, señal de que Raskowsky conocía al visitante y lo dejó entrar voluntariamente... Por otra parte, esa persona le dijo a una vecina que venía de la oficina de Raskowsky... Aunque la vecina en cuestión asegura no poner atención a nada que no le concierna directamente, y por tanto no corroboró la descripción que tenemos, todo parece concordar, ¿no lo cree, doctor?

Descontrolado, Quintana aferraba las solapas del antiguo jerarca policial, quien se limitaba a sujetarle sin violencia las trémulas muñecas.

—¡No siga! ¡Todo es mentira, todo!

—Escuche, Quintana —Dorteros habló con voz potente—. No dije que yo lo creyera. ¡Caben otras posibilidades en este caso!

S E DESASIÓ con suavidad del abogado, que había quedado paralizado y con los dedos aún prendidos a su ropa. En tono mesurado:

—Sólo vine a aclarar las cosas —manifestó—. ¡No estoy aquí para acusarlo! —Se puso de pie y alcanzó un vaso bastante lleno al profesional—. ¡Tómese eso! Veo que lo está precisando.

El otro echó un largo trago, salpicándose algo el abrigo en su brusquedad. De inmediato estalló en un acceso de tos, que le encendió la cara e hizo correr lágrimas por las rasuradas mejillas. Al cabo, con voz enronquecida, se dirigió a Dorteros:

—¿Se lo va..., se lo va a decir a la policía?

—¿Lo de su cita con Lucy? ¡Por ahora es confidencial, no se preocupe! Pero si es necesario —agregó con dureza—, luego habrá que revelar toda la verdad. ¡En ciertas ocasiones, nada debe quedar sin salir a la luz!

El doctor Quintana se dejó caer en el sofá. Su cara se abatió y quedó oculta tras las manos, en cuyo anular derecho relumbraba el anillo de la fraternidad “Lambda-Psi-Kappa”, de Princeton.

Su voz brotó en un murmullo sombrío:

—Será lo mismo que matarme. ¡Cuando se entere Magdalena!...

A HORA que la verdad había roto el dique, pensó Juan Carlos, dolía... Pero ambos, estaba seguro, compartían idéntica sensación de alivio. No se puede vivir eternamente con tapujos. No, si las vidas de uno y de otro han de llegar a estar de alguna forma entrelazadas.

Con las luces apagadas, muy juntos los dos, tan sólo el tenue resplandor que se filtraba por la ventana delineaba sus siluetas.

—¡Tengo tantas cosas que decirte! —murmuró Juan Carlos—. Todas importantes para nosotros..., ¡pero no es el momento! Lo entendés, ¿verdad que sí?

La cabeza de ella se inclinó dos veces.

—Es preciso aclarar lo qué pasó con Lucy antes que nada —confirmó—. Luego podremos dedicarnos a seguir viviendo. ¡Sin fantasmas, Juan Carlos!

—Hay que pensar —sugirió él—. ¡Hagamos un esfuerzo! ¡Tiene que existir alguna clave en todo este enigma!

—Lo que es yo —aseguró Virginia—, más lo pienso y menos lo entiendo. Ella no era..., no tenía tipo de *víctima*. No sé bien cómo expresarlo... Como que no... correspondía.

—Creo que sé lo que estás queriendo decir. Si Lucy hubiese sido como Esmeralda, digamos, una vampiresa, provocadora, aventurera...

—Suenan muy duro diciéndolo así. Pero, ¿no pensás igual?

—Tú la empujaste a emular a esa Esmeralda, la comehombres... —El puso con suavidad la mano sobre la boca de ella—. ¡No, no pienses que te estoy culpando! Pero, viéndolo objetivamente, ¿no podría ser que tal vez...? Consideralo como psicóloga que sos: ¿no cabe en

lo posible que Lucy, disfrazada de seductora, con sus afeites y su peluca rubia, se haya tomado demasiado a pecho su papel? ¿No se habrá portado realmente como una *femme fatale*?

—¿Te referís a que... de repente haya tomado conciencia de su poder como mujer?

JUAN Carlos entrelazó las manos, permitiendo que un índice bien formado brotara erecto, para enfatizar sus palabras.

—Se creyó en posición de controlar la situación..., por primera vez en su vida —dijo, en tono reflexivo—. Habrá sido toda una novedad para ella... ¡Y un convencimiento de ese tipo puede llegar a embriagar igual que el vino!

—Sí —aprobó Virginia—. Si una chica de la mentalidad de Lucy, subordinada durante años a voluntades ajenas, se viera en determinado momento dotada de ciertas... armas, digámoslo así, que la convirtieran en la mitad dominante de una relación, bueno... ¡Sí, sería concebible que, en la euforia del momento, se aventurase por terrenos peligrosos!

—¿Entonces —preguntó el detective—, podría ser ése el caso de Lucy?

INESPERADAMENTE, la silueta de Virginia sacudió la cabeza.

—No. ¡Había demasiada inhibición en su carácter!

—¿Inhibición?

—Producto de viejos traumas... ¡Alguna vez debió estar expuesta a experiencias límite! Eso se notaba hasta en su forma de moverse.

Juan Carlos no pudo evitar una sonrisa.

—¡Casi estás usando lenguaje de psicoanalista!

—Es que... mi antagonismo no era del todo sincero —murmuró ella—. Más que criterios científicos o profesionales —se le quebró la voz por un instante, pero enseguida prosiguió—, lo motivaban razones de índole personal... Ahora lo lamento, ¿sabés?

La diestra del hombre se movió en la semioscuridad hasta encontrar la de ella.

—Te comprendo —le aseguró—. ¡No siempre es fácil mantenerse objetivo!

—Cuando apenas me había recibido —dijo Virginia—, las teorías de Watson y Skinner eran como una mezcla de la Biblia y el Corán para mí. ¡Me les apegué en cuerpo y alma! Pero nunca dejé de advertir, en lo más recóndito de mí, que las adoptaba más que nada porque me *convenían*... —y sus palabras murieron en un dejo amargo.

—**A** HORA no te trates con tanta dureza.
—¡No! La verdad ha de salir por completo, aunque duela. ¿No es ése el credo de los detectives? ¡Al menos así lo ponen en las novelas de Chandler! Tengo los ojos bien abiertos, Juan Carlos, para verme tal como soy...

—Nena...

—...y la verdad es que detrás de ese pretendido aborrecimiento mío hacia el psicoanálisis se escondía el miedo. ¡Me aterraba cualquier cosa que amenazara con revivir ese... pasado negro que pugnaba por relegar a lo más profundo de mí!

—¡Por favor! Te atenías a las enseñanzas de tu escuela.

Pero ella estaba decidida a la catarsis, y no hubo modo de impedirselo. Exaltada, prosiguió:

—Es cierto, sí, que aunque el neoconductismo de Skinner representa una evolución sobre el conductismo estrictamente determinista de Watson (*), la norma básica no cambió; el énfasis se centra en el medio exterior, en vez de considerar instintos ocultos o impulsos reprimidos; y nos concierne el presente y el futuro, con prescindencia del pasado... ¿Disfrutaste el discurso? ¡Pero en mi caso personal hay algo más, y yo estoy bien consciente de eso!

EXISTIA un medio infalible para detener esa verborragia, y Juan Carlos lo conocía, por haberlo visto en no menos de cien películas. Pero él era fundamentalmente un corazón tímido (aunque se esforzase por disimularlo, sobre todo delante de su padre), de manera que el “clinch” no llegó a materializarse. Sin embargo, una derivación inesperada apartó a Virginia de aquella torrencial exposición de principios. Por asociación de ideas se le ocurrió pensar en el psicoanálisis, y de allí saltó a sus posibilidades.

—¡Mi Dios! —exclamó la muchacha, abruptamente—. ¡El debió haber averiguado algo importante cuando la psicoanalizó!

(*) Burrhus Frederick Skinner y John Broadus Watson, psicólogos norteamericanos cultores del método conductista.

—¿Di Reggia? —Juan Carlos demoró apenas un instante en acoplarse al nuevo rumbo de la conversación. Luego lo recorrió un escalofrío—. Y tal vez..., *¡tal vez lo mataron por eso!*

Sintió los dedos de ella estrujándole la ropa; oía el silbido de su agitada respiración junto a su rostro.

—¿Sabría Di Reggia —susurró Virginia— quién es el asesino?

—Faltaban varios legajos de su archivo —dijo Juan Carlos, con creciente excitación—. Seguramente el de Lucy estaba entre éstos..., *¡y pudo contener la clave de la identidad del asesino!...*

11. SE DESINTEGRA EL EQUIPO

MIENTRAS los dos jóvenes se abstraían en sus lucubraciones, el inextricable pulso de la Naturaleza seguía gobernando el movimiento eterno de los engranajes cósmicos.

El firmamento, de súbito enfundado en espeso cobertor de nubes, se vio rasgado por un zigzagueante resplandor. Al punto, la artillería celestial retumbó en los oídos de la pareja.

—¿Lluvia? —aventuró Juan Carlos—. ¡No lo puedo creer!

—¡Por fin! —suspiró Virginia—. ¿Habremos visto lo último de la sequía ésta? ¡Ojalá llueva con ganas en el campo y en los embalses!

Acercaron los rostros a la ventana. En efecto, las primeras gotas se aplastaban contra el vidrio. El moroso *plat-plat-plat* se aceleró de repente, y el tan esperado diluvio tableteó sobre la ciudad.

—¡Mirá que es linda la lluvia!... —murmuró él.

—¡Y pensar que siempre me fastidiaba! —se rió la chica—. Pero ahora ¡me da una alegría!...

Fue un breve interludio, dispuesto quizás por el ciego azar, quizás por una travesura del destino. Para cuando volvieron a ocupar la mente en el tema interrumpido, ya las ideas habían resbalado por un curso nuevo.

—¿QUERÉS un cafecito? —ofreció la dueña de casa.

—¡Te lo acepto! —repuso el detective.

Durante el lapso que insumió la preparación del reconfortante brebaje, Juan Carlos estuvo cavilando. Cuando Virginia trajo los pocillos, de los que ascendían perezosas volutas, halló una expresión reconcentrada en los ojos del hombre. Mordía él una patilla de sus anteojos, en tanto tamborileaba con los dedos de una mano sobre su rodilla, en pausado ritmo.

—Servite.

—Gracias. —El sorbió un poco—. ¡Riquísimo!

Se intercambiaron sonrisas; pero la seriedad volvió a aposentarse al momento en los firmes rasgos de Juan Carlos.

—Estuve pensando, ¿sabés? —dijo el detective—. ¡Me vinieron a la memoria los asesinatos de Punta Azul!

—¿Los que puso en claro tu papá? ¿Y por qué?

—Recuerdo algo que él me contó... —Los ojos del joven chispeaban en la semioscuridad; como acompañamiento, el rumor de la lluvia y el silbido del viento estremecían los cristales—. El último atentado, que afortunadamente no resultó fatal, no fue obra del asesino. ¡Por el contrario, éste resultó ser la víctima!

—No entiendo bien —confesó Virginia—. ¿Significa que alguien más... quiso acabar con el criminal?

JUAN Carlos asintió, no sin cierta impaciencia. Ella averiguaría pronto que no le hacía nada feliz el que alguien obstruyese el curso de sus razonamientos.

—Te explico: al asesino se le había pagado para que eliminase a alguien... Pero, embriagado por ese sentimiento de omnipotencia que suele invadir a ciertos homicidas, creyéndose tal vez a cubierto de sospechas, se permitió añadir otro crimen a aquel que cometiera por lucro..., aunque en esta ocasión estaba obedeciendo a motivaciones personales. ¡Pretendía vengarse de una joven que lo había despreciado! Y la mató a sangre fría..., con un hacha.

—¡Pero qué horrible!

—Quizás. Sin embargo, ese delito desencadenó una singular forma de retribución. ¡Alguien, que estaba loco por la chica asesinada, y que tenía motivos para sospechar la identidad del responsable de esa muerte, lo agredió a su vez! ¡Sangre por sangre! Horrible, sí, como bien dijiste; pero justo, según determinadas concepciones primitivas de la justicia.

—¿El Talión?... —Ella le tomó su pocillo vacío.

—La forma más simple de compensación —asintió él, encubierta su voz por el fragor del trueno—. Casi a la orilla del tercer milenio, parecería obsoleta. ¡Pero suele adecuarse a ciertas mentalidades..., como la de un asesino!

—Cierto —meditó Virginia—. El *Thanatos* aún sigue imponiéndose a demasiadas conciencias, por desgracia... ¡Espíritus que tienden a la simplificación de conceptos! Negro y blanco; nunca la gama del gris...

Para un oyente desprevenido, la conversación se habría convertido en un galimatías abstruso. En ciertos mágicos instantes, sin embargo, ocurre que dos mentes entran en contacto, se opera una misteriosa alquimia, y dos individuos razonan al unísono, aun cuando, esencialmente, sus caracteres sean disímiles en más de un aspecto. ¡Al parecer, Juan Carlos y Virginia comenzaban a entenderse!

QUIZÁS por eso ella le escuchaba absorta, mientras, en el exterior, rugían las fuerzas naturales, la lluvia lo empapaba todo por doquier, y gemían las ráfagas descontroladas, como acezar gigantesco.

—Supongamos —sugirió Juan Carlos— que alguna persona hubiese averiguado..., del modo que fuese, la identidad del matador de Lucy. Alguien que la apreciaba..., que pudo, incluso, sentirse enamorado de ella. ¡Si ese tal desconocido fuera, a su vez, propenso a

accesos de violencia, y cediera a esos impulsos destructivos que la mayoría conseguimos reprimir, entonces...!

—¿...Esa persona mataría también, por venganza? —Ella frunció el ceño, dudosa.

—¿Qué, no lo encontrarás posible? ¡Yo lo veo muy lógico!

—Me parece un tanto... crudo —opinó la psicóloga.

Juan Carlos agitó una mano, casi rozándole a ella la punta de la nariz.

—¿Por qué? ¡Estoy hablando de un sujeto... peculiar!

—¿En qué sentido, “peculiar”?

—Alguien que vive solitario..., reconcentrado en sus manías y en sus fobias..., alimentándolas. Alguien que adora en secreto a las mujeres; o, mejor dicho a “la” mujer, pero que, bloqueado por una invencible timidez, se limita a volcar sus sentimientos enfermizos en cuartillas escritas...

—¡Raskowsky! —musitó ella, abriendo mucho los ojos.

—EXACTO. —Juan Carlos se exaltaba con sus propias palabras—. ¡Cuando lo visité, me impresionó como proclive a los desbordes emocionales..., incluso a la violencia! ¿No suelen explotar así los depresivos crónicos?

—Lucy me habló mucho de él... Por cierto que me lo pintó como perturbado, pero en cuanto a agresividad..., ¡no sé!

—¡Te digo que encaja! Mirá, tiene una especie de “galería de bellezas” en la pieza: ¡casi todos retratos de la bella Esmeralda Capurro! Pero vi uno Lucy García también, ¡y ubicado en el mejor lugar!

—Precisamente —refutó Virginia—, Lucy me contó que él parecía cautivado por Esmeralda. Hablaba continuamente de ella; y aunque trataba de hacerse el cínico, decía Lucy, sus sentimientos hacia la muchacha eran transparentes... Lucy sentía lástima por él, pero ahí paraba todo. ¡No creo que cupiese ninguna pasión volcánica en esa relación! Tu teoría es inconsistente, Juan Carlos.

—¡Es un hombrecito grotesco y peligroso, te digo! ¡Tú no lo viste despedazar las fotos, como lo vi yo! ¿Y sabés cuál fue la única que no tocó?

—¡Sería la de Lucy! —repuso la chica—. ¿Y qué?

—¡Cómo “¿y qué?”! —Juan Carlos se arrancó los lentes, de un manotazo nervioso, y los agitó ante sí—. ¿No te das cuenta? ¡Esmeralda Capurro no era otra cosa que un *símbolo* para Raskowsky!

—¿El Eterno Femenino? —Virginia frunció los labios.

—¡O como quiera que se llame! Pero Lucy García, que lo escuchaba y lo comprendía, que le elogiaba sus escritos, representaba el verdadero y único objeto de sus afectos..., ¡aunque él mismo no lo supiera hasta verla muerta!

—¿Y él..., Raskowsky, iría tras el asesino, por venganza?

—¿No es lógico? ¡A mí me suena bien coherente!

VIRGINIA se levantó. Tenía arrugado el ceño y los labios comprimidos. Meneó la cabeza un par de veces, dio unos pasos y por fin se volvió para hablarle, con palabras escogidas muy cuidadosamente:

—Mirá, Juan Carlos: perdoná que te lo diga así..., pero te estás metiendo en terrenos que no son los tuyos.

El alzó bruscamente la cabeza.

—¿Por qué, resentís que te haga la competencia?

—No estás licenciado en psicología —observó Virginia, con dulzura—. Tus deducciones son de aficionado..., y no te ofendas por la franqueza.

—¡Al diablo las licenciaturas! ¡Estoy aplicando el sentido común! Digo, si te hacés alguna idea de lo que es eso, claro.

La cólera relampagueó fugazmente en los ojos de la mujer. Iba a derramarse en una respuesta airada; pero el redoble de un trueno fortísimo la hizo recapacitar.

—No vale la pena que discutamos así —dijo suavemente—. Te pido disculpas si te ofendí, Juan Carlos. ¡A veces me pongo insoportable con mi suficiencia profesional! —y posó una mano en el hombro del joven.

Aquel toque tuvo la virtud de cambiarle a él el humor.

—¡Imposible enojarse contigo! —sonrió—. ¡Psicóloga empedernida!...

El silencio que siguió, cargado de entrañables sugerencias (tras el último estruendo, la tormenta se había disuelto en un murmullo cómplice) fue roto por el cucú de un bonito reloj de pared. Juan Carlos, maquinalmente, consultó el de su muñeca.

—¡La fresca! ¿Tan tarde se hizo?

—Las once... Pero te podés quedar un rato más, ¿verdad?

El hizo un ademán de desamparo.

—¡Quisiera! Pero tengo que encontrarme con el viejo... ¡No hay que olvidar el compromiso que contrajimos con Callaza!

—¿Ese es el policía que te quiere arrestar?

—Sí... Pero, quién te dice: ¡a lo mejor a estas alturas ya se aclaró todo! Ahora que me acuerdo, papá me dijo que tenía otra hipótesis. ¡Es posible que él...!

—¿Habrá salido a investigarla?

—Pero sin darme ni una pista. ¡Típico de él!

—¡Ojalá tenga éxito! Está todo tan embrollado, que...

—¡En eso le tengo confianza! Cuando se empeña en algo, es tenaz como... —De repente, Juan Carlos se dio una sonora palmada en la frente—. ¡Maldición! ¡Se me olvidó que teníamos que vernos a las diez! ¿Cómo pude distraerme así? ¡Y yo sin auto, todavía!...

—¡Si me lo hubieses avisado...! —suspiró Virginia.

—¡Posiblemente me precise para algo! —El se lanzó hacia la puerta—. ¡Hasta luego, nena! ¡Te llamo en cuanto llegue a la Jefatura!

A PENAS hubo salido el detective, el campanillazo del teléfono estremeció a la muchacha. Todavía preocupada por Juan Carlos, descolgó el tubo.

—¿Virginia? —dijo la voz de Dorteros—. ¿Juan Carlos está ahí?

—¿Quién habla? ¿El papá? ¡El salió a buscarlo a usted!

—¿Hace mucho? ¿No le dijo si iba a Jefatura?

—¡Para ahí fue! ¡Quedó en llamarme no bien llegara!

—Yo ya estoy saliendo... ¡Haga el bien de avisarle que vaya a encontrarme en la oficina del Ministerio! ¡Creo que surgieron hechos muy importantes!

—¿Pudo averiguar algo nuevo? Juan Carlos me mencionó una teoría...

—¡Perdóneme, Virginia, pero no hay tiempo para explicaciones! ¡Por favor, mándeme a Juan Carlos en cuanto la llame!

Virginia se encontró con el receptor en la mano y la comunicación abruptamente interrumpida. Por cierto que el ex comisario demostraba considerable apuro en llegar al Ministerio... ¿Qué iría a buscar allí?

Era preciso detenerse a pensar un poco. Todo el mundo parecía trastornado en estos últimos días, se dijo. Un crimen horrendo..., con la víctima equivocada, según las apariencias. Luego, la muerte de Di Reggia, que en otras circunstancias habría representado un alivio para ella, y que ahora, en cambio, precipitó la revelación de sus secretos más penosos...

S E DEJÓ caer en el sofá, tibio aún tras el amable rato compartido con Juan Carlos, y se sumió en la contemplación del cielo nocturno. a través del cristal de la ventana. Ya no

había rastros de nubosidad, fulgían las estrellas y el aire parecía claro y frío. ¡Poco había durado el chaparrón!

*...¿Cuál era la clave de todo aquello? ¿Cuáles las motivaciones? ¿Habría, en verdad, un propósito detrás de aquellas desgracias, o representaban únicamente la materialización de los delirios de un maniático homicida? ¿Qué papel jugaba en el enigma el archivo secreto de Di Reggia? ¿Y su morbosa fascinación por las mujeres rubias? ¿Estaba complicado el doctor Quintana en el crimen de Lucy? ¿Y el pobre Raskowsky?... En los días previos a su desdichado deceso, recordó Virginia, Lucy parecía como atemorizada, si bien no acertaba a definir, ni aun para sí misma, la causa concreta de su miedo. ¿Podría haber sido que su sensible espíritu captara alguna premonición de amenaza *latente*, mediante ese sexto sentido de que dan fe los parapsicólogos?*

Virginia Linares acabó tomándose la cabeza entre las manos. Mejor dejarlo por un rato, se dijo. Si continuaba por ese camino, arriesgaba perder el resto de lucidez que aún le quedaba. Tenía que relajarse de algún modo, y luego intentar dormir un par de horas, al menos.

Se estiró, exhalando un suspiro. Quizás si encendía el televisor... Una de esas series plagadas de violencias ficticias, paradójicamente, podría sacarle de la mente por unos momentos la violencia real.

TUVO tiempo para ver el cañón de una Magnum .44 apuntando al villano caído, mientras el “Sucio” Eastwood repetía su clásica invitación de “¿Por qué no lo intentas, bastardo?”; pero en fracciones de segundo todo se borró y fue sustituido por una leyenda de atractivo diseño:

INFORMA: TELENOTICIA AL INSTANTE

El rostro de un informativista, revestido de la expresión cariacontecida del estereotipo televisivo, enfrentó a Virginia. Esta palideció, en instintivo prerrelejo.

—Interrumpimos el programa para ampliar la noticia que adelantáramos en nuestro “flash” anterior. El cadáver hallado a tempranas horas de esta noche, presentando fatales heridas de arma blanca, se ha identificado como el de Jorge Raskowsky Iliovich, natural del país, soltero, de cuarenta y cuatro años. El presunto homicida, que habría hecho gala de una saña inaudita, se habría dado a la fuga, mas no sin que una vecina lograra...

La mano de Virginia Linares saltó hacia el botón, y la imagen se extinguió con leve crepitar; luego, los dedos se crisparon sobre la boca de la mujer, con tal fuerza que dejaron señales blancuzcas en los labios.

—¡Dios mío! —gimió—. ¡Esto es una pesadilla!

ERAN casi las once y treinta y cinco cuando Juan Carlos entró en la Jefatura. Abriéndose paso entre un par de borrachos desprovistos de una noción clara acerca de la verticalidad, interpeló al estoico policía de guardia:

—¿Se fue mi padre?

—¿El señor Dorteros? —El uniformado contestó con alguna vacilación—. Salió hace unos minutos... ¡Si llega un poco antes se lo cruza en la puerta!

—¡Bonito consuelo! ¿Dejó algo dicho?

Ruborizado, el agente fingió meditar.

—A ver... No —repuso, al cabo—. Pero es posible que el señor comisario...

—¿Callaza está, por lo menos? —gruñó el joven.

—S-sí. Y pidió que usted lo viera apenas llegase. ¿Sabe adónde...?

—¡Sí, sí, gracias! —Juan Carlos lo fulminó con la mirada—. ¡Podía habérmelo dicho desde un principio, hombre!

—Le pido disculpas —balbució el otro—. Y, este..., señor...

—¿Qué? —El monosílabo salió despedido por encima del hombro de Juan Carlos, ya en tren de alejarse.

—Lamento mucho lo de su camisa... Usted comprende, yo no...

Sin volverse para contestar a eso (aunque de nuevo consciente, gracias al meterete, del estropicio que casi había relegado al olvido), el detective aplicó tres golpes contra el vidrio esmerilado del comisario. No se había extinguido el eco del último, cuando se encontró frente a Callaza.

Este le hizo un saludo con la mano.

—¡Adelante, “valor”! ¿Qué pelirroja te entretuvo tanto?

—¡Como para pelirrojas estoy yo! ¿Adónde se fue el viejo?

—¿Sos hijo de él y todavía no lo conocés? ¿Cuándo supiste que se molestara en darme cuenta de lo que hace o deshace? ¡Salió, y basta!

—¡Por todos los...! —refunfuñó el joven—. ¿Y qué estuvo haciendo antes de irse?

—Si te sirve, me parece que hizo una llamada a Punta Azul... —Callaza se encogió de hombros—. ¡Le habrá atacado la nostalgia, al veterano!

—No —aseguró Juan Carlos—. En momentos de crisis, él no hace nada sin un buen motivo... ¡Por algo habrá llamado a su antigua delegación! Si al menos me hubiese dado una idea...

CALLAZA enarcó una ceja. Estos benditos Dorteros tenían la virtud de rejuvenecerlo...
¡Hacía meses que no se interesaba así en nada!

—¿Idea? ¿Idea de qué? —indagó.

Juan Carlos barrió de un manotón con sus anteojos. Luego, pensativo, empezó a balancearlos con la patilla sujeta entre el índice y el pulgar derechos.

—Mencionó algo sobre una teoría que se la había ocurrido... Pero no largó prenda. A mí, no sé por qué, se me antojó que tal vez se relacionara con el tal Raskowsky..., ¡qué sé yo!

—¡Ah! —exclamó Callaza—. ¡Así que todavía no te enteraste!

El vaivén de los anteojos se congeló.

—¿De qué tenía que enterarme?

—¡Raskowsky está muerto! ¡Lo cosieron a puñaladas hace unas horas!

—¡Santo Cie...!

—Ya salió en las noticias —dijo el comisario—. Pero, claro, no habrás estado mirando tele, me supongo... ¡Eh! ¡No creí que te iba afectar de ese modo!

El joven detective se había puesto del color de una aspirina. No obstante, detuvo con un ademán el intento de Callaza por acercarse a sostenerlo.

—¡No me desmayo desde que vi a la bruja de Blanca Nieves, a los siete! —advirtió—. ¿Me deja llamar por su teléfono?

—Servite —respondió filosóficamente Callaza—. ¡Mientras no te dé por pedir “faxes”, como a tu viejo...!

Pero Juan Carlos no le atendía. En su atolondramiento, erró dos veces el dígito antes de marcar correctamente el número de Virginia.

Oyó sonar repetidamente la llamada al otro extremo.

—¡Contestá..., por favor! —y golpeaba impaciente el tubo con los nudillos.

AL CABO de unos cuarenta segundos, sin embargo, supo de boca de la interesada que la demora sólo había obedecido al hecho de estar ella en la ducha. Juan Carlos alcanzó a conjurar una fugaz visión mental del tierno cuerpo rosado, húmedo y caliente bajo la toalla en que estaría envuelto; su proverbial sentido de la responsabilidad, empero, se impuso de inmediato.

—¿A la oficina de Lucy? —se extrañó, ante el informe de Virginia—. ¿A estas horas?

—Pensé lo mismo —oyó decir a la psicóloga, a través del auricular—. Pero él no me explicó nada... ¡Calculo que habrá llamado antes, para confirmar si había gente ahí! Escuchá: dijo que fueras a reunirte con él lo antes posible...

—¿Te pasa algo? —inquirió el detective, de pronto—. Tu voz me suena un poco...

Entonces ella le comunicó lo que él ya sabía por Callaza. Se había serenado bastante ya, le aseguró. La ducha caliente le sentó muy bien. Pero, sí, en un primer momento la noticia le había impresionado muchísimo.

—¡Pobrecita! Me gustaría ir a acompañarte, pero...

—¡No, ya te dije que estoy bien! ¡Tú tenés que ir con tu padre! Luego me llamás, si te parece... ¡Te espero despierta!

Tras arrojar el tubo contra la horquilla, Juan Carlos giró en dirección de la salida.

—¿Te vas? —Callaza debió retorcer el cuello para encararlo—. ¡Oíme! ¡No te preocupes más por lo de Di Reggia! ¡A la hora en que él murió, vos y tu viejo estaban jun...!

Pero le hablaba al hueco de la puerta. A la distancia, el eco de las pisadas del joven se desvanecía.

—¡Y ni las gracias dio! —Callaza soltó un resoplido malhumorado—. ¡De tal palo, tal astilla!

JUAN Carlos se daba a todos los diablos cuando saltó del ómnibus, sujetándose el saco bien apretado, a fin de recatar la mancha de la camisa.

—¡Quince minutos perdidos! —rezongó—. ¡Pero vaya usted a encontrar taxi cuando hace falta de veras!

Para colmo, tenía que andar un par de cuadras. No estaba mal dotado para tal ejercicio, por cierto, ya que sus largas piernas devoraban metro tras metro con envidiable eficacia; pero aquella actividad muscular lo acaloró más de lo que ya estaba. Por fortuna, se dijo, la lluvia no había reincidento...

De repente frenó en seco. ¿Ese que entraba en el bar no era...?

—¡Eh! —llamó—. ¡Puentes!

El otro se volvió con alguna brusquedad. Al ver a Juan Carlos empezó a caminar a su encuentro, aunque sin afanarse demasiado.

—¿Me llamaba a mí? —quiso saber.

—Sí. ¿No me recuerda? ¡Soy Dorteros, el que...!

—¡Cómo no, mozo! ¡Ah! Su padre vino a la oficina; hace un ratito nomás, llegó. ¡Cómo trabaja el hombre! ¡Y a su edad! ¡Ya quisiera yo estar en tan buena forma como él! Es como para sentirse orgulloso, ¿no cree?

—¡Sí, sí, claro! ¿No le dijo para qué...?

JUAN Carlos contenía el impulso de patear a aquel simplote. ¡Parados como imbéciles en la puerta de un bar, cuando había tantas cosas importantes en juego!... Pero, claro, se dijo, el hombre no tenía por qué saber cómo funcionaba la mente de Dorteros padre.

—Me pidió permiso para revisar el cajón de Raskowsky —informó Puentes—. Es que... yo fui el que entregó a la policía los escritos del individuo ése, ¿vio?... Y su padre está interesado en saber si queda alguno más. ¡Qué tipo más loco, Raskowsky! Pero, no sé..., ¡a mí me parece inofensivo, qué quiere que le diga!

—Si no lo fue antes, con seguridad que ahora sí es bien... inofensivo —dijo Juan Carlos secamente—. ¿No escuchó las noticias?

Puentes abrió los ojos y la boca. Su frente brillaba.

—¿Qué? ¡No me diga que le pasó algo a Raskowsky también!

—Lo peor. ¡Lo acribillaron a puñaladas!

—¡¡Pero!!... ¡¡Mire qué noticia me viene a dar usted!!... No sabía nada. Mi radio está sin pi...

—Bueno, como sea —cortó Juan Carlos—, no hay remedio. ¿Vamos a la oficina?

—Si no le molesta —sugirió el sereno, con aire de disculpa—, adelántese usted, ¿eh? ¡Yo preciso un tónico para el resto de la noche! ¡Con la noticia que me trajo, y este frío que hace de madrugada...!

AL TIPO le tiraba fuerte el estaño, se dijo el detective, y buscaba sus excusas. Pero no cabía duda de que era de veras friolento, dado que llevaba el cierre de la campera subido hasta la nuez.

—¿Y cómo hago para entrar? —inquirió—. Porque supongo que habrá cerrado todo...

—¡Ah, me vine bien tranquilo, porque dejé a la autoridad al cuidado del fuerte! —bromeó Puentes—. No, si ya sé que su papá no ejerce más, pero... ¡Con él está el secretario, el señor Farrazzini! Tóquele timbre, nomás. ¡El tiene llave!

Juan Carlos frunció las cejas.

—¿Farrazzini trabaja hasta tan tarde?

—¿Ese? —Puentes se echó a reír—. ¡Le falta tiempo para salir escapado a las siete y veintiocho! No..., lo llamó su papá. Yo lo oí hablarle. ¡Debió ser cosa de importancia, para que el otro viniese a estas horas!

—¿Y aceptó venir así como así? ¿No le dio explicaciones mi padre?

El sereno alzó la cabeza, con gesto resentido.

—Vea, mi amigo, que yo no acostumbro escuchar conversaciones ajenas... Oí el apellido Farrazzini por casualidad. ¡Pero no es asunto mío lo que su padre tenga que tratar con él! Usted puede ir y averiguarlo, ¿no le parece?

—Para ahí mismo voy —y el joven giró sobre sus talones—. ¡Tómese una a mi salud!

E STABA aún junto a la puerta cerrada cuando Puentes volvió de sus libaciones. El vigilante nocturno puso cara de asombro.

—¿Cómo? ¿No le abrieron?

—¡Toqué como diez veces! A lo mejor no suena el timbre...

—¡El timbre anda al pelo! —afirmó Puentes—. Qué cosa más rara... Deje, yo le abro.

Con alguna aparatosidad desprendió un gran llavero del cinturón. Gruñía a cada movimiento, a fuer de buen funcionario público.

—¿No habrá salido mi padre con el secretario? —aventuró el joven, en tanto ingresaban al pasillo—. ¡Tal vez ya encontró lo que vino a buscar!

—No creo —repuso el sereno—. Cuando los dejé juntos, tenían delante una pila de papeles bastante respetable para revisar. ¡Incluso oí que Farrazzini se quejaba de que les iba a llevar la noche entera!

Había apenas la luz suficiente para no andar a tientas; pero Puentes, en su propio terreno, guiaba a Juan Carlos sin tropiezos.

—Es por las restricciones de luz —se sintió obligado a explicar el funcionario—: hay que ahorrar energía... ¡Ah, mire! ¡Todavía están ahí!

Con un dedo bastante bien cuidado señaló la estrecha franja luminosa que se filtraba por debajo de la puerta rotulada “ARCHIVO”.

—Dijeron que ahí iban a estar más tranquilos... ¡Como yo pongo la música un poco fuerte, por el oído, vio...!

Abrió y le hizo señas a Juan Carlos de que entrase.

—Pase... Lo dejo con ellos.

EL JOVEN avanzó al encuentro de su padre. Acucillado de espaldas a la puerta, Dorteros parecía absorto en el examen de una de las gavetas inferiores del fichero principal. La luz del tubo fluorescente del techo temblaba un poco, con leve zumbido, pero la claridad se repartía uniformemente por todo el reducido ámbito. ¡Ni rastro de Farrazzini en las inmediaciones!

Sonriente, Juan Carlos tocó en el hombro a su progenitor.

—¡Cuándo no te iban a encajar a vos todo el traba...!

Su voz se desvaneció, en tanto se le agrandaban los ojos y un cuchillo de hielo le traspasaba el pecho.

—No... —gimió—. No puede...

El cuerpo del ex comisario caía hacia un costado, laxo... En los cristales de los anteojos de Juan Carlos se reflejó una doble imagen de la roja y húmeda abertura por la cual huyera la vida de su padre..., sin que nada pudiera hacerse para retenerla. Todos los plazos habían expirado. Ya no quedaba más tiempo para acercamientos, explicaciones o expresión de sentimientos filiales. ¡Tanto como hubiese querido decirle!...

—Cielo... santo —murmuró el joven, sin conseguir articular el grito que pugnaba por reventarle en el pecho—. Cielo... santo.

Los recuerdos compartidos y por compartir, las alegrías y tristezas..., ¡los mismos desencuentros!...

A sus espaldas, la voz alterada de Hilario Puentes ofició de incongruente coro a la trágica escena:

—*¡Otro muerto más! ¡Esta oficina está maldita, mismo!...*

12. MIRANDO HACIA ATRÁS

SE DIRIA que estaban moviéndose en un medio gelatinoso, pensó abstraídamente Juan Carlos; o bien que habitaban un extraño mundo de poderosa atracción gravitatoria... Miró al hombre de la cámara: era un individuo de corta estatura, paliducho, semicalvo; flexionaba el índice con tanta lentitud sobre el disparador, que Juan Carlos habría querido gritarle que se diera prisa.

Parpadeó ligeramente al destellar la bombilla del “flash”. Notó, con cierto asombro, que incluso disponía de tiempo para observar cómo la luz blanquecina crecía en el filamento y luego se extinguía gradualmente. Las voces también sonaban en forma peculiar, como esos discos pasados a menor velocidad de la adecuada. Componían frases concisas, sin exceso de adjetivación; sin embargo, el joven las oía flotar en el aire enrarecido de la pequeña oficina, largas, muy largas.

Alzó la cabeza cuando uno de los hombres que pululaban en la habitación se le acercó hasta casi llegar a rozarlo.

—¿Te sentís bien, botija?

Asintió con un cabeceo. Dios, ¡cómo le pesaba el cráneo!...

—Ya casi terminamos —dijo el hombre.

TERMINABAN... Había un sinuoso contorno de tiza trazado sobre el piso, junto al mueble archivo. ¿Y esas salpicaduras oscuras, por todas partes? Recordó, forzando algo a la memoria, que poco antes dos uniformados de blanco se habían llevado un bulto, largo y pesado, cubierto con una sábana. Entraban y salían; salían y entraban. ¡Pero con tanta parsimonia!... Alguien le alcanzó algo. Al tomarlo, estuvo a punto de dejarlo caer. ¡Demasiado caliente!

—El café te va a hacer bien —pronunció una voz vagamente conocida.

¿Café?, se preguntó. En forma maquinal se llevó el borde del vaso de cartón a la boca. Estaba demasiado azucarado, pero, en efecto, le sentaba bien... Ellos continuaban agitándose a su alrededor. ¿Se terminaría alguna vez aquel ajetreo *en ralenti*?... Cerró los ojos, echándose para atrás. Era dura la silla, pensó. Habría querido dormirse: se daba cuenta ahora de lo fatigado que estaba todo su cuerpo. Pero esa gente hacía tanto ruido, entrando y saliendo, y revolviéndolo todo... Suspiró. ¿Sería alguna pesadilla?

—¡¡Eh!! ¡¡Comandante!!

EL GRITO lo hizo saltar de su posición reclinada. Los restos del café humeante salieron disparados fuera del vaso de cartón, para estrellarse contra el suelo tras dilatada caída. Advirtió que estaba temblando; entonces apretó con fuerza los puños y los dientes, pegando también los brazos al cuerpo, para evitar que los demás lo notaran.

—¿Por qué diablos gritas así, Guzmán? —rezongó la voz familiar, a un costado de él—. ¡Asustaste al muchacho!

—Pe-pero es que... ¡Venga, por favor, comandante!

El requerido pasó junto a Juan Carlos, con zancadas que resonaron dolorosamente en los oídos del joven. Iba en dirección de un diminuto cuarto de baño anexo al despacho, desde donde partiera el llamado. Fue entonces que Juan Carlos, no sin cierta aletargada sorpresa, lo reconoció por su calva y sus hirsutas cejas fruncidas.

—No te preocupes, Juanca —le dijo Callaza—. Ya pronto nos vamos todos.

Penetró en el gabinete y cerró la puerta a sus espaldas. Juan Carlos, presa de repentina e inexplicable angustia, aguzó el oído, en un intento febril de captar algo de aquella conversación que se mantenía fuera de su vista.

—...cielos benditos! ¿Hará mucho que...?

—...casi como el otro. ¡Pero mire el cuchillo, aferrado entre...!

—Sí, y con las dos manos. Parece que...

Cuchillo. Como el otro. Juan Carlos sacudió la cabeza. De pronto las cosas empezaron a portarse locamente en torno a él: las paredes se balanceaban a uno y otro lado, el piso ascendía oblicuamente, como la cubierta de un barco en aguas agitadas, y el techo se desplomaba encima de...

—¡Cuidado! ¡Ese se va al suelo!

—¡Sosténganlo, inútiles!

M ANOTEÓ con desesperación de náufrago. ¡No quería sumergirse en ese piélago de oscuridad! El cuchillo... ¡La sangre! La rubia con el cuello cortado. ¡Raskowsky que hacía trizas las fotos de las rubias! El osito de peluche japonés..., ¡pero si eran tres, ahora que se fijaba! Di Reggia que decía obscenidades, sus nudillos aplastándole un ojo. Otro. ¿Otro qué? Sangre. ¡La mancha de la camisa blanca, negra, negra y...

—¡Pa... pá! —y todo se fundió en un solo plastrón de noche.

.....

F UE EL sonido de las voces lo que lo trajo de vuelta a la luz.

—¿Se va a poner bien, doctor?

¡Virginia!, pensó él. *¿Cómo había llegado hasta allí?*

—Descuide. El efecto del calmante que le puse... y la tensión, por supuesto.

¿Calmante? ¿Tensión? Sintió el roce suave de los dedos de ella en la frente, echándole el pelo para atrás. ¡Qué bueno tenerla al lado!

—Me parece que se está despertando, doctor.

—Sí, ha de estar reaccionando... No, déjelo. Déle un poco de tiempo.

Movió la cabeza sobre la almohada. ¿Se había ido Virginia? ¡Si tuviera energía para separar los párpados!... Se revolvió entre las sábanas, y entonces la mano de la mujer se deslizó en la suya, y aquello lo sosegó. Enseguida notó que no había problema en abrir los ojos.

—Psi... cóloga —murmuró, tratando de componer una sonrisa.

—Shh... No hables. Estoy aquí, contigo.

¡Esos hoyuelos! Se le distendieron los músculos. Ahora podría descansar... Pero se encontró luchando contra aquella lasitud. ¡Tenía que saber un poco más!

—¿Es... toy en mi... casa?

—Sí. Pero quedate tranquilo, ¿eh?

—¿Cómo fue que...?

—Llamé para saber de ti, y ellos me dijeron que te habían traído. Vine enseguida... Por suerte estás bien. Tratá de dormir, ahora, que yo me quedo a cuidarte, ¿sabés? —y volvió a sonreírle.

A EL LE temblaban los labios al preguntarle:
—¿Ya supiste lo de...?

Ella inclinó la cabeza. Sus ojos relucían, como húmedos.

—Sí... ¡Qué pena!... ¡Lo siento tanto! —susurró—. Pero hacé lo posible por no pensar en eso por ahora. Necesitás calmarte para que te puedas recuperar, ¿sabés?

Juan Carlos pugnó por incorporarse.

—¡Pero tengo que...!

Con suave presión de ambas manos, Virginia lo obligó a recostarse de nuevo.

—Descansá ahora. ¡Te prometo que luego trabajaremos juntos para resolver esto! El responsable lo va a pagar. Pero ahora dormite, ¿eh?

El apretó los finos dedos que anidaban en los suyos.

—¿No te vas... a ir? —preguntó quedamente.

—De acá no me muevo —le dijo ella al oído—. Cerrá los ojos, ¿sí?

Al fin le llegó el sueño; pero no así el reposo, hasta tanto no desapareció la visión del ancho rostro de Mendoza, su sonrisa sarcástica y el diente de oro..., brillante como un pequeño sol malévolo.

L O ESENCIAL —dijo— es mantenerse frío y razonar como corresponde. Igual que si se tratase de un caso de tantos... Eliminando el factor personal, ¿entendés? ¡Aunque Dios sabe que me cuesta como el diablo hacer eso!

Caminaba nerviosamente en torno de la chica. Ella se limitaba a girar la cabeza, siguiéndolo con su clara mirada. Tenía que reconocer, se dijo, que ese muchachote alto, tozudo y simplón se había convertido en algo muy importante en su vida. Y si ahora estaba empeñado en resolver solo este endiablado asunto, a ella le correspondía ayudarle en lo que pudiese, aun cuando la empresa llegase a antojársele quimérica, quijotesca y/o utópica...

—Nadie te va a criticar si subjetivizás un poco en función de tus sentimientos personales —interpuso suavemente—. ¡Se trata de tu padre!

El agitó una mano, manteniendo la otra en el bolsillo.

—¡Ya lo sé, ya lo sé! ¡Pero tengo que llegar a verlo sólo como... otra víctima, junto a Lucy García, Di Reggia, Raskowsky y... Farrazzini.

—¿Estás seguro de que...? ¡Porque Callaza dijo...!

—¡Estupideces! —Luego del descanso se había levantado en evidente estado de exaltación; pero rechazó enérgicamente la sugestión de Virginia en cuanto a tomar un sedante—. ¡Ni el mismo Callaza se lo cree! ¡Vaya! ¡El asesino, arrepentido de sus crímenes, se suicida! ¡El perfecto final! ¡Como para que la policía se quede tranquila y con la satisfacción del deber cumplido! No, nena..., ¡ésa no me la trago! ¡A Farrazzini “lo suicidaron”, más bien! —Sus ademanes eran vehementes, irreprimibles; no obstante, ella notó, complacida, que Juan Carlos se esforzaba por contenerse.

—PERO LO que escribió tu padre... ¡Ay, perdoname! Me imagino cómo te tiene que afectar el hablar de estas cosas...

—¡No, no! Es justo así como tenemos que encararlo: imparcialmente. ¿Te referías a esas dos letras que logró escribir mi padre —aspiró con fuerza antes de acabar la oración— con su propia sangre sobre el suelo?

Ella asintió con el gesto. Delicadamente:

—“Efe-a” —observó—. ¡Bien pudieron ser las dos primeras letras del apellido del Secretario! ¡Fa-rrazzini!

—¿Una acusación póstuma? ¡No, nena! ¡Eso es cosa de película!

Se había tumbado en un sillón. El sol mañanero se filtraba a través de los visillos de la ventana, suavizándole los rasgos y arrancando móviles destellos de sus lentes. A los ojos de Virginia, la frente de él aparecía casi traslúcida. Ella habría jurado que podía ver las circunvoluciones cerebrales contrayéndose y expandiéndose alternativamente, al ritmo de los convulsionados pensamientos del detective.

—¿Entonces opinás que está todo... fabricado? —preguntó, a fin de ayudarle a dar forma a sus ideas—. ¿El verdadero asesino pretende hacernos creer en una farsa? ¿Mató a... tu padre, luego a Farrazzini, y preparó todo para que se pensara en...?

—No. —Juan Carlos sacudió un dedo—. No todo: creo que mi padre de veras trató de escribir algún mensaje. ¡Pero no necesariamente “Farrazzini”!

Dos arruguitas verticales plegaron la frente de Virginia.

—¿Qué pudo ser, entonces? ¿Qué iba a querer avisarnos, fuera del nombre del asesino?

—¡PUES AHI está la cosa! —La palma de Juan Carlos azotó el brazo del sillón—.
¡No tengo la menor idea! Pero, sea lo que fuere que intentó transmitir, de algo
sí estoy seguro: es fundamental para llegar a la verdad. Ya te dije: ¡cuando mi padre trabaja en
un crimen, no hace nada sin una razón de peso!

Terminó de hablar y se quedó respirando con marcada agitación. Virginia hubiese deseado
tomarle una mano, al menos; pero comprendió que cualquier toque de su parte podría
interferir con el desarrollo del proceso natural por el que Juan Carlos estaba transitando.

—Vamos a ver —continuó diciendo él, al cabo de la pausa—. Examinemos todo desde el
comienzo. Podría haber algún detalle que se nos haya escapado... ¡Repasaremos todo punto
por punto, si es preciso!

—De acuerdo —aceptó la joven—. Estoy contigo.

—Lucy García —indicó él—, para empezar. ¿De veras hemos tomado en cuenta como
corresponde todo lo relativo a ella? Volvó a decirme lo que sabés de la muchacha..., como si
nunca me lo hubieses mencionado antes.

—Ya entiendo —dijo Virginia—. Es un método de investigación, ¿verdad?

—El único eficaz —afirmó Juan Carlos—. ¡No creas en esas paparruchas de Agatha
Christie o Conan Doyle! No hay supermentes ni deducciones apabullantes: todo se reduce a
paciencia, constancia, sentido de la oportunidad, retentiva y..., sí, también algo de
imaginación. ¡La verdad puede estar ahí nomás, esperando a que veamos lo obvio a través de
cualquier cortina de humo que se nos tienda, o que nos tendamos solos!

—BIEN —repuso ella—. Sabemos de Lucy que era retraída e insegura. Que tenía
problemas de relación y que además necesitaba confirmar su identidad. Por sus
confidencias pude averiguar, también, que buscaba un modelo de conducta —de ahí su intento
en emular a la exitosa Esmeralda Capurro—, pero no disponía de las herramientas psíquicas
necesarias para interpretar cabalmente ese deseo suyo de mimetización...

—Y hay algo más —intervino Juan Carlos, cortando el fárrago de tecnicismos—, y a mi
juicio de la máxima importancia... ¿No hablabas de la posibilidad de alguna experiencia
traumática en su pasado?

Virginia ladeó un poco la cabeza, levemente desorientada ante las palabras de él.

—Sí —admitió—, pero ya te expliqué, también, que desde el punto de vista de la terapia
conductista el pasado se deja un poco de lado, para concentrarnos en el *aquí* y en el *de aquí en
más*. Yo le prescribí ciertas normas para que...

—¡Exacto! —exclamó Juan Carlos, inconsciente de las pequeñas laceraciones que su impetuosidad causaba en ella—. Y vos misma reconociste que tenías motivos personales para no razonar en ese tema con la debida claridad... No, me rectifico: debí decir “objetividad”. ¡Porque, precisamente, empiezo a ver que en este caso existe una influencia muy marcada del *pasado!*

—¿CÓMO es eso? —Virginia entornó los ojos—. ¿Qué querés decir?
—Di Reggia, por ejemplo —dijo el detective—. ¿No se valió de un suceso del pasado de Lucy para dominarla? ¡Incluso es posible que la haya hipnotizado para lograr sus propósitos!

—¡Eso no pasa de conjetura! —protestó la muchacha.

—Pero es una conjetura plausible... Tú misma dijiste que él con seguridad debió enterarse de algún secreto..., ¡que tal vez le habría arrancado a Lucy la clave de la identidad del asesino!

—Eso lo dijiste tú, no yo. Además, en aquellos momentos yo estaba nerviosa..., confundida. ¡No discurría con la objetividad que ahora nos estamos trazando como norma!

—Sin embargo, yo creo que dimos en el clavo. —Alzó una mano, para detener cualquier objeción de parte de ella—. ¡Esperá! Supongamos que en verdad *había* algo oculto en el pasado de Lucy. Ya te lo fundamento: ¿sabías que estaba embarazada?

VIRGINIA abrió los ojos, sorprendida. Luego se reflejó una sombra acongojada en ellos.

—No sabía, no... ¡Qué pena! Pero eso no tiene nada que...

—¿Y sabías que usaba lentillas de contacto..., oscuras?

—¿Eh?

—¡Sobre unos preciosos ojos celestes! ¿Por qué?

Ella meneó la cabeza, totalmente desorientada.

—¡No tenía ni idea de que...! No me lo explico... ¿Es decir que Lucy...?

—*¡Alteraba deliberadamente su aspecto, sí!* Tenía cabellos naturalmente castaños y ojos azules... Todo eso está en el informe de la autopsia, que nos facilitó Callaza —dijo Juan Carlos, empleando sus anteojos para reforzar los puntos de interés—. Pero en el pelo había señales de antiguos teñidos..., ¡justamente lo que a ti te pareció, en tiempo más recientes, que a ella le *repugnaba* hacer!

Virginia sintió que la piel de los brazos se le erizaba.

—Sí..., ¡qué extraño! —musitó—

—Y hay un detalle más, que sacó a luz el examen forense... Algo que tuve oportunidad de leer en el dichoso informe, igual que mi padre; pero, como estábamos más interesados en el embarazo, y en los ositos de felpa, lo absorbimos sin prestarle atención: ¡Lucy tenía *una vieja cicatriz* junto a la herida mortal del asesino!

LA JOVEN se retorció las manos. Se le habían puesto muy grandes los ojos, y los labios muy pálidos.

—¿Y qué significa...?

—¡*Pasado!* —lanzó Juan Carlos—. Otra vez pasado. No sé aún cómo se relaciona una cosa con la otra, pero ya ves cómo el pasado surge una y otra vez, obsesionante... ¡Y no fuiste tú la única en descuidarlo!

—Entiendo —dijo ella—. ¡Todos pasamos por alto lo evidente!

—¡No todos! —replicó él, con cierto acento ufano.

—¿Cómo?

—Mi padre estuvo llamando anoche a Punta Azul, su vieja demarcación. ¡Eso también se refiere al pasado! Y...

SUBITAMENTE saltó en pie, con una exclamación casi feroz. Virginia lo contemplaba anonadada.

—¡Estúpido! —gritó el detective, y se golpeó el pecho—. ¡Aturdido! ¿Cómo demonios no me di cuenta antes? ¡Mongólico de mí!

—¿Qué es lo que te pasa? ¡Juan Carlos, por Dios! ¿Qué...?

El contuvo con impaciencia los intentos de la chica por serenarlo. Febril, apretó las delgadas muñecas de ella hasta hacerla gemir de dolor.

—¿Pero no lo ves? ¿No está claro como el agua?... ¡Callaza! —voceó—. ¡Hay que llamarlo enseguida! ¡No! ¡Mejor ir para allá en persona!

Se arrojó hacia el perchero, tomó el saco y se lo fue colocando al mismo tiempo que salía como una flecha en dirección de la puerta. Torció el cuello para gritarle a Virginia, por encima del hombro:

—¿Venís o te quedás ahí parada? ¡Creo que estamos a un paso de averiguarlo todo!

13. GENS DE MÉTIER

¿CÓMO funciona la mente de un asesino?
¿Qué tenebrosos instintos disparan los resortes que lo impulsan a alzarse por encima de normas jurídicas y principios éticos, sin parar mientes en el juicio de la Sociedad o aun en el hipotético Castigo del Cielo?

¿Perversidad congénita? ¿Deficiencia mental..., o psicosis? ¿O bien, como sostuvieron entre otros De Sade, Dostoievsky, Graham Greene y Colin Wilson, el simple hastío? “La mente humana”, escribió este último autor en la introducción a su *Enciclopedia del Crimen*, “llega a alcanzar un cierto límite de tedio e indiferencia, más allá del cual no puede ya reaccionar ante el estímulo del placer, pero sí ante el dolor y la desgracia...” ¿Es el asesino un ser hasta tal punto hastiado de lo cotidiano, que sólo halla solaz en la violencia letal?

Preguntas de este tipo han perturbado durante siglos a los más encumbrados intelectos de cada generación sucesiva; no obstante, los delitos de sangre continúan perpetrándose, sin que la interpretación o dilucidación definitiva en cuanto al peculiar proceso mental que desemboca en tales aberraciones antisociales haya podido vislumbrarse siquiera. El asesinato parecería inherente a las sociedades humanas, sea cual fuere su grado de civilización. Incluso aparece en porcentajes más altos cuanto más elevados demuestran ser, precisamente, la cultura y el avance tecnológico. Entre tanto, los estudiosos siguen devanándose los sesos, aunque la respuesta que buscan se empeña en eludirlos.

JUAN Carlos distaba de ser un lucubrador. Hombre práctico al cien por cien, no generalizaba, de manera que ni rozaba su mente otra interrogante que no fuese la

singular y concreta de: “¿Quién fue el desgraciado que ultimó a mi padre?”, combinada con una inquietud anexa e indivisible: cómo ponerlo al descubierto, a fin de que la ley ejerciese su sanción.

Cuando empujó la puerta del comandante de la División Homicidios, con Virginia Linares a la zaga, venía a paso de carga; muy posiblemente aquel empujón pecara de vigor excesivo.

La hoja de la puerta dio con violencia contra el muro adyacente, y el comisario Callaza pegó un respingo, con el resultado de salpicar en derredor parte del té que contenía su taza.

—¡Epa! —protestó—. ¿Qué es esto, el malón?

—Perdone, Callaza. —Juan Carlos se plantó ante él, las palmas sobre el escritorio, los anteojos a pocos centímetros de la nariz del jerarca de Homicidios—. Se trata de mi padre. ¡Quiero...!

Callaza se levantó y puso las manos en los brazos del exaltado joven. Creía saber cuál era el demonio que soplaba su aliento incandescente en los talones de Juan Carlos Dorteros, así que se anticipó:

—¡No te preocupes, botija! Voy a intervenir en tu favor, ¿sabés? ¡En menos de veinticuatro horas podrás disponer de los restos! Todos queremos que el querido amigo descansa en paz, que bien se lo merece... ¡Ah, señorita Linares! ¿Cómo está? ¡Veo que nos cuidó bien al muchacho! Me alegra verlo tan repues...

Pero se detuvo. Juan Carlos sacudía la cabeza y agitaba las manos.

—¡No, comisario, no! —dijo—. ¡No vine por eso! Le agradezco sus buenas intenciones, y sé bien cómo apreciaba a papá, y también que el de ustedes era un sentimiento mutuo... ¡Pero no son las exequias lo que me preocupa ahora!

—¿N-no? —Callaza miró a la chica, con desconcertado parpadeo.

—¡Quiero saber a quién llamó mi padre antes de que lo mataran! —exclamó Juan Carlos—. Me parece que usted mencionó algo relativo a...

—¡Ah, sí! —repuso Callaza—. Llamó a Punta Azul, al actual comisario de la zona, Murúa, que es amigo de él y mío, y pidió un “fax” de...

—¡Ahí está! ¡Ahí está! —Juan Carlos levantó la voz en un casi alarido triunfante, que provocó una mirada interrogativa de Callaza a Virginia, con un meneo desmayado de cabeza por parte de ella, a modo de respuesta—. ¡Eso es! ¿Pero no lo ven? ¿No se dan cuenta?

C ALLAZA suspiró interiormente. Había presenciado infinidad de casos semejantes... La muerte repentina de un ser querido suele inducir esos estados de euforia, secuela de la

depresión inicial ante la tragedia irreparable. Con suavidad, tiró de un brazo del joven detective, para obligarlo a acercarse a una silla.

—Vamos por partes, ¿eh? —sugirió, en tono calmoso—. Sentate, y hablamos de todo eso... ¿No se toman un tecito, muchachos? Digo, porque yo el café ya ni lo pruebo. Si gustan...

—¡“Fax”! —persistió Juan Carlos, pugnando por vencer la resistencia de Callaza, quien a su vez se empeñaba en mantenerlo pegado a la silla—. ¡Empieza por las letras “F-A”! ¡Eso era lo que trataba de escribir mi padre cuando...!

La frente del comisario onduló en marea ascendente de arrugas.

—¿Eh? ¿“Fax”..., no “Farrazzini”?

—¡Exacto! No denunciaba a ningún asesino...; ¡nos decía que la clave estaba en el “fax” que Murúa le mandó! ¡Vamos, Callaza! ¿Qué sabe de eso, por amor de Dios?

Callaza se sintió como de noventa años. Los hombros perdieron su petulancia y la frente se inclinó hacia tierra. Sus dientes sintéticos hirieron un labio insensible.

—No me dijo nada —masculló—. ¡Ni se me ocurrió preguntarle!

—¡Pero podemos llamar a Murúa nosotros! —apremió Juan Carlos. Inconsciente de ello, sacudía sin miramientos a su maduro interlocutor—. ¡Con seguridad que papá se llevó el “fax” para exhibirlo ante el asesino, y a estas alturas éste lo habrá destruido! ¡Hay que pedirle un duplicado a Murúa!

Un rato después, merced al prodigio tecnológico, amén de la buena disposición del tal Murúa, obtenían un documento similar al que la noche previa recibiera Dorteros.

Virginia palideció, expectante. A Juan Carlos le temblaban los dedos al sostener el papel ante sus ojos. Callaza entornó los suyos, signo en él de excitación contenida.

—¡El degollador de San Fernando! —murmuró el joven investigador—. ¡Conque eso era!

—Más de una vez comentamos el caso —dijo Callaza—. Fue hace como diez o doce años, en la ciudad de San Fernando, más a o menos a unos ocho kilómetros de Punta Azul... ¡Y jamás se aclaró!

—N UNCA lo había oído mencionar —terció Virginia—. ¿Se trata de algún psicópata homicida?

—Tuvo todas las características —explicó el comisario—. Víctimas aparentemente desvinculadas entre sí..., ausencia de motivaciones plausibles... ¡La única característica común a todas las mujeres asesinadas eran sus *cabellos rubios*! A lo que parecía, el criminal alentaba una especie de fobia contra las mujeres rubias...

—¿Y ustedes creen que quien haya matado a Lucy...?

—¡Hay algo más que eso, Virginia! —cortó Juan Carlos, con tumultuoso chispear de las grises pupilas—. ¡El viejo tenía una teoría propia sobre el caso..., y estaba estudiando la forma de comprobarla!

—¿De veras? —Callaza se tentó la calva con la yema de un dedo—. ¡Nunca me habló de eso!

—Era como un “hobby” suyo: ponerse a estudiar y clasificar casos sin resolver, de preferencia raros y complejos. Formó todo un archivo, y hasta creo que tenía pensado escribir un libro sobre ese material; pero lo dejó al retirarse. ¡Creo que estaba muy resentido por la jubilación forzosa que le impusieron!... Tanto es así, que abandonó todo el material en Punta Azul, al cuidado de su sustituto.

—Pero, en fin —interrumpió Callaza, no sin cierta impaciencia—, ¿en qué consistía esa dichosa teoría suya?

—Bueno —repuso Juan Carlos—, a decir verdad no llegamos a discutirla en detalle... Pero supongo que lo esencial radicaba en que papá no creyó nunca en la hipótesis del psicópata criminal... Es decir —agregó, frenando la protesta latente en Virginia—, aun si se considera que todo asesino es, en mayor o menor grado, mentalmente anormal, éste no lo era en el sentido de salir a “correr el amok”, o sea matar *indiscriminadamente*. ¡Por el contrario, él se atenía a un plan trazado con suma astucia!

C ALLAZA asintió con la cabeza, en ademán de entendimiento.

—Ya veo —dijo—: A, B, C, D, E..., ¡pero el blanco es sólo uno de ellos!

—¡Justamente! —aprobó Juan Carlos—. Como decía Ellery Queen, “el gato de muchas colas”... Aclaro que yo no creía que algo así pudiese ocurrir en la vida real; pero evidentemente mi padre sí.

Virginia volvía la vista de uno a otro de los hombres, tal como si disputasen un partido de tenis, en vez de dialogar. Sentía que estaba perdiéndose irremisiblemente en un dédalo de sobrentendidos al que no estaba a su alcance ingresar. ¡Y ella necesitaba comprender!

El clima le resultaba casi asfixiante en el reducido despacho de Callaza. No había ventanas ni ventilación, y la fuerte luz del techo despedía ondas de sofocante calor. Desde los muros, cuya pintura se desprendía a trozos, la miraban siniestros semblantes criminales. Unos cuantos de ellos, notó la chica, ya amarilleaban. Sin duda aquellos requeridos se las habrían compuesto para hurtarle el cuerpo al Largo Brazo por más tiempo del que el pudor social prescribe... Viejos archiveros, rebosantes de fichas celestes y rosadas, henchían sus senos metálicos con la quintaesencia de la sevicia humana. Era un mundo extraño y hostil para la

psicóloga, quien de buena gana habría salido a escape de allí. La retenía, empero, el afán de llegar al fondo de aquel enigma... y conocer la identidad del asesino.

Ellos habían hablado de “A, B, C...” en forma misteriosa; también mencionaron, recordó, al novelista Ellery Queen (*), del cual (a pesar de no haber leído ninguno de sus libros), había oído decir que se le consideraba uno de los maestros del enigma criminal en literatura, pintoresco además por tratarse de un personaje ficticio, un seudónimo que compartían dos autores, primos entre sí, o cosa por el estilo, amén del nombre del protagonista de las novelas... ¿Pero cómo se relacionaba todo eso con la muerte de la desdichada Lucy García? Virginia no era aficionada a los relatos policíacos, ni tenía noticia, por otra parte, de que Juan Carlos lo fuese.

Se interpuso entre los dos investigadores. ¡Una lástima si con ello interrumpía el flujo de alguna brillante corriente de razonamientos! Pero le era imperativo participar. ¡No podía consentir que se la marginase!

—¿QUIEREN explicarme de qué cuernos hablan? —profirió, encendidas las mejillas—. ¿Qué es esa jerigonza del abecé y de Ellery Queen? ¿Qué tiene que ver con el asesino que buscamos?

—La chica tiene razón —admitió Callaza, pasado el sobresalto provocado por la explosión de la resentida jovencita—. Nos estamos olvidando de las buenas maneras... Perdone, por favor, Virginia: ¡lo que pasa es que su novio y yo nos comprendemos a la perfección!

El rubor de ella se acentuó.

—No es mi novio —aclaró—; pero vayamos a lo que importa. No se trata de simple curiosidad femenina, créame, comisario: es que me siento responsable por Lucy, que fue mi paciente, y además lamenté muchísimo lo del papá de Juan Carlos, un señor tan bien... ¡Déjeme tomar parte en la búsqueda!

Luego de que se hubieron sentado, a indicación de Callaza (cuya permanente

(*) Seudónimo adoptado por una pareja de célebres escritores del género policial, Frederick Dannay y Manfred B. Lee, creadores de una serie de novelas protagonizadas por el detective “Ellery Queen”.

hosquedad parecía evaporarse ante la presencia de la agraciada psicóloga) y de que el comisario hubo mandado traer sendas tazas de té, Virginia fue reivindicada.

—PARA ponerla al corriente —comenzó Callaza—, lo que consideramos con Juan Carlos era la posibilidad de que los famosos crímenes de “El Degollador de San Fernando”, perpetrados unos doce años atrás, e investigados extraoficialmente por nuestro querido e infortunado amigo Dorteros, no hubiesen sido obra de un psicópata que “corriera el amok” (como decía hace un ratito Juan Carlos), sino, por el contrario, de alguien que se hubiese propuesto hacernos pensar eso... con toda deliberación.

—¿Con el objeto de confundir a los investigadores?

—¡Exactamente, señorita! Para ponérselo más claro: X (nuestro criminal anónimo), desea matar al señor C, digamos que para heredarlo. Dado que, de cometer ese homicidio sin más ni más, automáticamente se convertiría en el sospechoso más lógico...

—Y, a diferencia de lo que dicen las novelas —intervino Juan Carlos—, en el más probable culposo...

—...entonces —prosiguió Callaza—, y supuesto que carezca de escrúpulos morales, el tal X procede a liquidar a A y B (dos perfectos extraños, por completo ajenos al conflicto); luego asesina a C, que es el único con quien podría relacionársele y despertaría, en consecuencia, las sospechas de los investigadores. A fin de evitar que tales sospechas tomen entidad, X selecciona otras víctimas al azar: D, E, F... y cuantas más se atreva, o se vea impulsado, a sumar a su macabra lista. ¡Es ni más ni menos que un método para desviar las sospechas hacia “persona o personas desconocidas”, como suele decirse!

—¡Y mejor todavía —añadió Juan Carlos—, si cuenta con la imaginación suficiente para aderezar sus crímenes con algún detalle exótico..., como podría ser extremo sadismo, insinuación de cualquier clase de fobia... o incluso predilección por las rubias!

—¡Horrible! —Virginia se estremeció.

—PUES para los novelistas, como Ellery Queen, resulta fascinante material narrativo —dijo Juan Carlos—. ¡Claro que cuesta concebir que algo así pueda suceder en la vida cotidiana!

—Sin embargo —manifestó el comisario—, existen ejemplos bien documentados, que le pondrían los pelos de punta a la señorita, si se los detallase...

Se hizo silencio. Callaza lanzó una seña a Virginia, ofreciéndole más té, y ella asintió sin pronunciar palabra. Juan Carlos soplaba sobre su segunda taza, al tiempo que observaba las reacciones de la muchacha con aire especulativo. Si alguien quiere inmiscuirse en el mundo

criminal, se dijo, tiene que pagar “derecho de piso”. ¡Ya se acostumbraría ella..., o bien los dejaría ocuparse a ellos dos de todo, como correspondía!

De pronto la mirada inquisitiva de Virginia le pesó en la cara, y estuvo a punto de ceder al rubor. Bajó la vista y fingió revolver abstraídamente con la cucharilla, como si acabase de azucarar el té.

—Ahora que ya poseo los *fundamentos* —dijo la joven, con cierta aspereza de tono, en tanto no dejaba de mirar a Juan Carlos—, ¿me pueden decir, concretamente, si lo que ustedes piensan es que el caso que ahora nos ocupa entra en la categoría a la que se hizo referencia?

—No —respondió Callaza—. Aquí no existe el... patrón vinculante. Una chica insignificante, con afanes de notoriedad..., un psicoterapeuta que extorsionaba a sus pacientes..., un individuo extraño, de tendencias semiparanoicas... —El comisario meneó la cabeza—. No, no encuentro ninguna conexión entre esos crímenes que justifique el pensar...

—Se olvida de mencionar los otros dos, Callaza —apuntó Juan Carlos, con estudiada frialdad—. Un... comisario de policía retirado, y un funcionario público con grado de Secretario. ¡Los cuales tienen todavía menos conexión con los demás, al menos a primera vista!...

VIRGINIA alzó una mano. Tenía los ojos semicerrados, como Juan Carlos jamás se los viera. Parecía sumamente concentrada en su razonamiento.

—¡Un momento! —exclamó—. Si dejamos aparte por ahora a esos dos últimos, me parece que *sí* existe una relación entre los otros.

—¡Claro! —saltó Juan Carlos, algo desdeñoso—. Las heridas son todas de arma blanca. ¡Pero eso ya se sabía!

—No hablaba de las heridas —replicó ella—. Es otra cosa: ¡todos esos crímenes, de un modo u otro, tienen que ver con *mujeres rubias!*

LOS OJOS del joven detective privado relucieron a través de las gafas.

—¡Bien observado! —aplaudió—. Lucy García, con peluca rubia...

—...¡Que el asesino intentó quitarle! —completó Callaza.

—Luciano Di Reggia —siguió Juan Carlos—, que tenía obsesión con las rubias..., ¿y quizás murió por esa causa?

—¡Y Raskowsky —terció Virginia, excitadamente—, que estaba cautivado por Esmeralda, una rubia seductora! ¿Lo habrán matado... para castigarlo por eso?

Callaza se inclinó sobre el escritorio, ante el cual se hallaba sentado. Sus puños reposaron sobre la madera, fuertemente apretados.

—Y... el Degollador de San Fernando —silabeó con lentitud—, sólo mató... mujeres rubias.

Se miraron, con ojos brillantes.

—¡Al parecer, todo concuerda! —concluyó Juan Carlos. Enseguida, en tono bastante menos entusiasta, añadió—: A menos que todo sea una artimaña del criminal..., ¡para inducirnos a creer precisamente en lo que no es cierto!

Virginia sintió que el ánimo se le venía al suelo.

La mentalidad criminal le estaba resultando demasiado compleja para su salud mental.

14. EL DISCURSO DEL METODO

LA MENTALIDAD criminal, en efecto, suele presentar características inextricables, aun para sí misma. Es dudoso que un criminal se someta por su gusto al espinoso trance del autoexamen: antes bien, hará uso de cuanto subterfugio halle a su alcance con tal de evitar cualquier introspección que amenace poner de manifiesto ante su conciencia los limosos estratos en que arraigan sus impulsos homicidas.

Alguien ha dicho que en un criminal, y especialmente en un asesino, la cualidad predominante es el salvajismo. La catexia liberada de trabas inhibitorias, habría dictaminado

el Dr. Freud, enturbia la visión interior del sujeto, que acaba por no percibir sino aquello en que espera encontrar fuentes inagotables de placer compensatorio. Tal *ersatz* llega a constituirse en su único objetivo y, en su obsesiva persecución del mismo, pierde de vista toda sombra de escrúpulo o remordimiento.

Claro que ésta es tan sólo una teoría, entre las muchas que podrían formularse con pareja plausibilidad.

La verdad es que los asesinos son misterios ambulantes.

Los detectives, por su parte, consagran su existencia a desentrañar misterios, aunque las más de las veces sólo alcanzan a descorrer los velos superficiales del Gran Arcano: Quién, Cómo y Por Qué (sin que este “por qué” llegue a trascender las facetas más simplistas del enigma).

“Mató por celos”, suele sentenciarse; o bien: “Su odio lo impulsó al crimen” (o “su codicia”, o “su delirio”, según los casos). ¡Cáscaras, nada más! La fina epidermis que está al alcance de la percepción humana. Pero las negras simas inferiores permanecen aún inexploradas.

Y quizás sea preferible así.

NUESTRO Juan Carlos ni siquiera soñaba en acometer la riesgosa empresa de hollar aquellos Báratros de malevolencia. Su pragmática concepción del deber quedaría satisfecha sin necesidad de irrumpir en cotos reservados a los filósofos.

El comisario Callaza, en cambio, era proclive a una mayor profundización de conceptos. El intentaba penetrar, a través de los indicios captados entre la urdimbre de acciones y palabras, en las motivaciones íntimas del delincuente. Su larga relación con el asesino profesional Luigi Gazzara (*), años atrás, constituía un claro ejemplo de ello, aun cuando sus buenos propósitos hubieran de naufragar, finalmente, en un piélago de confusiones e interrogantes sin respuesta. Tal había sido, al menos, el Callaza de los buenos tiempos.

Hoy, el cabeza de la División Homicidios se había convertido en un ser amargo y retraído, que se contentaba con atenerse a la finalidad estrictamente burocrática: ya no anidaban en él los afanes especulativos de otrora. Por eso, y a pesar del costado personal que el asesinato de su entrañable amigo Dorteros confería a este caso en particular, Callaza sabía, en su fuero íntimo, que habría de corresponderle al joven Juan Carlos, a la postre, concluir aquel trabajo.

Se resignaba, pues, a su papel semipasivo, sentado ante el escritorio, en tanto el enérgico Detective Privado (¡ni más ni menos que en las novelitas de bolsillo!) deambulaba en su torno, barajando ágilmente ideas, conceptos, proposiciones... Por otro lado, debió reconocer el

comisario, y no sin algún dejo melancólico, no todo era cuestión de juventud, sino esencialmente de estructuras mentales. El no había pertenecido jamás al grupo de los “creativos”, ni aun en los comienzos de su carrera. Era perro viejo en cuestión de homicidios comunes y corrientes, sí; pero un plan maquiavélico, urdido con toda frialdad —como aparentaba ser éste—, resultaba un bocado demasiado duro para sus dientes de sabueso sin *pedigree*.

—ES CUESTIÓN de examinarlo todo a fondo —afirmó Juan Carlos—, bajo la lupa del razonamiento minucioso. ¡Tal vez la solución dependa de ese dato, aparentemente insignificante, que acaso todos pasamos por alto!

—¿Como por ejemplo...? —inquirió Callaza.

—El *ingreso* al local —repuso el joven investigador, sacudiendo ante él la matraca insonora de sus sufridos anteojos—. ¿Quiénes disponían de llaves?

—El Director —consignó prontamente Callaza—, o sea el doctor Quintana; Farrazzini, el Secretario, y...

—...Por supuesto, Hilario Puentes, el sereno —completó Juan Carlos—. Esto es, claro..., oficialmente.

—¿Oficialmente? —Virginia lo miró extrañada.

(*) Asesino a sueldo, personaje protagónico de la ya citada novela “Mi trabajo es el crimen”.

—Seguro que Quintana le facilitaría un duplicado a cada amiguita de turno... A propósito —el joven dirigió una sonrisa cáustica al comisario—, la agencia “MAGA” le ha hecho un servicio gratis a su personal, Callaza.

El calvo policía cedió a una cómica expresión de curiosidad. ¿Un servicio gratis..., a la División Homicidios?, pensó. ¿Con qué se iba a salir ahora el jovencito éste?

¡ALGUIEN venía detrás de él!
Fingió ensimismarse en la contemplación de un escaparate, aunque en realidad tenía la vista enfocada hacia las profundidades del cristal, allí donde pululaban los reveladores reflejos... ¡Ahora estaba seguro!

El tipo intentó volverse atrás, al recelar tardíamente la emboscada, pero Quintana ya lo había sorprendido. Era el mismo de la vez anterior, observó.

—¡Malditos “azules”! —profirió entre dientes—. ¡Se la tomaron conmigo, los muy...!

Conteniendo el impulso de secarse la frente —un ademán que en los últimos tiempos amenazaba con convertirse en hábito—, continuó su camino de la forma más natural posible. Había llevado una conducta irreprochable por varias semanas. ¡Que se gastase nomás las suelas el “botones” ése! Iba a tener que volverse con un palmo de narices, sin ningún reporte jugoso que llevarle a su jefe. ¡Ni siquiera una visita a Esmeralda, cuyas llamadas había venido ignorando consecuentemente! Y a propósito, cuando todo hubiese pasado, debía pensar en lo más conveniente respecto a la chica en cuestión. ¡Demasiado posesiva para su tranquilidad! Demasiado... ¡Pero todo en este asunto infernal era “demasiado” algo! Se le estaban destrozando los nervios, reconoció, angustiado.

Todos sus poros le gritaban que girase el cuello, pero él se las compuso, con titánico esfuerzo de voluntad, para seguir mirando al frente, aunque la inquietante presencia del perseguidor se le colgaba de las espaldas como un fardo moral.

—Despacio —murmuró, para sí mismo—. Un paso..., otro. ¡Tranquilo! No tienen nada concreto en mi contra. ¡No me pueden acusar! Un paso más..., otro, otro... ¡Seguime cuanto quieras, “tira” del demonio! ¡No vas a conseguir nada de mí!

—¿M ANDASTE “colear” a Quintana? ¿Sospechás de él, entonces?
Juan Carlos se paró frente al comisario, apoyándose contra el escritorio. Los ojos del hombre maduro estaban pendientes de él, advirtió el joven, y tal muestra de dependencia no dejaba de lisonjearlo.

—Es sólo una cuestión de método —explicó—. Quintana está muy implicado en el asunto, por lo de los ositos de peluche y todo lo demás... De manera que lo hago seguir, aunque personalmente no crea en su culpabilidad. Me insume una erogación importante, porque significa tiempo extra para uno de mis hombres (a quien, aparte, tengo que retirar de otro caso más redituable de adulterio); pero es útil. ¡Al menos servirá para descartar a Quintana de los últimos crímenes, si es el caso!

—Ya veo —dijo Callaza—. ¡Tu colaborador te habría pasado el dato si comprobaba que Quintana se apartaba un ápice de su itinerario habitual! Es una práctica recomendable, por supuesto... Yo mismo la habría adoptado —añadió, en tanto posaba la mano sobre la rojiza calva—, si no sufriera tanto déficit de personal... ¿Pero qué voy a hacer, con esta miseria de presupuesto?

—Bien —prosiguió Juan Carlos—. Para retomar nuestra línea de procedimiento: ¿cómo entró Lucy García en la oficina aquella noche fatal, sin que Puentes se enterase? ¡Recuerden

que él declaró que creía que la que estaba trabajando en el despachito del fondo era Esmeralda Capurro!

—La puerta de atrás —intervino Virginia, con un chispeo de sus ojos sagaces—. ¡Quintana le habrá dado una llave!

—¡DIEZ puntos! —congratuló Juan Carlos—. Y Esmeralda, a su vez, se marchó antes, por la puerta del frente, mientras el sereno posiblemente estaba en el baño. Esta puerta debió estar sin llave, porque Puentes sabía que quedaba personal en la oficina y no habrá querido molestarse en cerrar dos veces en una sola noche. ¡Es hombre de evitarse excesos de trabajo!

—¿Esmeralda no tendría otra llave de la puerta trasera?

—No lo creo, Virginia. ¡Más bien me inclino a opinar que existe un único duplicado, que el buen doctor se hace devolver en cuanto corta una relación! Y, a lo que parece, Lucy habría suplantado a Esmeralda en el favor del jerarca donjuanesco...

Callaza se revolvió en su silla. Había estrías de fastidio en su voz, al observar:

—¡Nada de eso es lo que se dice novedad! Todo se vio ya en los interrogatorios. Sucede que los “azules” no somos tan inútiles como el vulgo supone, ¿te das cuenta?

—¿De manera que ya sabían lo de los ositos, también?

—Bueno... —Callaza retorció el cuello, incómodo—. Cuando vine a ocupar el puesto de Giménez, la investigación ya estaba en marcha, y no estoy seguro del punto a que habría llegado. Sin embargo, sólo sería cuestión de tiempo para que...

—¡Claro, comisario, claro! Pero no vaya a malinterpretarme, por favor: no estoy en plan de crítico. Sólo expongo un método de investigación... ¡Sin alusiones de ninguna clase! ¿Quedó claro el criterio?

Callaza se sintió como paisano en discoteca... Se enderezó en su asiento, en procura de una actitud digna, y estaba estrujándose el magín con el objeto de encontrar las frases menos desairadas para contestar, cuando lo salvó el timbre del teléfono.

SE LANZÓ hacia el tubo como si éste fuera un cucurucho de helado mágicamente surgido de las arenas del Sahara.

—¿Hola? —Al reconocer la voz que le interpelaba no consiguió disimular un mohín de contrariedad. En silencio, dirigió un gesto significativo hacia Juan Carlos y Virginia—. Sí, señora, habla él... ¿Cómo? ¡Sí, sí, ya estoy ocupándome de eso, señora, como le dije ayer! Por supuesto que entiendo lo que siente; pero comprenda usted también mi posición...

Para entonces, Juan Carlos le lanzaba señas frenéticas, que Callaza atajaba con secos ademanes negativos. ¡Menudo trabajo le estaba costando aplacar a la señora de Farrazzini, como para ponerse a contemplar, encima, los caprichos del detectivillo éste!...

—Sí, señora, sí —insistió—; le prometo que en cuanto sea posible va a disponer de los restos de su esposo; pero, como sabe, la ley exige ciertas formalidades en casos de homicidio y... ¡Un momento, por favor, señora! —Cubrió el fono con la palma y se volvió airado hacia Juan Carlos—. ¿Qué es lo que querés? ¿No podés esperar a que termine de hablar con la señora?

—¿Es la de Farrazzini, verdad?

—¡Sí, y está que vuela por...!

—¡Déjeme hablarle, por favor! ¡Nos puede dar un testimonio invalorable! ¡Fue una de las últimas personas que lo vio con vida!

—¡Oh, vamos! ¡Está muy trastornada, casi ni sabe lo que dice, y vos querés...! —Volvió a acercarse el tubo a la boca—. ¡Un segundo, señora! ¡Enseguida estoy con usted!... ¡Está bien, hablale nomás, ya que te empecinás así! —y le pasó el tubo a Juan Carlos, que seguía con la mano pertinazmente tendida.

—¿Holá? —dijo el detective al teléfono—. ¡Mucho gusto, señora! Soy un buen amigo de su difunto esposo... ¡Sentí tanto la desgracia! Pero por favor, no llore, señora... Por supuesto, sí... Sí, la entiendo. ¡Claro! ¡Cómo no recordar esos últimos momentos juntos! La comprendo bien... ¿Cómo? ¿Que quiso llamarlo y no pudo comunicar?... —De golpe se le subió el color a la cara, y apretó el tubo con tal fuerza que Callaza temió verlo partirse en dos—. ¡Repítame eso, por favor, señora! ¿Que él dejó olvidadas...? ¿Está segura? ¡Eso es importantísimo, señora! ¡No vaya a comentarlo con nadie, se lo suplico!

Agregó un puñado de conceptos más, todos estereotipados, y colgó. El fulgor de sus ojos grises era intenso. Virginia, que a estas alturas había llegado a interpretarlo bastante bien, comprendió que alguna nueva idea estaba germinándole en el cerebro. ¡Quizás lo llevase a la clave que tanto buscaban!

PERO pocos minutos después, tanto ella como el comisario debieron rendirse a la evidencia de que el peculiar joven los había relegado al olvido. Sumido en sus reflexiones, se paseaba por el despacho murmurando frases ininteligibles, aderezadas con exclamaciones esporádicas que llegaron, en ocasiones, a sobresaltar a la muchacha.

—Yo suponía que... ¡Claro que no se le encontró ninguna encima a Farrazzini, pero desde luego que yo, y seguramente la policía también, pensamos que fue el asesino quien...! ¡Así

que la hipótesis del “tercer hombre” no...! ¡Eureka! Y concuerda con lo del cierre, pero... ¡Seguro! ¡Eso tiene que ser! Y el collar... ¡Bueno, bueno! ¡Lo de Mendoza fue afortunado, después de todo, como bien dijo el viejo, pobre! ¡Hurraa!

Súbitamente, Virginia, helada de pasmo, lo vio abalanzarse sobre ella. Levantó los brazos, en ademán reflejo, para cubrirse..., pero él, exultante, la aferró por los hombros y la sacudió, para terminar apretándola contra sí, en efusivo abrazo.

—¡Ya lo tengo, psicóloga del alma mía! ¡Ahora sí que vamos a ver la luz al final del túnel, negra! ¡Eh, Callaza! ¡Oiga!

—¿Qué? ¿Te volviste loco?

—¡Un dato! ¡Sólo eso necesito de usted, viejo! ¿Decía que tomaron interrogatorios a todo el mundo? ¡Entonces dígame si Farrazzini, en su carácter de Secretario, tenía a su cargo el control del personal!

—¿Si llevaba la cuenta de entradas y salidas? —Callaza miraba a Juan Carlos como a un tripulante de OVNI—. Sí, era uno de sus cometidos. ¡Fue lo primero que le preguntamos! Pero, ¿qué cuernos tiene eso que ver con...?

—¡Lotería! ¡Basta para mí! —rió Juan Carlos—. ¡Ya tengo la última pieza del puzzle!

15. FACETAS CRIMINALES

TAL COMO la bestia selvática, cuyos ávidos ojos fosforecen en la noche tropical, posee una suerte de sexto sentido preventivo del peligro, así los asesinos presienten también la amenaza que se les aproxima, inexorable y fatal.

Comienza con una vaga ondulación en las calmas aguas de su autosuficiente convencimiento de impunidad; una especie de roce en la conciencia, que insufla el virus de la ansiedad en sus corazones.

¿Quizás hubo una falla en su plan?

¿Acaso un intelecto demasiado agudo logró penetrar a través de la grieta diminuta que algún casual olvido provocara?

...El criminal se agita dentro de su cáscara humana, como el tigre enjaulado entre los barrotes. Lo buscan: hay quien se propone castigarlo por su osadía al reírse de leyes y principios. Y se le acercan..., se le acercan más y más, ineludiblemente.

¡El asesino ya no está *seguro!*

FUE EN un relámpago: de repente lo supo con total certeza. Sería inútil intentar una definición del mecanismo desencadenado al efecto: percepción extrasensorial, telepatía, instintos básicos exacerbados ante la proximidad del peligro... Los asesinos, ya se ha dicho, son misterios humanos.

O inhumanos.

—*¡Pero Di Reggia está muerto!* —bramó, en ronca protesta interior—. *¡Raskowsky está muerto! ¡Y el maldito Dorteros y el imbécil de Farrazzini también están muertos! ¿Quién más pudo enterarse?... ¡No! ¡No es posible que lo sepan! ¡Fui muy cuidadoso!*

Segunda etapa del proceso: negación de lo obvio. Aun cuando cada fibra de su retorcido ser aullaba la advertencia, se obstinaba en negarla. Nada había pasado. Todo estaba igual. Sólo era efecto de sus nervios...: ¡algo pasajero!

Pero el jadeo le agitaba el pecho, las gotas de sudor le constelaban la frente y el labio superior y las palmas de las manos, mientras los ojos se encabritaban en el cepo de las órbitas.

Sucesivos espasmos le estremecieron los músculos. Cerúleo, tembloroso, apretó las mandíbulas hasta que los dientes rechinaron su miedo.

—*¡Necesito unas copas!* —y se sirvió, con mano vacilante, y el cuello de la botella golpeó contra el borde del vaso, salpicando gotas carmesíes.

MENDOZA tuvo apenas el tiempo suficiente para arrojar el cuerpo del delito al fondo del cajón interior del escritorio y limpiarse la boca con la manga.

—*¡Teniente!*

—*¿Sí, diga, señor?* —y se puso de pie con precipitación.

—*¿No recibió orden de presentarse a Asuntos Internos?*

—*Eee..., sí, capitán. ¡Pero es a las cinco y cuarto...; falta todavía, señor!*

Bajo la inquisitiva mirada de su joven superior, sentía como si alguien sostuviera una gran lupa entre el sol y su cráneo, tostándose con sádica deliberación. ¡Estos oficialitos de academia! Una pinturita, con el uniforme immaculado, mejillas de bebé, y desde luego la gorra en el ángulo correcto. Sin duda estaría despreciando su propio desaliño, se dijo Mendoza rencorosamente. Para un tipo como aquél, los pantalones arrugados y el cuello de la camisa orlado de negro representarían, a no dudarlo, sendos baldones en la foja de servicio... ¡Pero el tal capitancito no se había hecho en las calles, como le había pasado a él, a Mendoza! Desde los catorce salía de noche con navaja en el bolsillo. En un barrio como el de él, de haber procedido de otra forma, habría arriesgado sus magras posesiones, su virilidad y hasta el mismo pellejo. ¡Qué sabía el capitán de todo eso!

—*¿Y no tiene otros deberes hasta entonces?* —insistió el superior en tono severo—. *¡Este no es su despacho, que yo sepa!*

—*No, claro... Yo... esperaba al sargento Conducci.*

—*¿Con qué propósito?*

—Necesito unos datos de la computadora. El los archivó y...

Los ojos del capitán eran azules y duros. Y lanzaban dardos fríos, que acicateaban la cara de Mendoza. Este sintió que una gota pegajosa le resbalaba sien abajo, cosquilleándole al filtrarse por debajo del cuestionado cuello de la camisa.

¡La gran...!, pensó, asaltado por un principio de pánico que se expandía como sangre en una mota de algodón. *¡Me mira como si ya se hubiesen... enterado de todo!*

—D ISCIPLINA —dijo Juan Carlos—. *¡Sin eso no puede funcionar!*

—Veo que te tomás el trabajo muy en serio, como me había dicho tu padre...

—Me obligo constantemente a disciplinarme. *¡Es un compromiso que contraje conmigo mismo desde que decidí hacerme investigador privado!* Usted sabe cómo es esto en nuestro medio, Callaza... Para la mayoría no somos otra cosa que bufones que juegan a policías y ladrones; otros nos consideran ni más ni menos que un racimo de canallas, capaces de vender a la abuelita por unos cuantos dólares. *¡Y, lamentablemente, es posible que no les falte del todo la razón, en algún caso!* Pero habría que pensar que hay excepciones, como en toda actividad humana. *¡No es justo usar el mismo rasero para todo el mundo!*

—Estoy de acuerdo contigo. *¡También los policías, considerados como corporación, tenemos mala fama!* Pero eso no significa que no existan buenos elementos entre nosotros, a pesar de lo que pueda opinar el público... Pero decime, *¿cómo aplicás esa disciplina tuya en la investigación?*

—E MPIEZO por cubrir todos los puntos —respondió Juan Carlos—. En cuanto a los interrogatorios, tomo buena nota de cuanto me dicen las personas con las que me toca hablar, me parezca relevante o no en el momento. Luego estudio la evidencia, comparo notas... Ese sistema muchas veces arroja luz sobre detalles aparentemente oscuros.

—*¿Lo anotás delante del interrogado..., como hacen los periodistas?*

El negó con la cabeza.

—No me gusta alarmar a nadie. Memorizo, y lo escribo al llegar a la agencia.

—*¿Y no corrés el riesgo de olvidarte de algo?* —quiso saber Virginia.

—Estoy entrenado —aseguró Juan Carlos—. *¡Para eso seguí tres cursos de mnemotecnia!* Retengo todo lo esencial, quedate tranquila.

—*¿Y lo hiciste esta vez?* —preguntó el comisario.

—*¡Ajá!* —Juan Carlos se quitó las gafas de un tirón—. *¡Y ni siquiera necesito repasar mis apuntes!...* Pero esto es sólo el primer paso, claro.

—¿Ah, sí?

—Falta demostrarlo. Para lo cual se precisan pruebas.

—¿Y cómo te proponés conseguirlas?

—A tal efecto —replicó el joven detective, blandiendo los plegados anteojos frente al comisario—, voy a abusar de su tolerancia, amigo Callaza.

E SMERALDA se volvió en el último instante.

Se le agrandaron los ojos, y ya la carnosa boca adquiría la forma del grito, cuando la mano enguantada de negro, con bastante rudeza, abortó aquel reflejo.

—¡Silencio! —ordenó una voz enronquecida por la tensión.

Era la primera vez que a ella le tocaba verse envuelta en una situación así, sin saber a ciencia cierta qué esperar. Entonces conoció una nueva categoría de temor..., ese que embota las ideas y paraliza los músculos, en tanto acelera el pulsar de las venas hasta el frenesí.

Pero no duró mucho. La mano se aflojó lentamente y el brazo que la ceñía por el cuello la dejó en libertad.

Reaccionó con furia, aunque no se atrevió a alzarle la voz:

—¿Te volviste loco? ¡Entrar así, como un asaltante, y estrangularme a lo bestia para...!

—Si te dejaba gritar se enteraba medio edificio... ¡Y ya bastante me costó sacudirme al maldito policía de los talones!

Ella se masajaba el cuello, donde había quedado una marca rojiza. Su respiración seguía siendo resollante, al preguntar:

—¿Te tienen vigilado? ¡Pero entonces...!

—¡Sí, no descarto que sospechen de mí! ¿Y no te imaginás a quién se lo tengo que agradecer? ¡Así que de aquí en más comportate como se debe, si sabés lo que te conviene!

E N EL despacho de la Jefatura de Policía, Juan Carlos, hartó ufano de su posición, terminaba de imponer al comisario Callaza, cabeza de la División Homicidios, de los detalles de su plan.

—Así que ya ve, Callaza —dijo el joven, no sin echar una mirada al pasar en dirección a Virginia Linares, que parecía adecuadamente impresionada por su desempeño—: todo es cuestión de organizar las cosas como Dios manda y no perder nunca de vista los...

El repiqueteo del teléfono malogró una brillante coronación al discurso. Tras breve disculpa, el comisario atendió la llamada, y hay que consignar que no fue ningún dechado de amabilidad la forma en que tendió el tubo a Juan Carlos.

—¡Es para vos! —gruñó—. Urgente, dice el hombre.

—Ah, sí —Juan Carlos lo tomó, con ademán principesco—. ¡Seguramente será mi ayudante con su informe!... ¿Hola, hola? Sí, Paravelli, soy yo... ¿Pasa algo?

El resto de la conversación fue en voz baja y de espaldas a los otros; pero Virginia notó con claridad cómo enrojecían las orejas del joven, mientras él procuraba no subir el tono y mantenerse a nivel de murmullo sibilante.

Cuando al fin cortó, se le advertía confuso. Aparentemente había recibido el proverbial baldazo frío, pensó Callaza. ¡Si eso contribuía a bajarle los humos, no se podía decir que fuese perjudicial!

—¿Alguna novedad? —inquirió el comisario, en tono ligero.

—Era un ayudante mío..., Paravelli —manifestó Juan Carlos—. Tuvo... un pequeño problema, pero no tardará en...

Callaza sintió resurgir en su interior la antigua veta sardónica.

—¿Qué, por ahí lo despistaron al hombre? —preguntó, clavando en la encendida faz del muchacho unos ojuelos rezumantes de ácido humorismo.

JUAN Carlos se arrancó las gafas y las hundió en un bolsillo.

—¡Sí, maldición! —refunfuño—. ¡El buen doctor Quintana se las arregló para escurrir el bulto!

—No creo que tenga demasiada importancia —se metió Virginia, imbuida de la sana intención de animar a su héroe—. ¿No decías que estaba fuera de sospechas?

—¡Nadie está fuera de sospechas —exclamó el detective—, en tanto no se dé el caso por cerrado!... Era una máxima de mi padre, y te aseguro que la tengo por buena.

—¿Entonces pensás que Quintana podría estar implicado de algún modo? ¿Con cómplices que le asegurasen coartadas? —El comisario se rascaba suavemente la calva—. ¿Habría un ejecutor material y otro moral de los asesinos...?

Juan Carlos, inesperadamente, soltó la risa.

—¡Epa, epa, don Callaza! ¡No se me anticipe, que yendo tan rápido va a dejar atrás al criminal!... No, perdone, Callaza: era en broma. ¡En realidad no creo que el asesino vuelva a atacar, al menos por ahora!

APENAS estrenaba los dieciocho, había salvado el examen final, y el viejo lo había recompensado con un respetable capitalcito, para que saliera a divertirse un poco... Se largó a las calles dispuesto a correrla en grande, como tantas veces se lo prometiera, en

aquellas interminables veladas de estudio y ascetismo; pero, por una u otra razón, todos sus compinches le fallaron, y Lito Galarregui, librado a sus propios recursos, no era la gran cosa. ¡La francachela proyectada estaba a punto de convertirse en una sonada plancha!

Cuando había empezado a recorrer la avenida Central hacia el sur, disparando piropos a media voz a su alrededor, pareció que la vida le abría su sonrisa más cómplice. Pero a la altura de la Plaza de la Luz, donde nacía la avenida, entre un revuelo de palomas famélicas aunque nada estreñidas, la sonrisa se había vuelto horrenda mueca desdentada. ¡Al parecer, Lito Galarregui iba a tener que volverse a casa tan casto como la dejara!... Claro está que habría podido optar por alguno de Aquellos Sitios; pero después del último documental sobre el HIV y afines que les pasaron en clase, se había tornado sensiblemente más cauto en cuanto a determinadas expansiones vitales.

CON DESOLADO continente tomó por una calle transversal, en dirección a la parada del ómnibus que lo conduciría —en un regreso sin gloria— al *home-sweet-home...*, seguramente con la perspectiva de una velada televisiva como sùmmum. No pudo evitar una melancólica invocación:

—¡Para salvar el día, tendría que caerme una del cielo, propiamente!

Y, en efecto, cayó... Pero la precedía un alarido escalofriante; y la secuela del sordo choque contra el pavimento resultó aún peor.

A punto de desmayarse, zarandeado por el tropel de curiosos que empezaba a agruparse, el joven calavera se encontró mirando con atónita fascinación el bordado de la bata de ella. Un nombre en cursivas, que alcanzó a deletrear antes de que la voraz corriente escarlata lo engullera:

—Es... me... ralda —balbució el chico, con los ojos vidriosos y el acento mecánico de un sonámbulo—. ¡Es... meralda!

Lo último que percibió fue aquel ulular creciente, aproximándose... Luego cayó un telón de oscuridad, y ya no volvió a saber más del asunto, excepto por las pesadillas que habrían de traumarlo hasta bien entrada la madurez.

¡No es cosa grata el ver estrellarse un cuerpo de mujer ante los mismísimos pies de uno!

16. TIEMPO DE APREMIOS

EL CAOS se abatió de repente sobre los planes de Juan Carlos. Hasta media tarde, la cosa parecía ir como sobre cojinetes bien lubricados. Callaza se mostraba razonablemente convencido ante los argumentos del detective privado y estaba a punto de rubricar su “fiat” para el proyecto..., incluso había comenzado a impartir ciertas órdenes pertinentes entre su personal.

¡Y fue entonces que llegaron noticias frescas!

A solas en su oficina, rodeado de la penumbra crepuscular, Juan Carlos se abstraía en la contemplación de la famosa fotografía familiar, en tanto sus pensamientos se agitaban, entremezclándose, al meneo más bien lúgubre de una progresiva depresión.

—¿Y si, después de todo, estuviese arrogándome funciones que no me competen? ¿No sería mejor que siguiese ateniéndome a mis clásicos casos de infidelidad conyugal o espionajes industriales? ¡La vida no es una película de matinée!

Se dio cuenta de que había soltado la parrafada en alta voz. La idea le ocasionó un ligero encogimiento de hombros.

—Ya empecé a hablar solo... ¡Fantástico!

En realidad, él lo sabía, se trató más bien de un intento de comunicación paranormal. ¡Si hubiese forma de poder recibir el asesoramiento de un ex comisario pletórico de experiencia!...

—¿Qué me aconsejarías, viejo, si se rompiera el velo, eh? —murmuró, en tono de inusual terneza—. ¿Estoy haciendo lo que debo?

TENÍA junto a sí una botella a medio vaciar, en parte responsable (junto con el farrago de su irreparable pérdida y todo lo demás) de su estado presente, tan poco acostumbrado en el Juan Carlos Dorteros cotidiano.

Ya había perdido la cuenta de las copas que se sirviera, razón por la cual no vaciló en reincidir. (Solía saber detenerse cuando se apercibía que se aproximaba a su “límite razonable”, sana actitud que, hasta el momento, había evitado un sinfín de problemas, ciertamente.)

—¡Claro que hoy sí se justificaría agarrarse una de las buenas!... —masculló, sarcástico.

Callaza se había puesto histérico con el parte macabro que le llegara... En cosa de dos minutos deshizo todo lo hecho, dio contraórdenes y casi sacó a empujones al detective de su sanctasanctórum... Juan Carlos, honradamente, no lo podía criticar con excesiva dureza. ¡Había que reconocer que otra muerte más, sumada a aquel caso del demonio, de veras colmaba todas las medidas! Pero para los intereses inmediatos de Juan Carlos, sin duda que aquello resultaba un mazazo demoledor. ¡En un pestañeo se rompieron todos los peldaños de la escalera que tanto le costara ascender, labia mediante! ¿Cómo cuernos se las iba a arreglar ahora para convencer otra vez al comisario Callaza?

—¡Al fin y al cabo —filosofó, llenándose otra copa—, tal vez sea lo mejor emborracharme en serio nomás!

Y se le escapó una risita con claros resabios de intoxicación etílica en progreso.

EL TIMBRE del teléfono —¡providencial!—, obró como clarinada de alerta. Al levantar el tubo, ya todos los sentidos de Juan Carlos habían recuperado su agudeza. ¡Algo le decía que aquella llamada tendría resonancias insospechadas!

—¡Agencia “MAGA”! —contestó—. ¿Quién...?

Se le dijo, y el joven reprimió un silbido. Con la oreja apretada contra el auricular, procuraba incluso sofocar el siseo de su propia respiración acelerada, a fin de no interferir en lo más mínimo con una óptima recepción de la otra voz.

—*Supe lo de su padre, por las noticias —le oyó decir—. Hubiese querido hablar con él, pero, tal como están las cosas, no me queda más que confiarme a usted. ¿Me asegura reserva profesional?*

—¡Por descontado! —afirmó el detective particular—. Aparte de ser norma de la agencia, está también garantizado por la ley... ¿Quiere que pase a verlo?

—*No, yo voy a su oficina. ¿Le parece en una media hora?*

—De acuerdo —replicó Juan Carlos, esforzándose por hablar con toda naturalidad—. Lo espero. ¡No! ¡No me adelante nada por teléfono! No es aconsejable.

—*¡Me voy a poner en sus manos! ¡No olvide su compromiso!* —y la comunicación se interrumpió.

JUAN Carlos se quedó contemplando el auricular, como si esperase alguna mágica respuesta de parte del negro adminículo; pero no fue más que por un instante. De inmediato recobró su energía acostumbrada. ¡El motor se ponía en marcha nuevamente!

Con movimientos precisos hizo desaparecer botella y vasos, arregló el escritorio, despejándolo de papeles, y encendió la portátil, tras haber corrido las cortinas de las ventanas. Luego ocupó su silla, de frente a la puerta. Su diestra tiró del cajón superior derecho del escritorio y se deslizó dentro.

—Si de verdad yo fuese Philip Marlowe, como decía el tal Mendoza —murmuró—, acá adentro tendría por lo menos una 9 milímetros...; ¡pero en el Cono Sur habrá que conformarse con conectar el grabador!

Como suele acontecer, los primeros veinte minutos fueron los más insoportables. De pronto, justo cuando su mente había caído en una divagación nada recomendable, distinguió la oscura forma de una cabeza y un torso recortándose vagamente a través del vidrio esmerilado de la puerta.

—Está abierto —advirtió—. ¡Adelante!

DURANTE el breve lapso ocupado por el giro de la puerta sobre los goznes, fantaseó con la posibilidad de que la voz del teléfono hubiese falseado su identidad real... Pero no tardó en comprobar que no había ocurrido así.

¡Quien llegaba era, en efecto, el mismo que se anunciara!

—¡No se le vaya a olvidar nuestro convenio! —las facciones del sujeto, iluminadas desde un ángulo bajo por la lámpara del escritorio, aparecían, merced a ese efecto caligariano, anormalmente hinchadas y siniestras—. ¡Nada de lo que yo le diga debe salir de aquí sin mi consentimiento! ¿Está bien claro? ¡Porque de lo contrario...!

—Ya le dije que así sería. ¡Siéntese!

Juan Carlos sentía la boca como de cartón y el corazón como de jalea. Confió en que sus palabras, no obstante, hubiesen sonado con la debida firmeza. Se vio obedecido, y aquello lo tranquilizó un poco. ¡Tenía que ser él quien llevase la voz cantante en la entrevista!

Había echado a andar el grabador en cuanto divisó la silueta tras el cristal; esperaba que su ligero rumor resultase inaudible. Con movimientos tan calmos como pudo lograrlos, extrajo del cajón la semivacía botella y dos vasos.

—¿Una copa? —invitó.

El otro asintió con nervioso cabeceo. Se agitó en su silla, y Juan Carlos lo sorprendió volviéndose furtivamente hacia uno y otro rincón de la oficina.

—¿Seguro que no nos oye nadie? —preguntó el visitante.

—Estamos solos: quédese tranquilo. —Juan Carlos le alargó un vaso—. Sírvasse. ¡Puede empezar a hablar cuando guste!

LO VIO ingerir un pequeño pero voraz sorbo, para apartar en seguida el vaso de sus labios, como carbón ardiente. Sin embargo, volvió a empujarlo de inmediato, esta vez para un trago bastante más prolongado.

—Ocurrió un... accidente —dijo el individuo, extrayendo las palabras de la garganta como clavos de una tabla—. ¡Un accidente fatal! Ella se... ¡Pero no tuve ninguna intención..., fue totalmente accidental, lo juro!

—¿Habla de Esmeralda Capurro?

—¡Sí! ¡Sí!... ¡Pelemos! Ella tropezó y... ¡Dios mío, nunca quise causarle...! —y la voz se le quebró.

—¿Por qué había ido a verla?

—¡Ella sabía de mis...! Hubo alguien más, usted ya lo sabe, que estaba enterado también, pero en vista de que él ya no...

—Entiendo. —La voz de Juan Carlos se endureció—. Sólo quedaba ella, y usted quiso... hacerla entrar en razón, ¿no es eso?

—¡Sí! ¡Sí! ¡Eso mismo! —El hombre hablaba a borbotones resollantes—. ¿De qué habría servido ventilar esas cosas? ¿Acaso le iba a hacer algún bien a alguien? —Juan Carlos se estremeció, blancos los labios, al sentir que los dedos del otro se engarfiaban en su brazo—. ¡Pero ella se dio cuenta de cuánto me podía perjudicar con lo que sabía, y...!

—Quiso... sacar provecho, ¿verdad?

—¡Quiso abusar! ¡Quiso...! —Soltó al detective, para mover ambas manos en ademanes frenéticos—. ¡Pero, aunque me puso fuera de mí, *yo no la asesiné!* ¡Tropezó y cayó por la ventana! ¡Tiene que creerme!

—Quince pisos... —murmuró el investigador—. ¡Sí que se habrá silenciado!

—¡La policía jamás va a creerme que no fue a propósito! Pero si usted investiga y llega a descubrir al asesino de Lucy y de los otros, entonces..., tal vez... —Se levantó de un salto, y a Juan Carlos le costó reprimir un respingo; pero el hombre no hizo más que volver a aferrarlo de la ropa—. Tengo... bastante dinero, ¿sabe? Y podría llegar a ser... muy generoso —barbotó.

Juan Carlos lo obligó a soltar su presa con tranquilos movimientos.

—¿No tendrá por ahí un billete de cien? —preguntó de improviso.

EL OTRO trastabilló, atónito.
—¿De... cien? Pero, no entiendo...

Juan Carlos extendió la mano. Cuando recibió lo pedido, lo sostuvo unos quince segundos frente a su interlocutor y enseguida, con calma absoluta, lo rasgó en varios trozos, que tiró a la papelera.

—¿Pero qué día...? —farfulló el hombre.

—Es un... símbolo —explicó Juan Carlos—. ¡Vuelva a sentarse!

—¿Qué es eso de símbolo, eh?

—De haber sido otro billete de cualquier otra denominación, o aun un cheque por la suma que fuese, el resultado no habría variado. Sólo pretendí aclarárselo de entrada.

—¿De manera que no estaría de acuerdo en...?

—¿...Endilgarle la muerte de Esmeralda al asesino? —Juan Carlos sacudió la cabeza con decisión—. ¡El va a pagar únicamente por los delitos que cometió! No pretenda utilizarme para embaucar a la Justicia. No soy de éstos.

—¡No quiere ayudarme! —barbotó el individuo—. ¡Usted no...!

—¡Tranquilo! —Fue como un trallazo; el hombre capituló—. Lo voy a ayudar, sí. ¡Pero usted también va a colaborar conmigo! No espere nada fuera de eso. ¿Me expresé con claridad? —y el detective le clavó la mirada.

Lo notó agobiado. Era, pues, el momento de presionarlo a fondo..., aprovechándose de la sugestión del ambiente de aquella oficina solitaria, cuya sombría intimidad sólo la matizaban el amortiguado resplandor de la portátil y el rectángulo blanquecino de la entrada.

—HE PENSADO en un plan que podría funcionar —dijo, dejando caer las sílabas como naipes sobre la mesa—. Lo pondríamos todo en claro. Usted desempeñaría un papel fundamental en ese plan mío... ¡Pero siguiendo al pie de la letra mis indicaciones!

—¿Va a intervenir... la policía en esto? —la mirada del hombre era huidiza.

—Sólo para proporcionar el marco oficial de autoridad requerido —manifestó Juan Carlos—, y, desde luego, para hacer el arresto cuando corresponda.

—¿Y tendrán que saber lo de...?

—Le prometo no revelar nada que no sea absolutamente necesario.

—¿Qué se propone hacer? ¿Acaso...?

El detective se inclinó hacia adelante, con los codos apoyados en el escritorio y los dedos entrelazados ante su rostro, excepto por el índice derecho, que apuntaba directamente a la nariz del otro.

—Una especie de reconstrucción de los crímenes —contestó.

—¿Reconstrucción? ¿Quiere decir que va a...?

—Será en el lugar de los hechos —dijo Juan Carlos—, y quienes estén en condiciones de hacerlo se interpretarán a sí mismos. ¡La verdad va a salir a luz de una vez por todas!

LA CHICA estaba abusando de la situación, se dijo el comisario. Psicóloga como era, sin duda se habría apercibido de que podía lograr cuanto se le ocurriera de él, tan sólo insistiendo lo bastante... Y, mujer al fin, ¿no se iba a aprovechar de eso?

—¿Se lo debe a Juan Carlos! —afirmó Virginia.

—¿Que yo se lo debo? ¿Y se puede saber por qué?

Callaza intentaba resistirse, pero ella lo miraba de un modo tan apremiante con aquellos ojos de cielo, que...

—Dorteros era su mejor amigo —insistió la joven—; ¡y ya sabe lo que representaba para Juan Carlos! ¿Le va a impedir que descubra al asesino de su propio padre?

—¿A usted no le parece que ése es un trabajo nuestro, y no de él?

—¿Pero para Juan Carlos es más, es un deber! Y casi..., casi su derecho, también. ¡Sería el mejor homenaje a la memoria de su padre y mentor! ¿No se da cuenta de lo que significa esto para Juan Carlos..., como detective y como hijo?

—Sí, todo eso lo entiendo... ¡Pero quizás se le haya escapado de las manos! —persistió aún Callaza, aunque la firmeza de su argumentación se iba desgastando a ojos vistas, bajo la suave pero sostenida presión de Virginia Linares—. ¡Ya hubo demasiadas muertes! Tal vez él no cuente con la suficiente...

—¿...Experiencia? ¡Ah, pero en cambio va a poner el corazón entero!

CALLAZA sacudió la cabeza, dio un bufido, miró al techo y por fin encaró a la expectante muchacha con expresión adusta.

—¿El *corazón* entero! ¿En una encuesta policial? —gruño—. ¡Mujeres!...

—¿Entonces, comisario? ¿Qué me dice?

Callaza abrió los brazos.

—¡Está bien! ¡Está bien! ¡Hagan lo que quieran!

—¡Gracias, don Callaza! —La radiante sonrisa se extendió como barniz por todo el despacho, hasta hacerlo aparecer menos gris que de ordinario a los ojos del policía—. ¿Puedo llamar a Juan Carlos para comunicarle...?

—Llámelo nomás. Pero, ¡cuidado, eh! —El índice de Callaza se sacudió severamente junto a la respingona naricilla de Virginia—. Espero..., por el bien de ambos, que lo que hagan, funcione.

—¡No se preocupe, comisario! —le aseguró ella—. ¡Mañana sin falta tendrá la solución del caso!

—¿Tanta confianza le merece el... detectivito ése?

—¡Verá cómo se justifica! ¡Gracias de nuevo, comisario!

EN POCOS minutos, ella hubo hecho su llamada y, cuando Callaza quiso acordarse, estaba una vez más a solas con los sucios archiveros, los muros despintados, el escritorio atestado de legajos polvorientos...

¿Es justo esto?, pensó. ¡Si todo pasara en una de aquellas películas de clase B, que tanto disfrutaba cuarenta años atrás, la chica no se habría esfumado sin antes darme al menos un besito en la mejilla en señal de gratitud!

—Y, por supuesto —añadió en voz alta, con dubitativo vaivén de la cabeza—, en cualquier cinta de ésas sin duda se aclararían todos los misterios en el plazo prometido. ¡El pesquisa privado no puede fallar!

Se abrió la puerta, y asomó la cara del obsequioso ordenanza.

—¿Llamó, mi comisario?

—Este... ¡Jum!... Sí, cabo. ¡Tráigame un té bien cargado!

17. DRÔLE DE DRAME - PRIMERA PARTE

¿QUIÉN fue el inspirado de los Dioses que dijo aquello de que “cuando más oscura es la noche, está anunciándose el amanecer”?

La suerte de Juan Carlos Dorteros, detective privado, había dado un súbito vuelco de ciento ochenta grados, como suele decirse: volvía a tener todas las cartas de triunfo entre las manos. (¡Y hasta le habían traído el coche del taller..., como nuevo!).

Era un poco como mirar hacia abajo, al escueto rectángulo azul, no mayor que un naipe, en tanto uno trata de aspirar una buena reserva de aire antes de lanzarse desde el trampolín más alto en clavado mortal... Juan Carlos estaba más que consciente de los riesgos a que se exponía, incluido su descrédito profesional, cuando no una agresión homicida; pero una especie de película de ciega exaltación, venida quién sabe de dónde, le recubría por completo y le acorazaba contra el miedo.

Se le había prorrogado el plazo en un día más, a solicitud suya, a fin de que pudiera completar sus preparativos. Con ello, desde luego, había aumentado la expectación de los otros y, desdichadamente, también su escepticismo, sobre todo en lo que al atrabiliario Callaza se refería.

Todos estaban allí, de acuerdo a las instrucciones oportunamente cursadas por el propio detective privado al comisario y su gente... Inclusive el encantador teniente Mendoza, con su cara de bull-dog con úlcera, y la viuda de Farrazzini, una mujerona angulosa que no paraba de retorcerse las manos. Junto a ella, la presencia tonificante de Virginia Linares, cuyos celestes ojos levantaban el ánimo a cualquiera.

Muy formal en su traje gris y corbata a franjas azuladas (obsequio de Virginia), recién salida del lavadero su aguerrida camisa blanca, Juan Carlos se sabía centro de todas las miradas; circunstancia ésta que, aunque intimidatoria, no dejaba de halagarlo íntimamente. De pie junto a la mesa sobre la que Lucy García abatiera por última vez su cabeza empelucada, observó con atención a los circunstantes... Reinaba un clima de general desasosiego, constató, lo cual resultaba comprensible, por cuanto él había escogido guardar reserva absoluta acerca de sus designios, hasta el momento mismo de su puesta en práctica.

Aun Virginia Linares estaba tensa; pero eso, con seguridad, obedecía a su ansiedad por cumplir debidamente con la parte que él le había asignado en el desarrollo de su plan. No olvidaba el detective la deuda de gratitud que contrajera con la muchacha por haber ofrendado ella su recatado *charme* en el proceso de persuadir al renuente Callaza en favor suyo... Pero, a pesar de eso, ni siquiera a ella la había puesto al corriente de todo, a despecho de que la participación de la psicóloga en el pequeño drama a representarse habría de ser de suma relevancia.

— **T** ENGO que agradecerle a la policía —comenzó diciendo Juan Carlos—, y en especial al comisario Callaza, aquí presente, el haber permitido que esta reconstrucción se lleve a cabo esta noche.

”Casi todos ustedes me conocen ya; pero en el caso de que alguien se preguntase cuál ha sido el motivo de que yo parezca llevar en cierto modo la batuta en esto, debo manifestar que se debe a mis profundos estudios sobre psicología criminal, mismos que el señor comisario ha requerido que ejercite en esta particular ocasión...

Sorprendió la mirada entre atónita y resentida de Virginia y le costó un pequeño esfuerzo reprimir una sonrisa. Callaza, por su parte, se había pasado la mano por la calva, para luego cruzarse de brazos y quedarse mirándolo con expresión inquisitiva.

Lo que más me reconforta, se dijo sardónicamente el joven, son esas conmovedoras muestras de confianza en las habilidades de uno...

—Mucho se ha venido debatiendo acerca de crímenes y criminales —prosiguió—. Hay quien cataloga (sin discriminar en absoluto) a todos los homicidas como monstruos con forma humana; otros, por el contrario, van al extremo opuesto, y los ubican en la categoría de superhombres nietzschianos... Por mi parte, me he atrevido a formular una teoría propia: a mi entender no existe, en realidad, una específica “mentalidad criminal”, sino más bien un *impulso asesino*. Se trata de una fuerza elemental, arraigada en los instintos primigenios de la raza..., ésos que nos gobernaron cuando apenas acabábamos de bajar de las ramas al suelo.

”Esa fuerza rebasa la capacidad de la mente individual. Es una compulsión colectiva, que arrastra a grupos enteros de seres humanos, mediante inextricables conjunciones de circunstancias, lugares y tiempos. Ciertos asesinatos se ponen “de moda” en determinada época; otros, en otra diferente.

No se le escapaba la creciente inquietud del doctor Quintana, ubicado en la mejor silla: parecía como si algún chico travieso sostuviera una cerilla encendida debajo del asiento del Director de Archivos. Mendoza, en tanto, de pie cerca de la puerta, disparaba furtivas miradas a los lados, al par que masticaba su perenne escarbadientes. Juan Carlos juzgó que era el momento de entrar en materia.

—Si les hablé tanto —declaró—, fue con una sola intención. ¡Quiero que el asesino sepa que lo conozco bien!

”Sí —continuó, encarándose con un punto indefinido de la habitación—, *¡a usted mismo me refiero!* Sé lo que está pensando, y sé también que espera que cometa mi primer error, para ver confirmado ese sentimiento de impunidad que lo ha venido mareando desde el principio...

—¡U N MOMENTO! —interrumpió Mendoza—. ¿A qué diablos se juega acá? ¡Me dijeron que iban a hacer una reconstrucción de...!

—¡Silencio! —cortó el comisario, como hachazo—. Ya le diré cuándo va a tener que hablar. ¡Ahora escuche al hombre con la boca bien cerrada!

—Gracias, comisario —dijo Juan Carlos—. Es cierto que se hará una reconstrucción de los hechos —continuó—; pero no al estilo tradicional. ¡Para proceder en forma ortodoxa, es obvio que necesitaríamos tener al culpable confeso!

—Dijiste que lo conocías —le recordó Callaza, solemnemente.

—¡Y lo mantengo! Pero eso no implica que sepa su identidad.

—¿Qué demonios...? —rezongó Mendoza—. ¡Si todo esto es alguna especie de chiste, juro que...!

Callaza, rojo como la grana, se volvió a mirarlo, medio levantándose de su silla; el otro, entonces, apretó la boca y desvió los ojos de las congestionadas facciones de su jerarca.

—Dije que *sé cómo piensa* —prosiguió Juan Carlos—; y tengo una razonable idea acerca de sus posibles reacciones. Pero no me atrevería a nombrarlo, sin antes aclarar algunos puntos oscuros en los desgraciados hechos que son de público conocimiento... ¡Es por eso que vamos a escenificar este pequeño drama!

”Serán sus actores, en cuanto resulte posible, quienes hayan protagonizado los hechos en la realidad. No contamos, por desdicha, con el concurso de la infortunada señorita Esmeralda Capurro; pero la señorita Virginia Linares se ha ofrecido gentilmente a suplantarla. —Se dirigió entonces a la joven, que lo miraba rígida y sin sombra de color en las mejillas—. Trajiste la peluca y los cosméticos, ¿verdad? ¡Entonces ya estamos prontos para empezar!

U N MURMULLO inquieto serpenteó entre la concurrencia. Juan Carlos, impuesto de su papel de *régisseur* improvisado, se acercó a la psicóloga para impartirle en voz muy baja las instrucciones necesarias.

—Esta señorita representará, en realidad, dos roles —añadió enseguida—: el de Esmeralda Capurro, como se ha dicho, y, desde luego, el de la víctima, Lucy García.

”Yo asumiré el papel del asesino. Sé que podré reproducir sus movimientos y acciones tal como debió de haberlos ejecutado en su oportunidad. ¡Ya dije que lo conozco bien! —Giró repentinamente la cabeza en dirección al doctor Quintana—. A fin de compenetrarnos mejor con la situación escénica, ¿quiere tener la bondad de prestarme su sobretodo?

A nadie le pasó inadvertido el sobresalto del Director ante la inesperada interpelación; pero hizo como se le pedía sin articular palabra.

—¿Por qué vas a usar el abrigo del doctor? —interpuso Callaza, fruncida la frente—. ¿Te parece a vos que el criminal...?

—Extiéndame su voto de confianza, comisario, y suponga, con los demás, que más o menos así iba vestido nuestro asesino. ¡Tengo muy buenas razones para afirmarlo, créame! —Se volvió de nuevo a Quintana—. Puede sentarse, doctor; y gracias por su colaboración.

Acto seguido, y de acuerdo a las directivas de Juan Carlos, Puentes, el sereno, procedió a arreglar la escena como mejor la recordaba. El escritorio lleno de legajos, la silla, la lámpara de mesa como única fuente de iluminación... El joven investigador le hizo un ademán aprobatorio.

—¡Adelante, Virginia! —ordenó de inmediato.

La psicóloga asintió. Con la peluca puesta, se sentó ante el escritorio y comenzó a simular que trabajaba.

—Son las nueve y cuarto —dijo Juan Carlos, en medio del absorto silencio que lo rodeaba—. Finalizada su labor, Esmeralda se dispone a retirarse... ¡Puentes! —llamó.

—¿S Í, QUÉ DESEA? —y el velador, con bastante torpeza, se puso de pie.
—¿No recuerda si a esa hora estuvo delante de la puerta? ¿Dice que pudo haber ido al baño? ¡Bien! De manera que Esmeralda, a su vez, utiliza el pequeño gabinete que hay en el fondo. —Virginia fue al sitio designado, hizo como que cerraba la puerta tras sí y fingió retocarse el maquillaje y arreglarse el cabello ante el espejo. Luego salió y atravesó la habitación.

—Siguió por el pasillo, desierto a esa hora —dijo Juan Carlos—, y salió del edificio sin dificultades, dado que usted, Puentes, aún no había pasado llave a la entrada principal. Mutis de Esmeralda Capurro.

Todos miraban hacia el centro de la pequeña estancia, como si se tratara de un proscenio. De pronto se oyó el girar de una llave en la cerradura de la puerta del fondo, y por allí entró Virginia, ahora sin peluca.

—Han pasado poco más de dos horas —ilustró el detective—. Lucy García, cumpliendo con una cita concertada por ella misma, ingresa al local. Pero, como pueden apreciar, lo hace por una entrada trasera, de la cual posee llave.

”Y es entonces —agregó Juan Carlos— que hace su aparición el asesino.

IGNORANDO la ola de rumores que partía del auditorio, Juan Carlos se puso el sobretodo negro de Quintana. Entre tanto, Virginia abrió el cierre de un bolso que trajera con ella, y extraía de él la peluca rubia, diversos afeites y alguna bisutería.

—Lucy —explicó Juan Carlos— procede a arreglarse para su cita. Ella supone que se trata de una instancia fundamental para su futuro, de manera que se propone lucir lo más llamativa posible... Recordemos sus problemas de personalidad.

Virginia se levantó para entrar en el gabinete higiénico. De nuevo omitió cerrar tras sí, con lo cual se pudo apreciar sin dificultad sus movimientos. Primero se aplicó maquillaje de base; luego, con ayuda del “rouge”, coloreó, un tanto excesivamente, sus mejillas. Enseguida pasó a sombrearse los párpados y a colocarse pestañas postizas. Por fin, prendió un par de enormes pendientes a los lóbulos de las orejas y se adornó la garganta con un collar de fantasía.

De haber caído un lápiz, su choque contra el suelo habría provocado una verdadera conmoción en el ambiente. Nadie quitaba ojo del improvisado escenario... y hubo un azorado murmullo cuando la joven, con deliberada lentitud, se quitó un par de lentillas oscuras y dejó al descubierto sus llamativos iris celestes. Tomó enseguida la peluca y la superpuso a su corta cabellera, sujetándola muy bien con horquillas y una cinta rosada.

De repente ocurrió algo extraño. La falsa Lucy, con la peluca ya en su sitio, quedó mirándose alelada al espejo. Se la veía de perfil, pero aun así nadie dejó de percibir el shock que la sobrecogía. ¡Era como si en lo profundo del cristal azogado hubiese descubierto alguna cosa que la llenó de incontrolable ansiedad!

ENTONCES, Juan Carlos, enfundado en el abrigo de Quintana, y con sus gafas oscuras velándole las pupilas, avanzó hasta colocarse a la vera del escritorio. Su actitud era del todo casual. Cuando vio que la chica no estaba en la pieza, se volvió hacia el baño —todos comprendieron que la puerta estaba “convencionalmente cerrada”— y se encogió de hombros.

Bruscamente salió ella del gabinete. Al enfrentarse con el intruso, tuvo un instante de vacilación. De pronto comenzó a temblar, una expresión horrorizada le distorsionó los rasgos, y extendió el brazo hacia el hombre, en un ademán acusatorio de su índice estirado y trémulo...

Juan Carlos se arrojó sobre la chica y la sujetó por el cuello. Hubo un forcejeo, y en determinado momento él fingió cortarle la garganta con un cuchillo imaginario.

Sostuvo el peso de la desmadejada muchacha, mientras miraba hacia todas partes, como animal acorralado; luego la depositó en la silla del escritorio. Ella cayó sobre el mueble, como dormida.

El del sobretodo negro “tomó el cuchillo, limpió el mango de huellas dactilares con un trapo y luego, a viva fuerza, lo introdujo entre los yertos dedos de la mano derecha de ella”, con tal perfección en la pantomima que ninguno de los observadores extrañó la presencia real del arma.

Cruzó el aire una exclamación sofocada cuando el “asesino” cubrió con su mano la de ella, a fin de obligar al laxo brazo femenino a “inferir otra herida”. La portátil cayó, derribada por sus movimientos.

Entonces él forcejeó para arrancarle la peluca. Al no conseguirlo, miró en torno, como temeroso de que alguien le sorprendiera en el hecho...

Juan Carlos se despojó del abrigo y encaró a los presentes.

—Así debió ocurrir —afirmó—. Ahora, vamos al momento en que se descubre el cadáver. ¡Puentes!

ESTE, algo risible en su arrugado suéter de cuello alto y pantalones excesivamente holgados, intentó emular a Juan Carlos en la mímica. Primero hizo como que entraba por la puerta del frente; luego se acercó a la chica inmóvil hasta “distinguir la sangre”, para finalmente demostrar en los hechos lo que depusiera en la declaración a la policía. Se esmeraba, incluso, en conseguir expresiones faciales apropiadas; en determinado momento, sin embargo, se volvió hacia Juan Carlos y le dijo, entre un parpadeo desconcertado:

—Este... Yo tenía una radio portátil. ¡Me olvidé de eso!

El anticlímax sirvió para descargar tensiones. La carcajada general que provocó la salida de Hilario Puentes contenía más de eso que de humorismo. Callaza debió recurrir a su tono más severo para volver las cosas a su cauce.

—¿De qué se ríen? —protestó el velador, con gesto ofendido—. ¿No es una reconstrucción lo que estamos haciendo?

—Está bien, Puentes —le dijo Juan Carlos, afable—. Demos la radio por encendida y tocando, ¿eh? —Se volvió hacia Virginia—. ¡Lucy puede salir de escena ya!

Virginia se incorporó y empezó a caminar hacia el detective. De pronto se oyó un ligero sonido, como el de algún objeto liviano que chocara contra el piso.

—¡Ay! —exclamó la chica—. ¡El collar!

—¿Qué hay con el collar? —indagó Juan Carlos, impaciente.

—Nada grave. —Ella se inclinó a recoger el adorno—. Se había roto y se me resbaló por el escote... —Soltó una risita—. ¡Qué cosa!

—¡Pues es ni más ni menos que lo que ocurrió al cometerse el asesinato!

Juan Carlos había hablado en tono claro y audible. Se volvió con rapidez fulmínea para observar a los asistentes... y logró sorprender el gesto que esperaba, una fracción de segundo antes de que fuese borrado. ¡Y apareció en la cara en que él sabía que iba a aparecer!

M *NEMOTECNIA*, pensó. *Seguí tres cursos intensivos, porque le es muy útil a los detectives, la memoria... ¡Pero también los asesinos dependen de ella! ¡Un pequeño olvido..., uno tan sólo, puede resultarles fatal!*

Parado en el centro de la habitación, el joven investigador volvió a encarar a su audiencia. Sus siguientes palabras, igual que todo cuanto acababa de llevarse a cabo, eran fruto de cuidadosa meditación previa:

—El primer acto del drama ha terminado. ¿Sacan alguna conclusión de lo que han visto? ¡Me gustaría oír sus impresiones!

Se produjo un breve silencio. Luego, la voz despectiva de Mendoza sonó como una matraca en una función de ballet:

—¡Puro teatro! ¿Quién puede estar seguro de que las cosas fueron realmente así?

—Alguien que haya estudiado como es debido las declaraciones de los testigos —replicó el comisario Callaza con acento irritado—, se haya compenetrado en forma apropiada de los informes del patólogo ¡y haya cumplido con su trabajo, en vez de anadar por ahí implicándose en cohechos!

—¿¿Cómo dice?? ¡Sepa que no voy a...!

—¡Basta, Mendoza! ¡Si vuelve a abrir una sola vez más la boca, aunque sea para bostezar, se va a acordar de mí por el resto de sus días! —El comisario se golpeó la palma de una mano con el puño de la otra—. ¡Por qué le habré consentido que viniera!...

—Está bien, comisario —intervino Juan Carlos—. Yo pedí que expresaran sus ideas, y él acaba de hacerlo... ¿Alguien más?

—La chica parece haber tenido ciertas... actitudes extrañas —dijo Callaza, al ver que nadie más hablaba—. ¿En qué te basaste para atribuírselas?

Juan Carlos sonrió.

—Conté con el debido asesoramiento —respondió—, ¡y por partida triple! Una experta en psicología, por un lado. Número dos: el gran criminalista Dorteros, mi padre... ¡Pero el principal de todos fue el tercero!

—¿Y quién es ese... tercer asesor, si se puede saber?

—El más autorizado —fue la respuesta—. *¡El asesino mismo!*

EN EL silencio sepulcral que siguió, los ojuelos de Callaza enviaron una ráfaga de miradas casi contundentes al joven detective, que la soportó sin inmutarse mayormente. Virginia Linares, sentada a un costado, permanecía alerta. Su fina sensibilidad captaba ondas de creciente tensión en las proximidades. ¡El criminal acechaba! ¡Como fiera arrinconada, se agazapaba, colmillos y garras prestos! Si tan sólo ella lograra localizar la procedencia de aquellas amenazantes emisiones...

—¡Nada menos que el *asesino!* —Callaza no pudo ocultar un quiebre sarcástico de su boca—. Y ya que hablamos de ese buen señor, ¿a qué vino esa caracterización tuya, con el sobretodo del doctor Quintana, eh?

Una voz, algo insegura, brotó desde el fondo:

—Creo..., creo que sé por qué hizo eso.

—¿De veras, doctor Quintana? —y Callaza le clavó los ojos.

—Sí. —El hombre transpiraba profusamente. Se enjugó la frente y el cuello y luego explicó—: ¡Me parece que quiere significar que hubo un intento de... personificarme!

—¡Ridículo! —bufó el comisario—. ¿Por qué razón iban a...?

—El mutis del asesino —dijo Juan Carlos—. ¡Esa es una de las razones!

—¿Mutis? —gruñó Callaza.

—Yo lo omití deliberadamente en mi representación —manifestó el detective—. Pero piénsenlo un poco: ¿quién tenía posibilidades de salir sin que el sereno lo advirtiese? ¿Quién poseía la única llave de la puerta trasera?

—¡Ya veo! —exclamó Callaza—. ¡Quintana! Pero entonces...

—¡Falso! —aulló el abogado—. ¡Lucy tenía un duplicado! ¡La mía no era la única llave!

—Exacto. —Juan Carlos hizo una señal de asentimiento—. ¡Así lo hemos mostrado en nuestra pantomima! El asesino bien pudo haberse apoderado de la llave de su víctima para salir... ¿Pero cómo logró entrar, si ella no le permitió hacerlo?

—Podría haber estado escondido desde antes —insinuó Callaza.

—¿El “trabajo del gato”? Es una posibilidad, sí —admitió Juan Carlos—, aunque bastante remota, ¡No olviden que Puentes revisaba todo el local! ¿No es así, Puentes?

—¡Para eso me pagan! —repuso el sereno.

—Dejemos el problema en suspenso por un momento —sugirió el detective privado—, y recordemos el asesinato de Raskowsky. ¿Cómo era la descripción del presunto homicida?

Callaza alzó un dedo.

—Sobretudo oscuro... ¡y lentes negros! Sí, se parece al doctor...

—¡PORQUE quisieron hacerlo parecer así! —protestó de viva voz el implicado—.
¡Ya lo dijo el joven..., y su padre también!

—¿Dorteros? —Callaza enarcó las cejas—. ¿Cuándo lo dijo?

—Tuvimos una charla..., hace días. ¡Justamente me vino a advertir sobre esa personificación! Somos correligionarios, ¿sabe, comisario? Los dos militamos en filas del partido...

—Como sea —interrumpió Callaza—, yo también me inclino a estar de acuerdo. Es razonable suponer que el asesino, una vez eliminada la teoría del suicidio de Lucy García — que con tan mala fortuna intentó fingir—, haya acudido al recurso de arrojar las sospechas sobre otra persona... No quiero que lo tome a ofensa, doctor Quintana, ¡pero abundan los rumores! Y habiéndose constatado el embarazo de Lucy...

Repentinamente, el doctor Quintana saltó de la silla que ocupaba, haciéndola caer al suelo, con gran estruendo, y se lanzó como enajenado hacia la puerta.

—¡Me tendieron una trampa! ¡Quieren culparme! —vociferó—. ¡Pero no voy a dejar que me...!

Su voz murió al toparse con un trío de uniformados que custodiaban la salida. Dos de ellos lo sujetaron con firmeza por los brazos y lo devolvieron a su asiento. Había perdido las gafas, y la mirada de su único ojo era febril.

—¡Espósenlo! —ordenó Callaza, furioso.

—No es necesario. El no... —trató de inmiscuirse Juan Carlos; pero antes de que pudiera abogar, el propio Quintana labró su ruina.

—¡Fue un accidente lo de Esmeralda! —clamó—. ¡Tienen que creerme!

—¿Accidente? —preguntó con vivacidad Callaza—. ¿Peleaban cuando ella cayó por la ventana?

—¡Eso mismo! ¡Eso mismo!

—¡Bueno! —Callaza abrió los brazos, con las palmas hacia arriba—. ¡Al menos tengo algo sobre una de las muertes! Gracias por confesar, doctor.

QUINTANA alteró sus rasgos en expresión despavorida.
—¿Confesar? —gimió—. ¿No lo... sabía, entonces?

Juan Carlos se le acercó para ponerle una mano sobre el hombro.

—No lo supo hasta que usted no se lo informó —dijo, con suavidad—. Debió tenerme más confianza. ¡Jamás violaría el secreto profesional!

—¿Qué diantres pasa aquí? —bramó el comisario—. ¿Acaso ya estabas enterado..., y no te molestaste en decírmelo? ¡Pero habráse visto...!

—Entienda, comisario... ¡Me debo al código de mi profesión!

—¡Código! —profirió Callaza—. ¿Y por qué mil demonios lo hiciste participar en este... drama raro, sabiendo lo que había hecho, eh?

—Tenía mis razones —repuso Juan Carlos. Y, de pronto, elevando la voz—: *¿No se imagina cuáles son, señor asesino? ¡Estoy seguro de que sí!*

18. DRÔLE DE DRAME – FINAL

A CASO perturbada por las voces y el movimiento, una inocente mosca, que hasta entonces permaneciera sumida en sus ensueños de díptero, atravesó de un vuelo la pieza. Fue como si un “Boeing”, escapado de su ruta celestial, hubiese hecho irrupción mágicamente entre ellos.

Las cabezas se volvieron al unísono en dirección del hipocentro de la discordancia; identificada la causa, retornaron a su fascinación inicial.

Todos los ojos convergían en Juan Carlos. Este, a su vez, por detrás de los verdes cristales de las gafas, escudriñaba las reacciones del asesino.

Leves, pero inconfundibles, pensó. ¡No me equivocaba, por lo visto!

Pestañeó al oír la voz de Mendoza:

—¿A quién le hablaba..., detective? ¿O fue un disparo al bulto?

—¡Mendoza! —bramó el comisario—. ¡Colmó la medida! ¡¡Fuera!!

—No, por favor, comisario —le rogó Juan Carlos—. Déjelo quedarse... ¡Creo que merece presenciar el final de esto!

Mendoza le dirigió una mirada aviesa.

—No me haga favores —escupió—. ¡Se lo aprecio tanto como un forúnculo en el sobaco!

—A su gusto —replicó el joven, con ligero encogimiento de hombros—. Pero todavía no es momento de individualizaciones. Antes hay que reconstruir los otros crímenes. ¡Me pondré otra vez en carácter!

VIO EL movimiento irrefrenable de Quintana, que se volvía hacia él con rasgos desencajados. Sus custodias se apresuraron a contenerlo por los hombros, pero fue un esfuerzo desperdiciado. El abogado ya no tenía ánimos para intentar ninguna resistencia. Sólo se hundió más en su silla.

—¿Cómo pensás arreglártelas para esas reconstrucciones? —preguntó Callaza—. ¡No se te habrá ocurrido que nos traslademos a...!

—Podemos prescindir de eso. Les pido a todos un poco de imaginación. Ya que habló, comisario: ¿me ayuda interpretando a las víctimas?

Callaza se llevó la mano hacia la monda coronilla, pero alcanzó a detener el ademán a medio camino. Confuso, se levantó para reunirse con Juan Carlos.

—Contá conmigo. ¿Qué tengo que hacer?

—Vamos a suponer que éste es el departamento de Luciano Di Reggia, la segunda víctima. Para quienes no lo conocieron: él fue un psicoanalista de relativa fama, pero también un extorsionador. Trató a Lucy García cierto tiempo atrás, y se las arregló para enterarse de algún secreto trágico del pasado de ella.

”No era una persona demasiado apreciada. Yo mismo tuve un pleito con él, a raíz del cual..., me violenta confesarlo, quedó el hombre un poco maltrecho. Así que, comisario, tiene usted una herida en el pómulo, más un ojo tumefacto... Sí, el pañuelo puesto sobre la cara está bien. ¡En beneficio de la autenticidad, digamos!

Asiendo gentilmente al policía por un codo, lo colocó en medio del despacho, como si estuviese enfrentando a una invisible entrada. Aprobó con la cabeza, retrocedió unos pasos y se dirigió a su auditorio:

—Nos encontramos en el apartamento de Luciano Di Reggia —les informó—. Un escritorio con su lámpara, su teléfono, etcétera..., a más de un filoso cortapapel en forma de daga. En las paredes, fotografías de mujeres rubias. Al fondo, un mueble archivero. ¿Se lo representan? ¡Bien! Ahora imagínense una puerta, más o menos en el sitio en que me encuentro... Voy a llamar. ¡Atención!

SIMULÓ oprimir un timbre; Callaza, a su vez, mimó las actitudes del que acude a abrir. Entró “el asesino”.

—¿El doctor Di Reggia? —improvisó el detective privado, con voz ligeramente deformada—. Vengo por su llamado... ¿Pero qué tiene en la cara?

—Este... Un acci... ¡Me caí! —Callaza no sabía qué decir.

—Dejemos eso. ¡Sé que quiere extorsionarme!

—Yo... Eee...

—¡Ah! ¿Lo considera un término muy duro? ¡Digamos entonces que averiguó algo sobre mí y quiere que le pague por su silencio!... ¡Ya me imagino por quién se enteró...; pero ese pasado está muerto, ¿entiende?, y así se va a quedar!

Hizo ademán de lanzarse sobre el comisario. Este, que por fin parecía estar poniéndose a tono con el papel asignado, fingió trabarse en lucha. En determinado momento, Juan Carlos alzó el brazo, y todos visualizaron el “filoso cortapapel” que figuradamente esgrimía. La representación del tajo mortal fue tan veraz que provocó más de un sobresalto entre los testigos.

CALLAZA se dejó caer con aceptable realismo. Juan Carlos fue hasta el lugar del supuesto archivero y realizó un convincente simulacro de revolver cajones y sustraer algo.

—¡El legajo comprometedor, a nombre de Lucy García! —“pensó en voz alta”, para beneficio de su auditorio—. ¡Me lo llevaré!... ¡Un momento! ¡Será mejor que saque varios más, para crear confusión!

“El asesino” se detuvo, como si meditase. De pronto, presa de inspiración, se lanzó hacia una de las paredes y “tajeó los retratos de mujeres”.

—*¡No dejaré una sola foto sana!* —jadeó—. *¡Creerán que lo hizo algún loco!*

Terminada su “obra de destrucción”, atravesó la supuesta salida... y, con los anteojos oscuros en la mano, Juan Carlos volvió a dirigirse a los observadores, tras indicar al comisario que podía levantarse del suelo.

—Como ven, nuestro asesino está empezando a enredarse en su propia tela... Su plan primitivo se ha complicado. En un principio, él intentó *evitar* que se lo relacionase con rubias. ¡Por eso quiso arrancarle la peluca a la pobre Lucy, sin conseguirlo! Ahora, por el contrario, busca crear confusión *implicando* a otras rubias. ¡Su mente funciona de un modo peculiar, por cierto..., pero su astucia no debe subestimarse!

CIERTO —reconoció Callaza—. ¡Esas fotos mutiladas nos llevaron a pensar que podía tratarse de un psicópata criminal!

—También mi padre y yo lo pensamos —dijo Juan Carlos—, y automáticamente sospechamos de Jorge Raskowsky, en quien yo había constatado cierta propensión a las actitudes paranoicas... Por otro lado, estaba el asunto de los escritos anónimos, muchos de ellos referentes a asesinatos sangrientos...

—A instancias de tu papá —apuntó Callaza—, los hicimos examinar por un perito. ¡Todos fueron, efectivamente, obra de Raskowsky, según surgió de la comparación con otros textos suyos hechos para trabajos de la oficina!

—Algunos de esos escritos contenían elementos que podían arrojar sospechas sobre él..., especialmente el que hablaba de “crímenes en serie”, cuando tan sólo se había perpetrado un asesinato. Pero lo más grave para el desdichado fue que esos textos suyos *también llamaron la atención del asesino, quien no podía estar seguro de que respondiesen nada más que a una fantasía neurótica.*

VEAMOS ahora, con la gentil colaboración del comisario Callaza en el rol de Raskowsky, cómo se desarrollaron los hechos en aquella noche fatal... Sírvese, comisario. —Juan Carlos le alargó una hoja mecanografiada—. Aquí tiene su libreto. ¡Úselo para responder a lo que yo le diga!

Callaza, vacilante, aceptó el papel y se quedó parado en espera de las directivas del detective. Este volvió a calarse los anteojos oscuros. Con la cabeza gacha, y el cuello del sobretodo levantado, hizo ademanes de golpear a una puerta.

—¡Señor Raskowsky! —llamó, en tono engolado—. ¡De la oficina!

—“¡Estoy suspendido!” —leyó el comisario en su *script*—. “¿Qué quieren a esta hora de la noche?”

—¡Es por un asunto importante! Por favor, permítame pasar.

Callaza avanzó un paso y “franqueó la entrada al visitante”.

— “¡Ah! Es usted... No lo reconocía. Pase.”

Juan Carlos volvió la cara hacia los circunstantes, observándolos por encima de los anteojos.

—Esta conversación, mantenida en el umbral de la pieza de Raskowsky —aclaró, con su voz natural—, está recogida a partir de la declaración de una vecina, que pudo oír lo fundamental. Lo que debió acontecer tras la puerta cerrada, sin embargo, se basa en deducciones.

“P ENETRÓ” y el comisario/“Raskowsky” “cerró tras ambos”.

—Vine a hablarle de Lucy —dijo el “asesino”—. Como la mencionaba en sus escritos, me imagino que serán buenos amigos...

—“¿Usted... leyó mis escritos?”

—Muchos los leyeron. ¡No debió dejarlos olvidados en la oficina! ¿Lucy le contó algo de su vida pasada? ¿Algún secreto?

—“¿Eh? ¿Secreto, dice? ¿Por qué me pregunta eso, eh?”

—¡Tiene que decírmelo! ¡Ahora mismo!

—“¡Es un asunto particular mío! ¿Con qué derecho...?”

Juan Carlos se tiró sobre Callaza, asiéndolo por las solapas. Empezó a sacudirlo con violencia, mientras le gritaba:

—¡Dígame! ¡Contésteme!

C ALLAZA, con la respiración algo trabajosa, logró leer su parte:

—“¿Por qué insiste tanto? ¿No será que usted...? ¡Ya sé! ¡Usted debe saber algo del asesinato! ¡Quizás fue usted mismo el que...!”

Quienes observaban dejaron escapar un gemido de angustia cuando Juan Carlos, poseído de su personaje, se abrió el abrigo para “extraer el arma”. Su puño describió amplio arco, y Callaza acusó, dando fuertes gritos (como indicaba el guión), la “furibunda puñalada mortal”. El agresor se agachó sobre la figura caída, con la evidente intención de recuperar el arma, pero antes de que llevara a cabo su propósito se incorporó de un salto.

—¡Alguien viene! ¡Tengo que huir! —y simuló salir a la carrera.

Luego, sosteniendo los anteojos en la mano:

—La misma testigo que escuchó la conversación de antes —declaró Juan Carlos—, vio salir al criminal, y proporcionó una buena descripción.

—¡No fui yo! —gimió entonces el doctor Quintana, con el rostro hundido entre las manos—. ¡No lo crean! ¡No lo crean! ¡¡Todo es falso!!

—¡Llévense a ese hombre de aquí! —Callaza desertó de su representación de occiso para cursar tajantes órdenes—. ¡Ahora mismo!

—Sí —asintió distraídamente Juan Carlos—. Se lo pueden llevar.

Los agentes arrastraron fuera al flácido abogado, que no cesaba de proclamar desmayadamente su inocencia.

—¡No soy un asesino! ¡Fue un accidente! ¡Fue un...! —y su voz dejó de oírse.

U NA ESPECIE de suspiro de alivio brotó de la concurrencia. La mosca de marras intentó otro vuelo y acabó posándose en el cielorraso, totalmente inadvertida esta vez.

—Y ahora —anunció Juan Carlos—, vamos al último acto del drama. Comisario, por favor: ¿quiere simular que es Farrazzini, el Secretario? Yo me encargo de interpretar a mi padre —añadió, con voz firme.

—¿Y quién va a hacer de asesino?

Juan Carlos esbozó una extraña sonrisa.

—¡En su momento se proveerá! —afirmó.

Se despojó del sobretodo, lo dobló y lo puso sobre el respaldo de una silla desocupada. Luego se apoderó de otras dos y las arrimó al escritorio.

—Imaginemos que estamos en el archivo —dijo—. Este escritorio está cubierto de fichas y expedientes. Dos personas nos sentaremos para revisarlos: el Secretario de la oficina, Gualberto Farrazzini, y el ex comisario Dorteros. ¿Está claro? ¡Vamos, Callaza!

Este se sentó y volvió a servirse de su guión:

—“¿Para qué me hizo venir a estas horas? ¡Ya estaba en cama!”

—Perdone, pero es de suma importancia. —Juan Carlos, quizás en forma inconsciente, reprodujo la voz de su padre—. ¿Se ocupa usted del control del personal?

—“Es uno de mis cometidos, sí. ¿Qué quiere saber, concretamente?”

—Voy a darle unas fechas. Quiero que me informe qué funcionario no acudió a su trabajo esos días, ya que...

—¡¡Cuidado!! —avisó Callaza.

E NTRE un coro de gritos de alarma, una furia encarnada saltó sobre Juan Carlos, que apenas logró evitar la cuchillada a la carótida.

—¡Sujétenlo! ¡Alguien que haga algo!

Pero los uniformados se habían ido con el doctor Quintana, así que Callaza debió echar mano a su revólver de reglamento. Con la cara contraída por la aprensión se lanzó hacia el confuso revoltijo que rodaba sobre el piso, enzarzado en lucha feroz. El blanco era confuso...

—¡Dios mío! ¡Juan Carlos! —sollozó Virginia.

—¡Asesino! —aulló la viuda de Farrazzini—. ¡Asesino!

De súbito, Callaza vio su oportunidad. El agredido había logrado colocarse encima del criminal, y el brazo armado de este último golpeó contra el piso. Rápido como el lengüetazo del camaleón, el comisario lanzó el pie hacia adelante y hacia abajo. Sonó un crujido óseo, un grito de dolor, y el tintineo de la hoja de acero bruñido al salir disparada y chocar contra el pie metálico de una silla.

Juan Carlos se incorporó de un brinco, mientras Callaza, sin dejar de aplastar la muñeca del caído bajo el zapato, le apuntaba directamente entre las cejas.

—*¡Ni un movimiento, o disparo! ¡Como una estatua, Puentes!*

VARIAS horas después, en el cubículo del detective privado, Juan Carlos, Callaza y Virginia Linares compartían una botella de buen vino, que el comisario proveyó. Había mucho que explicar, y el joven investigador procuró hacerlo lo más clara y concisamente posible.

—No contaba con pruebas sólidas en contra de él —admitió—. Solamente conjeturas, deducciones y mis conclusiones lógicas... Quizás no habría bastado para convencer al juez ¡Así que tuve que obligar al asesino a exponerse! Por eso todo el melodrama, y la pantomima macabra...

—Algo de eso intuía yo —dijo Virginia—. ¡Pero te confieso que llegó un momento en que no sabía qué pensar, y hasta se me ocurrió...!

—Perdoname. —Juan Carlos le oprimió la mano, lo que provocó en ella una sonrisa—. y usted también, amigo Callaza. ¡Pero era todo parte del *clima* necesario! De haber prevenido a uno u otro de ustedes, es muy posible que él hubiese recelado algo. ¡Esos tipos son de lo más sensitivo!

—¿Es un psicópata, entonces, al fin y al cabo?

—Aunque en cierto grado todos los homicidas lo son (de lo contrario, no transgredirían los tabúes sociales con tal indiferencia), es cierto que éste, en particular, no era la clase de maniático que fingía ser. ¡Las sospechas de mi padre tenían fundamento! Tuve que ir hasta San Fernando para confirmarlo... Por eso el plazo extra que le pedí, Callaza —sonrió.

—¿Y qué fue lo que encontraste allá? —preguntó el comisario.

—**¡U**N FRAUDE! El hombre, que de simple peón matarife había prosperado hasta hacerse dueño de una estancia, mató a una parienta suya por cuestiones de intereses. A fin de desorientar las investigaciones, no vaciló en cometer varios crímenes más...

¡Evidentemente, carecía de escrúpulos, como otros carecen de determinado miembro del cuerpo!

—¡Ya veo! —exclamó la psicóloga—. ¡El “Gato de Muchas Colas”! ¿No es así?

—¡Exacto! —aprobó Callaza—. Asesinó a otras mujeres, todas rubias (igual que lo era su familiar), ingeniándose para rodear aquellas muertes con un toque morboso...

—Y el periodismo sensacionalista, que nunca falla en casos como ése —añadió Juan Carlos—, hizo el resto... El asesino se había salido con la suya; pero, para mayor seguridad, puso tierra de por medio, hasta tanto se enfriasen las cosas. En ese ínterin, sin embargo, sus negocios sufrieron un revés, perdió un par de cosechas, y finalmente se quedó sin esas mismas propiedades que lo habían arrastrado al crimen... ¡Ahora tenía que huir de los acreedores, además de todo! Para entonces estaba muy cambiado, residía en la capital y había entrado a formar parte de la legión de empleados públicos.

—¡Camuflaje eficaz, si los hay! —comentó Callaza.

—Y hasta excesivo, diría yo —manifestó Juan Carlos—, porque ocurrió un caso de absorción de la personalidad por parte del medio..., ¿no es más o menos así como lo llaman, Virginia? Como asesino, había sido calculador, frío, eficiente... y refinado. En su facha de típico funcionario estatal parecía completamente inofensivo..., hasta un poco cómico, si se quiere.

—¿Un caso de doble personalidad? —insinuó Virginia.

—Yo diría mejor “personalidad dividida”. Una parte de él estaba hibernando, por así decirlo, bajo el capullo de su nuevo ego: la porción homicida. ¡Pero ésta afloró de nuevo, incontenible, al verse amenazado él por un... fantasma de su pasado! ¡Lucy García! ¡Su víctima de otrora!

VIRGINIA cruzó los brazos repentinamente, como presa de súbito frío. Caviló en silencio por algunos minutos; luego alzó la vista hacia el detective.

—Lucy sufría de... amnesia, ¿no es así? —inquirió.

Juan Carlos hizo un signo afirmativo.

—El trauma del ataque criminal, que a la edad de dieciséis años le dejara esa cicatriz que se consigna en el informe de su autopsia, fue tan tremendo, que sus mecanismos de defensa borrarón en ella todos los recuerdos de su trágica experiencia. ¡Inclusive el rostro del asesino!

—¡Ya veo! —la joven agitó las manos, con creciente exaltación—. ¡También su personalidad y toda su vida anterior, en San Fernando, se esfumaron! Fue *otra...*, literalmente. ¡Por eso dejó de teñirse el cabello de rubio (y subconscientemente execraba cualquier

sugestión de volver a hacerlo), y por eso, también, *llegó al extremo de cambiarse el mismo color de ojos mediante lentillas de contacto oscuras!* ¡Todo para *sepultar* a la Lucy-víctima-del-loco!

—Por debajo de los niveles de conciencia, sin embargo —dijo Juan Carlos con suavidad—, todo constaba. ¡De ahí fue de donde Di Reggia se lo extrajo, posiblemente mediante hipnosis, sin permitirle recordar nada una vez liberada del trance!... Y cuando ella..., en el instante crucial..., se vio al espejo con peluca rubia y ojos celestes..., *una imagen viva de aquella jovencita cuyo recuerdo había bregado por relegar a lo más hondo*, sufrió un incontenible aluvión de revelaciones en cadena... ¡Y al encontrarse frente a frente con el asesino, éste surgió al fin tal cual era en realidad, rompiéndose la crisálida traumática que durante tantos años le ocultara a ella la verdad!

—Hilario Puentes... —musitó Virginia—. El sereno de la oficina... ¡Nunca lo habría sospechado! ¿Cómo fue que tú...?

JUAN Carlos enlazó los dedos, con ambos índices unidos apuntando hacia afuera, uno de sus ademanes favoritos.

—Hubo unos cuantos indicios sueltos. Primero, afirmó conocer apenas a Lucy, cuando estaba comprobado que se habían reunido varias veces, junto con Raskowsky, a conversar y tomar el té en la oficina, siempre que Puentes entraba más temprano, a fin de llenar su cuota de horas extraordinarias.

—Eso no es concluyente...

—Luego —siguió el detective—, lo del collar. Lucy llevaba uno cuando la mataron (el mismo que te hice poner para la reconstrucción); la puñalada del asesino lo desprendió, se le escurrió a ella por el escote y quedó oculto... ¿Cómo podía haberlo visto Puentes (¡y él mismo me dijo que lo había visto!), si no hubiese estado con Lucy *cuando ella aún vivía?*

”Por último, y más terminante, sus errores en los crímenes de Farrazzini y mi padre... ¡Y, por supuesto, el cierre de la campera!

—¿Cierre? —Virginia lo miró, intrigada—. ¿Qué cierre y qué campera? Lucy no...

—No de Lucy... ¡De Puentes! —sonrió el joven—. Aunque todo arranca, en verdad, del incidente que tuve con Mendoza en Jefatura.

—¿CUANDO quiso abusarse de vos? —preguntó Callaza—. ¿Pero eso qué tiene que ver con...?

—Ya me explico. Pero antes, permítame que le agradezca su intervención, amigo Callaza. ¡El habría llegado bastante más lejos si usted no se lo impide!

—¡Y no fue ésa la única ofensa de ese policía indigno! —estalló el comisario—. Se le comprobaron varios ilícitos, como aceptar sobornos y amedrentar comerciantes para cobrarles “protección”... ¡En estos momentos se le está abriendo un sumario, y ni Dios lo salva de unos cuantos años a la sombra!

—En lo que a mí respecta, sin embargo —dijo Juan Carlos, con un dejo irónico—, inconscientemente me prestó un servicio... ¿Recuerdan su gracia de estropearme la camisa con la almohadilla entintada? Como no tenía otra de recambio, me vi obligado a andar por ahí con el saco bien prendido, para ocultar la mancha. Fue un poco molesto, porque iba retrasado a encontrarme con mi padre, y al caminar aprisa me acaloré bastante. ¡Pero fue una suerte que me ocurriera justo aquella noche!

—¿Por qué una suerte? —se interesó Virginia.

—Como recordarán, la noche del asesinato de Farrazzini y mi padre había un clima algo templado... Cuando encontré a Puentes, ante la puerta de un bar cercano al Ministerio, yo, que venía de hacer dos cuadras a todo gas, estaba transpirando. Y en cuanto a Puentes, tenía la frente brillante de sudor... ¡Sin embargo, llevaba el zípper de la campera cerrado hasta la nuez! —Los ojos grises de Juan Carlos adquirieron un matiz acerado, y todo vestigio de sonrisa abandonó su boca—. Ya había perpetrado su doble crimen..., *¡y la sangre de mi padre le había salpicado el suéter!*

VIRGINIA palideció. Estiró el brazo para asir la mano del joven y lo cubrió con una sonrisa de ternura. Con dulce voz:

—Estuviste muy bien —le dijo—. ¡Mantenerte tan sereno en un momento así...!

—¡Es que entonces él me engañó por completo! —Luego de inspirar profundamente, Juan Carlos prosiguió—: En el baño del bar donde entró, Puentes se dio vuelta el suéter, que era de cuello alto, y no de escote en V, de manera que las manchas quedaron a su espalda, ocultas. Pero después, cuando, en una actuación digna del Oscar, fingió horrorizarse frente al cadáver de mi padre, cometió otro grave error...

”En su calidad de sereno, encargado de la vigilancia y seguridad del local, debió proceder inmediatamente a su revisión; ¡pero en vez de eso se quedó detrás de mí..., bien lejos del sitio en que había dejado el otro cuerpo!

—Hallamos a Farrazzini mucho después —dijo Callaza—, cuando hacíamos la pericia...

—Y, en fin, el colofón —reasumió Juan Carlos—. Estando yo con Callaza, al día siguiente, en su despacho, llamó la viuda de Farrazzini... Estaba muy angustiada por no poder disponer de los restos de su esposo. El comisario iba a excusarse y colgar; pero yo insistí en hablar con la señora. ¡Y me felicito de esa inspiración, porque de ella obtuve una información importantísima! Parece que Farrazzini, al salir apurado la noche anterior, ante el llamado de mi padre, *había dejado olvidado su llavero...* ¡De manera que sólo pudo entrar en la oficina cuando Puentes le abrió!

” **A** HORA bien, el mismo Puentes me dijo que había dejado a mi padre con el Secretario, para ir hasta el bar, cerrando previamente la oficina. En tal caso, descartado el que Farrazzini se hubiese suicidado tras matar a mi padre (que fue lo que intentó hacernos pensar Puentes, pero de manera muy poco convincente, ya que se comprobó que Farrazzini de hecho falleció antes que mi padre), *¿cómo podría otro asesino entrar con las puertas cerradas, y no disponiendo Farrazzini de llaves para abrirle?* Entre paréntesis, al Secretario no se le encontró ninguna llave encima, lo que ya de por sí debió de resultar extraño, dado que casi todos llevamos al menos una...

—Yo tampoco quedé convencido con el “suicidio” de Farrazzini —declaró Callaza—, porque la posición del cadáver, que sujetaba con ambas manos el mango del cuchillo clavado en su pecho, era demasiado forzada.

—¡Y he ahí justamente un detalle final, macabro si se quiere, pero que sirve para ilustrar a la perfección esa veta de pueril sagacidad que caracteriza a ciertos criminales! —dijo Juan Carlos—. ¿Se imaginan por qué el cadáver fue acomodado de esa manera..., con las dos manos sobre el arma letal?

Virginia se estremeció.

—No estoy segura de querer averiguarlo —murmuró.

— **Y** O LE había comentado a Puentes que una de las razones por las que la policía no había creído en el suicidio de Lucy (también tramado por él), fue que la occisa apareció aferrando el arma con la mano derecha..., ¡cuando su zurdera era bien conocida! De manera que, en su nuevo intento, *Puentes procuró eliminar toda posibilidad de error...*

—¡Horrendo! —gimió Virginia.

—Para Puentes, sin embargo —corrigió Callaza—, habrá representado un alarde de genio. ¡El toque maestro para redondear su plan! Lástima que haya tenido que vérselas con un

detective del calibre de éste —sonrió—. ¡Digno heredero del apellido Dorteros! ¡Qué manera de razonar, pibe!...

—Mnemotecnia —dijo modestamente el joven—. ¡Simple cuestión de entrenamiento!

—¡Magnífico entrenamiento! —cumplimentó Virginia. Y, en tono insinuante—: ¿Sirve la mnemotecnia para recordar fechas importantes, querido?

—¡Diecinueve de marzo! —disparó él.

Virginia enarcó las cejas.

—¿Mes y medio ya?... —musitó, con su rostro casi pegado al del hombre.

—Y cinco días, y algunas horas... No es mucho tiempo de conocernos, ¡pero me bastó..., psicóloga!

—¿Te bastó para qué..., detective?

Callaza lo sabía. Hombre de tacto, dejó sigilosamente la habitación. Luciendo ancha sonrisa, cerró sin ruido la puerta a espaldas suyas y dejó a los muchachos ocupándose en sus cosas.

Estos, por su parte, se sentían ausentes del mundo cotidiano, en un paraíso exclusivo para ellos y su peculiar estado de espíritu, provisto incluso de un apropiado fondo musical...

—Aún les queda algo de vino en la botella —murmuró, satisfecho, el policía—. ¡Suponiendo que les entren ganas de brindar, claro!...

¡Estos benditos Dorteros tenían la virtud de rejuvenecerlo!

—DOS DÍAS MÁS TARDE SE CELEBRARON LAS EXEQUIAS DEL EX COMISARIO DORTEROS, CON ASISTENCIA DEL JEFE DE POLICÍA Y DEL MINISTRO DEL INTERIOR.

—EL TENIENTE MENDOZA, CULPABLE DE VARIOS ILÍCITOS, FUE DESTITUIDO SIN HONOR DE LAS FUERZAS POLICIALES, Y CONDENADO A SEIS AÑOS DE PENITENCIARÍA, NO EXCARCELABLES.

—EL DOCTOR QUINTANA FUE SENTENCIADO A NUEVE MESES DE PRISIÓN POR HOMICIDIO INVOLUNTARIO. SU CARGO DE DIRECTOR DE LA SECCIÓN ARCHIVO DEL MINISTERIO DE OBRAS PÚBLICAS FUE OCUPADO POR UN RECOMENDADO DEL MINISTRO.

—LA VIUDA DE FARRAZZINI SOLICITÓ AL PRESIDENTE DE LA NACIÓN UNA CONSIDERABLE INDEMNIZACIÓN POR LA MUERTE DE SU MARIDO, OCURRIDA DURANTE EL DESEMPEÑO DE SUS FUNCIONES EN HORAS EXTRAORDINARIAS. EL TEMA CONTINÚA DEBATIÉNDOSE A NIVEL DE LA CÁMARA ALTA.

—HILARIO PUENTES, RESPONSABLE DE NO MENOS DE SIETE HOMICIDIOS EN 1979 Y DE OTROS CINCO DOCE AÑOS MÁS TARDE, RECIBIÓ UNA SENTENCIA DE TREINTA AÑOS (EL MÁXIMO ESTABLECIDO POR LOS CÓDIGOS VIGENTES), PERO CUANDO APENAS LLEVABA CUMPLIDO AÑO Y

MEDIO SE LE HALLÓ MUERTO EN SU CELDA, CON MÚLTIPLES HERIDAS INFERIDAS MEDIANTE UN “CORTE CARCELARIO”. SU CRIMEN NO SE HA ACLARADO HASTA LA FECHA.

—LA AGENCIA “MAGA” (CUYO INTRIGANTE NOMBRE OBEDECE A UNA PROSAICA COMBINACIÓN DE LAS DOS PRIMERAS LETRAS DEL NOMBRE Y APELLIDO DE SU DUEÑO ORIGINAL, MANUEL GARRIDO), CONTINUÓ BAJO LA EFICIENTE CONDUCCIÓN DE JUAN CARLOS DORTEROS, OCUPÁNDOSE DE CASOS DE HOMICIDIO Y ABDUCCIÓN, CON PREFERENCIA SOBRE LOS DE ADULTERIO O COMERCIALES. A TAL EFECTO HA INCORPORADO UN DEPARTAMENTO DE ASESORÍA PSICOLÓGICA, LIDERADO POR VIRGINIA LINARES.

—LA SEÑORA REBECA HOROWITZ VENDIÓ LA PROPIEDAD QUE COMPARTIERA CON RASKOWSKY A UN CONSORCIO DE CONSTRUCCIONES, EL CUAL LA CONVIRTIÓ EN UN MODERNO CONDOMINIO. LOS NUEVOS INQUILINOS, EN FECHA RECIENTE, HAN ELEVADO SERIAS QUEJAS ANTE LA DEFICIENTE ADMINISTRACIÓN DEL INMUEBLE.

—FIN DE “EL ASESINO NO LAS QUIERE RUBIAS”—

© copyright 1991-2016, Carlos M. Federici

ALGO SOBRE EL AUTOR



Nacido en Montevideo en 1941, Carlos M. Federici debutó en la narrativa en 1961, con el cuento "*El Secreto*", aparecido en la revista "*Mundo Uruguayo*" (hoy extinta). Desde 1968 comienza difundir sus relatos **policiacos**, de **fantasía** y de **ciencia ficción** en el mercado internacional, siendo posteriormente traducido a varias lenguas. Es autor de seis novelas, y paralelamente ha tenido incursiones en el **cómic**, habiéndosele otorgado diversos premios en certámenes literarios a lo largo de su trayectoria.

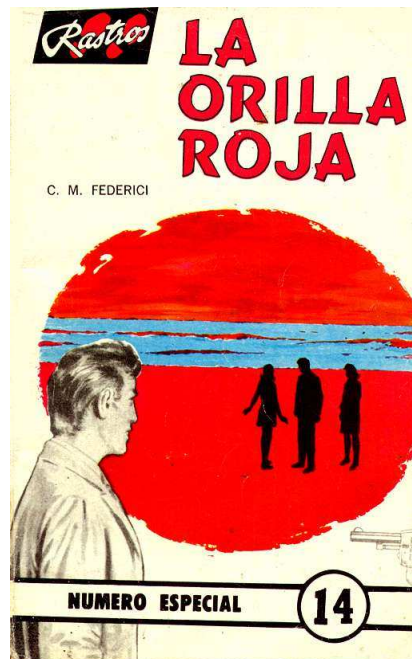
Panorama de su obra en:

<http://urumelb.tripod.com/autores/federici/index.htm>

SI A TI TE INTERESA CONECTARTE CON EL AUTOR AQUÍ ESTÁ SU DIRECCIÓN DE CORREO:

cmfederici@hotmail.com

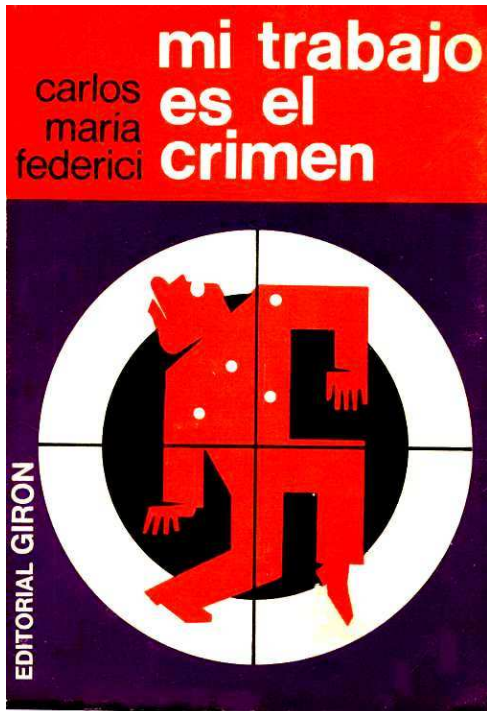
Otras novelas policíacas de Carlos M. FEDERICI.



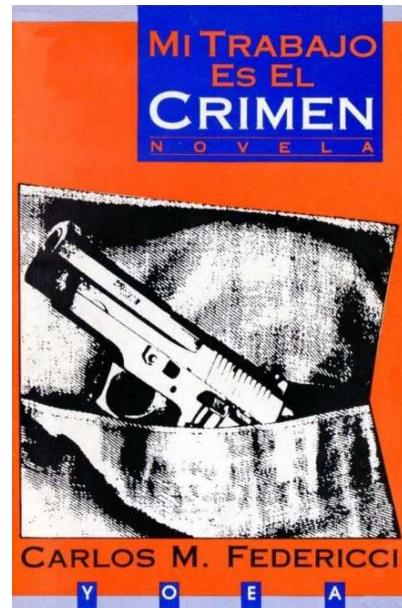
Primera novela de la trilogía, en la cual el comisario Dorteros es figura protagónica.
¡Crímenes misteriosos en balneario de moda!
(Editorial "Acme", Buenos Aires).

La orilla roja, 1972

Versión facsímil presentada por "**Ides ... et autres**" (www.idesetautres.be) correspondiendo a la adaptación, por parte del mismo autor, a la modalidad "*folletín de periódico*", con negligencias de parte de los responsables de la publicación en el rotativo "**El Diario**" (hoy extinto).

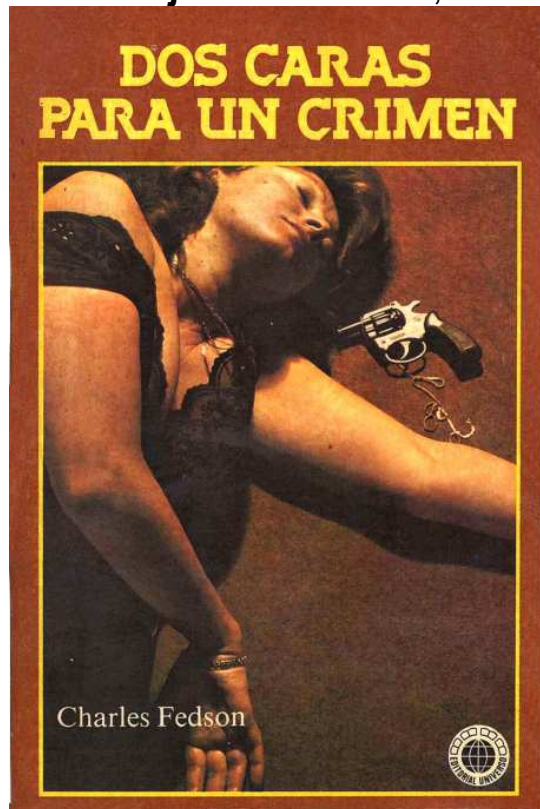


En "Mi trabajo es el crimen" el comisario Dorteros sólo actúa en calidad de "invitado". Este libro relata la historia de un asesino a sueldo, "Lucas" Gazzara, tenazmente perseguido por el comisario Callaza.



Segunda edición (1992). Se hace notar que la primera, de 1974, bien puede considerarse como la incursión pionera en el "Género Negro", inédito hasta entonces, que yo sepa en esta margen del Plata. Ítem para coleccionistas: flagrante error en la portada del apellido del autor...

Mi trabajo es el crimen, 1974



Dos caras para un crimen, 1982

Carlos María Federici, nacido en Montevideo y conocido a nivel mundial por sus cuentos y relatos (judiciales y de ciencia ficción). Comenzó su carrera literaria en el año 1961, publicando para la revista "Mundo Uruguayo". En 1968 la revista española "Nueva Dimensión" publica su primer cuento y es corresponsal de la misma desde el año 1973. Trabajó para diversas revistas de Bélgica, Suecia, Argentina y México.

Entre sus libros editados se encuentran:
La orilla roja (Argentina 1972). Posteriormente adaptada para *El Diario*.
Mi trabajo es el crimen (Montevideo 1974)
Los caras para un crimen (México 1982)

GODDEUS, los Ejecutivos de Dios, excelente novela premiada en el certamen literario municipal bienio 1972-73. Fantasía estilo "best-sellers", ambientada en el Vaticano. El protagonista es un latinoamericano que se ve envuelto en una campaña publicitaria en pleno período de cambios, que convulsionarían a la Iglesia en los años 60.

YOEVA NOVELA

GODDEUS
(Los Ejecutivos de Dios)
 Carlos A. Federici

YOEVA NOVELA

Goddeu-\$ - Los ejecutivos de Dios, 1989